



## MIS IMPRESIONES DE VIAJE.

### I.

### ESPAÑA.



En la noche del 8 de Diciembre de 1880 estábamos citados en la estación del Mediodía de Madrid el comandante teniente de navío D. Alberto Balseyro, el comandante capitán de artillería de la Armada D. Ramon Albarran y el que traza estas líneas, que formábamos la Comisión para el estudio del material de torpedos, sistema Whitehead, en Alemania, Austria é Italia.

En la mencionada estación se nos unió otro compañero que con licencia pasaba á Zaragoza, y esta pequeña colonia marítima trazó su plan de ataque para apoderarse exclusivamente de uno de los departamentos de los carruajes, lo que se consiguió sin grandes esfuerzos.

La noche estaba fría y serena, y al segundo toque las manos fueron estrechadas de los amigos que nos despedían, cruzándose frases afectuosas.

A las siete y treinta y cinco minutos el silbato de la locomotora, respondiendo cortesmente á la señal de marcha,

anunciaba el momento de la partida, poniéndose en movimiento aquel conjunto de vehículos que encerraban en su seno las variadas personalidades que se alejaban de la villa del oso y del madroño. Igual ocupacion que la nuestra debia tener lugar en los distintos carruajes, ocupacion que se traduce en tratar de arreglarse lo más cómodamente posible para pasar la noche.

Triste fué nuestra suerte, menguada nuestra eleccion del departamento del carruaje núm. 97; los ventiladores no cerraban, y uno de los marcos de un cristal de las puertas estaba astillado, faltando por consiguiente bastante para cerrar herméticamente; á sus anchas, pues, el fresco ambiente de una noche de Diciembre podia acariciar, bien á nuestro pesar, nuestros curtidos rostros.

Deliberóse largamente sobre si convenia un cambio de carruaje, dominando por fin el parecer de sacrificar á la comodidad de esta reunion de compañeros el bienestar de una temperatura más agradable. Reforzóse el abrigo al par que las lamentaciones que se perdian en el vacío, terminando al fin por conversacion más amena.

La luna iluminaba la desnuda llanura que atravesábamos, monótona como son todos los alrededores de Madrid. Con indiferencia veíamos pasar estaciones que ningun atractivo tenian para nosotros, fijándonos solamente en la de Alcalá para comprar sus almendras, y en la de Guadalajara por el simulacro que debia verificarse al siguiente dia.

La conversacion fué apagándose al par que el frio aumentaba. Teniendo por resultante estos factores el envolverse lo mejor posible en los abrigos, y el acomodarse para dormir. Centinela fuí por largo tiempo de mis compañeros, pero pasado Calatayud, incliné mi cabeza para no despertar hasta la estacion de Zaragoza. La heróica ciudad envuelta estaba aquella mañana en densa niebla, que nos impidió el ver sus torres del Pilar y La Seo. Poco nos importaba; las saludamos cariñosamente, recuerdo de uno de nuestros más bellos poemas de amor patrio.

El aviso de partida nos fué dado en el restaurant, donde buscábamos un alivio á nuestros entumecidos miembros en

una taza de café, que nos animase para cobrar fuerzas en la segunda etapa del largo trayecto que separa Madrid de Barcelona.

El sol, que tanto deseábamos, no pudo romper la niebla; sí sólo elevarla, dejando ver desnudos campos que fatigan la vista y que terminan en las proximidades de Lérida, donde empieza á mostrarse una vegetacion rica y variada, que ya no se pierde hasta la capital del Principado de Cataluña. Nuestro país se asemeja mucho á un desnudo lienzo aprisionado en rico marco, que forman las provincias marítimas, pues de cualquiera de ellas que se parta para dirigirse al centro, siempre se nos presenta el mismo contraste.

El restaurant de Lérida nos dió una comida como el resto de sus hermanas en nuestro país, pero despues de diez y siete horas de ayuno, salvo la pequeña colacion de la mañana, pareció sin duda muy buena á la mayoría de los viajeros, segun el número de ellos que acudieron á hacerle los honores. Veia con placer cómo desaparecian los manjares, y reflexionaba si en iguales condiciones que la nuestra, serian posibles los ayunos científicos del Dr. Tanner.

Al partir de Lérida, el camino va presentando progresivamente el cuadro animado de una poblacion activa, perseverante é industriosa. La tarde terminaba bien fria; la suspendida niebla descendió á besar la tierra condensándose sobre árboles y plantas en una magnífica escarcha que producía una bonita vista, pero nos impidió ver los atrevidos picos del histórico Monserrat.

Nuestra distancia á Barcelona disminuía, indicándolo pueblos bien próximos los unos de los otros y que dejaban percibir grandes edificios iluminados, que son las múltiples fábricas que envuelven á Barcelona coronándola de magníficos penachos de humo que representan su actividad y le imprimen el sello de la época actual.

Con el coeficiente de dilatacion que nos es inherente, vulgo retraso, llegamos al término de nuestro viaje, y cumplidas todas las formalidades reglamentarias, entre ellas la del registro, bien original viniendo del centro á la circunferencia, fuimos empaquetados en oscuro ómnibus que nos tras-

portó al Hôtel de las Cuatro Naciones. Feliz momento aquel en que, encontrándonos en una agradable habitacion, pudimos dejar nuestros abrigo, dedicarnos á nuestro aseo personal, que bien necesario nos era, para sentarnos á una buena mesa y bien servida.

La capital de Cataluña nos era ya conocida, y muy especialmente para mí, que habia residido en ella dos años; conocia su Rambla, su calle de Fernando, el Parque, el magnífico y bien trazado Ensanche que ha enlazado la ciudad condal con sus poblaciones inmediatas: conocia tambien algunas de sus fábricas más notables, los barrios de estrechas y tortuosas calles donde moran hacinados una multitud de seres sedientos de luz y de aire, que esperan la realizacion de las grandes vías proyectadas.

Barcelona ostenta edificios notables. El estilo gótico domina en sus templos, dándoles el grandioso aspecto la tinta melancólica y dulce, el profundo recogimiento que envuelve la áerea construccion de sus atrevidas bóvedas, iluminadas tibiamente por sus caladas ojivas.

Barcelona es el punto de transicion de nuestra sociedad á la francesa, y al encontrarse en ella, se empieza á sentirse ya alejado de España, siendo la ilusion más completa por oír en todas partes hablar su dialecto.

La Rambla es la gran arteria de Barcelona, el gran centro de reunion y donde se encuentran los principales teatros y magníficos cafés, siendo por la mañana el gran mercado de pájaros y flores, cuya variedad y profusion demuestran lo suave de su clima.

Entre los centros de reunion es sin duda el más notable el gran teatro del Liceo. No hablareis con ningun catalan que no lo cite con orgullo, conversacion que generalmente termina siempre con una comparacion con el Real de Madrid; y justo es confesar que el régio coliseo tiene perdida la partida, áun decorado como se encuentra actualmente con exquisito gusto y lujo. ¿Qué es el teatro Real de Madrid? Una preciosa sala aislada, sin las vastas proporciones de aquellas galerías, sin el vestíbulo, elegante y amplia escalera, y el magnífico *foyer* que dá ingreso al restaurant y café del Liceo.

El teatro Real de Madrid es una dama que ostenta un soberbio traje sin todos los accesorios de una completa *toilette*.

He citado la industria catalana, que se desenvuelve progresivamente; prospera sin duda, pero en relacion á cubrir las necesidades más generales de nuestro país; de aquí que los productos de un consumo más general, aquellos que tienen más ámplia salida ó mercados, pueden competir con los similares extranjeros; los de consumo más restringido, son inferiores, ahogados, como se encuentran, por los centros de produccion de reconocida nombradía y que expenden sus productos á diferentes países.

A las dos horas y veinte minutos de la tarde del dia 10 de Diciembre dejábamos á Barcelona en direccion á la frontera francesa. Hermosa tarde, más hermosa pareciéndonos aún por ser aquella en que nos despediamos de nuestro país. Un elegante y confortable departamento, capaz para seis personas, en que estaban previstos hasta los más mínimos detalles de lo necesario para la comodidad de los viajeros, nos conducia. El tren recorria el precioso valle que corre paralelo al mar, presentándonos puntos de vista admirables, una vegetacion poderosa, especialmente en las inmediaciones de Granollers y Cardedeu, árboles que aún se defendian de la avanzada estacion para despojarse de su verde vestidura.

Avanzábamos rápidamente, no queriendo perder ni un detalle de aquel encantador paisaje, y con pesar veiamos al sol declinar hácia el horizonte: llegó el momento que traspuso la colina; con profundo silencio lo vimos ocultarse, silencio que indicaba que nuestro pensamiento estaba absorbido, fijo, en que al siguiente dia volveria á alumbrarnos ya en extranjera tierra.

Dejamos el valle en direccion á la inmortal Gerona, para pasar de ésta á Figueras y terminar nuestro trayecto en Port-Bou y Cervera. Al atravesar el Ampurdan, sentimos ya el fuerte mistral que reinaba, agitando furioso el golfo, cuyas espumosas olas se estrellaban contra las estribaciones en que las nevadas cumbres del Pirineo van á perderse en el mar y contra las que he luchado repetidas veces.

## II.

## FRANCIA.

Estábamos en Francia, y á la hora marcada por la *Guía*, el tren se puso en movimiento, atravesando campos que apenas distinguíamos, pues la luna velada se encontraba por los celajes que al mistral acompañan; costeábamos, sí, el golfo, y nuestra vista se fijaba en el faro de Cabo Creus, que percibimos por largo tiempo, luz que para nosotros representaba un mundo de afecciones que se condensan para expresarlas en una sola palabra, «Patria.»

La entrada en Francia por su parte oriental no presenta el bello cuadro que se despliega al viajero cuando se pasa por Hendaya, para recorrer las Landas, sin embargo que algunos puntos amenos se descubren, especialmente al aproximarse á las grandes poblaciones.

Continuamos nuestro viaje por Narbona y Arlés, puntos en que cambiamos de tren, proporcionándonos las molestias consiguientes, y en el último punto, como éramos presa del sueño, tuvimos que hacerlo precipitadamente para tomar el procedente de Marsella. De Arlés, el tren se dirigia á buscar el valle del Rodano, cuyo rio debíamos bordear, ya aproximándonos, ya alejándonos; plegándose la ría á las condiciones del terreno y de las poblaciones que debíamos recorrer, pasamos por Avignon y Nîmes, de recuerdos históricos, la primera enlazados con el Pontificado, y ambas conteniendo antiguos monumentos, especialmente de la dominacion romana.

Los departamentos que atravesamos demostraban un país adelantado; campos bien cultivados poblados de árboles, casas de buen aspecto y algunas localidades dejaban ver fábricas de cuyas altas chimeneas se escapaba el denso y negro humo que bien pronto se esparcía en la atmósfera. Confirma-

ba nuestras observaciones los numerosos trenes de mercancías que se encontraban con el nuestro.

Desde Tay hasta pasado Vienne, el terreno se presenta más accidentado, quebrando la igualdad del anteriormente recorrido, y las proximidades de Lyon se señalan como todos los grandes centros de población; desde larga distancia aumenta el caserío, las fábricas, las alamedas, las quintas ó posesiones de recreo. A las cuatro y media de la tarde bajábamos de nuestro coche en la magnífica estación de Lyon-Perrache, teniendo que aguardar nuestros equipajes para ser por segunda vez inspeccionados por la aduana, donde no nos molestaron; sus empleados se encerraron en la sencilla fórmula:

—¿Tiene Vd. algo que declarar?

—Nada, contestamos presentando nuestras llaves.

—Está bien.

Nuestras maletas fueron trasportadas á un ómnibus que ostentaba en grandes letras el nombre siguiente: «Hôtel de l'Europe,» y nuestros cuerpos buscaron los asientos del vehículo, que descendiendo de la estación y pasando por la bonita plaza de Perrache, calle de Borbon, y la gran plaza de Bellecour, nos dejó en el indicado Hôtel, despues de veintiseis horas de nuestra salida de Barcelona.

Lyon me era conocido, encontrábame, pues, con satisfacción igual á la que se experimenta al saludar trascurridos algunos años un antiguo amigo.

El cansancio nos hizo recoger temprano, despues de trazar para el siguiente dia nuestro plan de excursiones.

Al despertar en la mañana del domingo 12 de Diciembre, y abrir las puertas de mi ventana, mi vista abrazó el muelle del Sâone, sirviendo de animado mercado, el puente de Tilsit, y sobre la opuesta orilla se destacaba la Catedral y el Palacio de Justicia, dominado por las alturas que sustentan la capilla con la dorada imágen de Nuestra Señora de la Fourvière. Contemplé largo rato este bello panorama, que veia de abajo arriba, y que despues debia desplegarse en toda su magnificencia al mirarlo en sentido inverso.

La curiosidad no me dominaba; dejé, pues, á mis compa-

ñeros el satisfacerla, citándolos á las once en el Hôtel para almorzar, y despues de vestirme con toda tranquilidad, dirigí mis pasos al puente de Tilsit, que atravesé para pasar á la Catedral, edificio envuelto en un grupo de casas; dejando ver solamente sus truncadas torres y la fachada principal, que da á la plaza de San Juan. Tres puertas de buen estilo gótico dan ingreso á las tres naves, que son, especialmente la central, atrevidas, de buen gusto y noble sencillez. El altar mayor se encuentra en el crucero, cerrado por verjas de hierro, ostentando sólo un Crucifijo alumbrado por seis luces, sencillez que encanta. Numerosas ventanas de buen estilo gótico dan paso á la luz, aprisionando algunos ricos cristales, representando escenas de la vida de Jesús ó bíblicas; y digo algunas, pues otras sólo los contienen blancos, formando un contraste bien desagradable.

Dejé la plaza de San Juan para tomar el muelle del Arzobispo, por frente del Palacio de Justicia, deteniéndome á contemplar la escalinata que da ingreso á una bella galería de columnas; pero en vano busqué el edificio correspondiente. Convencido al fin de no encontrarlo, seguí mi camino para tomar el puente colgante de Justicia y entrar en el barrio de Perrache, es decir, el corazon de Lyon: pasé por la plaza del Hôtel de Ville, y por la calle del Hospital, entré en la iglesia, que nada notable contenia. Inmediata á la puerta de aquella iglesia se encuentra la que da ingreso á uno de los patios del hospital, en comunicacion por una galería con las demás que por diferentes y ámplias escaleras conducen á las salas, capaces para contener 1.500 camas.

En el centro del mencionado patio se eleva una cruz de hierro, y en las arcadas que forman el claustro, de forma rebajada y pesada, se encuentran en la pared, y simétricamente colocadas en los dos lados de uno de sus ángulos, lápidas negras en las que con letras rojas están escritos por años los bienhechores del Santo Hospital, con las cantidades que legaron. Empieza esta larga serie en el año de 1482 por el único legatario, Jacques Girardonne, y termina en los del 1862. Recorrí el ángulo opuesto, creyendo encontrar en lápidas iguales los nombres de los que consagraron su vida para cui-

dar personalmente á los pobres enfermos. La pared estaba en blanco.

La fachada principal de este hermoso hospital es la que se levanta majestuosamente sobre el muelle del mismo nombre, en la orilla del Rodano, y termina en un domo rebajado que cierra cuatro ángeles sosteniendo un mundo con una cruz.

Concluido este mi primer paseo, regresé al Hôtel, y después de almorzar, nos dirigimos por el puente de Tilsit á la estacion del ferro-carril funicular, que mediante la suma de 25 céntimos nos dejó en la parada de Fourvière-minimes; desde ésta seguimos subiendo hasta la capilla de Nuestra Señora, lugar de peregrinacion célebre, como lo indican los innumerables ex-votos que literalmente cubren los muros. Visitamos la capilla y de ella pasamos al terrado. El dia estaba neblinoso, no pudiendo abarcar nuestra mirada aquel extenso panorama, que tiene por límites los Alpes; pero aun así, dominábamos un gran espacio, viendo á nuestros pies los tres grandes grupos de construcciones que forman á Lyon y sus bellas cercanías; el Sâone y el Rodano atravesados por veintidos puentes y abrazando el barrio de Perrache para reunir sus aguas en la Muletière; más allá el barrio nuevo de Les Brottaux, que termina en el hermoso parque de la Tête d'Or. Contemplamos largo tiempo aquella vista, que al fin abandonamos para ver la nueva iglesia gótica en construcion, que se levanta al lado de la antigua capilla.

Bajamos de la colina por sus alamedas, que nos condujeron bien pronto á la ciudad, y ya en ésta, buscamos la plaza des Terraux, donde se encuentra el Hôtel de Ville y el Palacio de las Artes.

El Museo de Pinturas, el Arqueológico, el de Geología y de Historia Natural, no digo fueron visitados, sino saludados por nosotros. Mucho más tiempo que el de que disponiamos era necesario para admirar tan ricas colecciones. En el Arqueológico llamó nuestra atencion las armas de la Edad de Piedra, tallada y pulimentada, de la del Bronce y del Hierro, y de la época de los Merovingios, los esmaltes de Limoges y unos vasos venecianos. En el de Pinturas, las escuelas extran-

meras, que contienen una buena colección, reciben muy mala luz, tanto que en nuestra sala, representada por algunos cuadros de Rivera y un magnífico San Francisco de Asís, de Zurbarán, apenas podíamos percibir las bellezas de esta composición; en cambio, á los pintores lyoneses se les había destinado un extenso salón con luces altas. Protestamos de esta falta de galantería.

Bien notable es el Geológico y de Historia Natural, especialmente en su salón de antropología; todo descubrimiento moderno se encuentra allí representado en modelos que invitan á uno de los estudios más interesantes para la humanidad, el origen del hombre, problema hoy sólo planteado, mañana quizás... también problema; el hombre es la incommensurable X de la naturaleza.

Cerraba ya la noche cuando entrábamos en el Hôtel, noche que, á pesar de los repetidos anuncios invitándonos al teatro, fué consagrada al estudio de nuestra comisión.

¿Qué es Lyon? Una ciudad de 365.000 habitantes, ciudad moderna, de rectas y anchas calles que ostentan magníficas tiendas que exhiben el resultado de su poderosa industria, espaciosas plazas, bellos edificios, paseos y boulevares grandiosos; ciudad cuyos muelles tienen una extensión de más de 40 kilómetros; ciudad, en fin, que se ha transformado y engrandecido en un corto número de años. ¿Quereis conocer la fuerza que ha obrado esta transformación? Es muy sencilla. No busqueis en Lyon los espléndidos teatros y cafés, las damas que en magníficos trenes ostentan deslumbradoras *toilettes*, dirigiéndose al paseo; en su lugar, vereis gente bien vestida, pero sin ostentoso lujo, no teniendo por norma de su vida el último figurin de la moda, que conocen perfectamente para expender sus mercancías, pues la producción de Lyon se valúa en 400.000.000 de francos; ésta es la fuerza poderosa que lo ha transformado. El trabajo, que produce, y la economía, que acumula.

A las once horas y cuarenta y dos minutos del lunes 13 de Diciembre, saliamos de Lyon en dirección á Ginebra. El camino de hierro volvió á buscar el valle del Rodano; jugábamos con el río de las limpias y azuladas aguas, des-

cribiendo al fin una curva para volverlo á encontrar en las inmediaciones de Ginebra. El país nada de nuevo presentaba hasta Auberdréu, y desde este punto, pasando por Saint Rambert en Bouchy, Tenay, Rosillon, Artemare, hasta penetrar en Suiza, el terreno se accidenta, presentando puntos de vista notables, siguiendo la vía férrea un valle natural, como lo demuestran los escasos desmontes y túneles que atravesábamos.

A las siete y veinte minutos de la noche, hora francesa, bajábamos de nuestro carruaje para recoger nuestros equipajes, que galantemente pasaron sin ser registrados por los aduaneros.

### III.

#### SUIZA.

Nos instalamos en el Hôtel del Lago. El deseo de ver á Ginebra nos lanzó á la calle terminada la comida; pero las tiendas estaban ya cerradas, sorprendiéndonos grupos de máscaras y el lejano sonido de varias músicas. Creíamos que habia algun baile, baile económico sin duda, pues los disfraces no eran muy escogidos ni muy selectos. Error grave habíamos padecido; era una fiesta celebrada por el pueblo de Ginebra, llamada la Escalada, y que conmemora el asalto dado por saboyanos y rechazado en igual fecha, Diciembre 12 del año un poco atrasado de 1602.

El cansacio por un lado, y por otro nuestra falta de orientacion, ya avanzada la noche, nos condujo al Hôtel despues del café, tomado en el del Norte.

¿Quereis disfrutar de vistas magníficas, del bienestar que produce una bonita y aseada poblacion, llena de encanto? Venid á Ginebra; yo os conduciré desde el Hôtel del Lago por el muelle del mismo nombre á la plaza de Bel-Air, de ésta tomaremos por la calle de la Correletie á la plaza Nueva, pasando por el Museo de Rath y el Gran Teatro; deja-

remos á la izquierda el Jardin Botánico, para tomar la cour des Bastions hasta el boulevard Helvético, y por todo este trayecto vereis preciosos edificios de construcción moderna, hasta el paseo de San Antonio; tomaremos á la izquierda, abandonando lo moderno por lo antiguo, para trasladarnos á la plaza de San Pedro.

El edificio que se presenta á nuestra vista es la Catedral; un peristilo griego con seis columnas corintias os darán ingreso á la gótica iglesia de tres naves: en su interior sentireis frío al ver su desnudez y al pensar que todo en ella revela el haber estado dedicada al culto católico; aún conserva algunos pintados cristales representando santos, y en sus campanarios las señales que no ha borrado su transformación. Al terminar la nave derecha, pasado el crucero, os encontrareis una capilla, donde sobre un sepulcro de negro mármol están las armas del que duerme el sueño eterno, el duque de Rohan.

Saliendo de la Catedral, se encuentra muy inmediato el Hôtel de Ville; pero no teniendo gran interés en visitarlo, preferimos bajar por la calle de los Canónigos á la Gran Rue, en cuyo número 40 nació J. J. Rousseau; también se encuentra en la primera la casa del abate Bonmont, donde vivió Calvino. La catedral católica convertida en templo protestante hasta hace muy poco, y la mansion de Calvino el reformador en un establecimiento católico de las Hermanas de San Vicente de Paul. ¡Contraste singular!

Nos volvemos á encontrar en la parte baja de la ciudad, en la animación de las calles comerciales. Establecimientos diversos se presentaron á nuestra vista; los que más llaman la atención son los de productos suizos: trabajos de madera, de marfil, porcelanas, esmaltes, objetos de adorno de amatista, de ágatas, de cuarzo, y su especialidad en relojería. Cruzar podeis en todas sus direcciones esta parte baja de la ciudad; siempre encontrareis amplias calles con pavimento asfaltado, y tiendas de cuanto querais; pero terminar debemos este ya largo paseo, atravesando por la torre de la Isla para tomar el muelle de Bergnes y situarnos entre los dos grandes Hôtels de Bergnes y Rusia; allí de seguro os deten-

driais largo rato, teniendo á vuestro frente el puente del Monte-Blanco, á la derecha de éste el de Bergnes, entre los dos la isla de Rousseau, al pie de cuyos árboles se encuentra la estatua de bronce del célebre filósofo, preciosa obra de artes del escultor Pradieu; á vuestra izquierda, el Lago con su transparentes aguas surcadas por los vapores y las barcas de blancas velas latinas que se dedican á la pesca. El extenso muelle del Lago y el Jardin Inglés á vuestro frente, y sobre la base de construcciones de este barrio vereis sobresalir las torres de la Catedral, las cúpulas bizantinas de la iglesia rusa, proyectándose sobre verdes alturas que sirven de relieve á las nevadas cumbres del gigantesco Monte-Blanco. Cuando termineis de contemplar este bello cuadro, atravesad el puente, y en direccion opuesta, vereis levantarse en medio de un jardin el calado monumento de Brunswick, la ancha calle del Monte-Blanco, que espira al pié de la estacion del camino de hierro, y esta vista podreis tomarla desde el Jardin Inglés, descubriendo el Lago y el Jura.

A la entrada del citado jardin se encuentra el monumento nacional; es un bello grupo de dos estatuas, debido al artista suizo Mr. Dorer. Una de ellas, con corona mural, representa la ciudad de Ginebra, teniendo en su mano una espada, y apoyada sobre el escudo de la ciudad, con su brazo izquierdo abraza á la Suiza, que á su vez apoya su brazo izquierdo sobre otro escudo, que sobre y por bajo de la conocida cruz tiene el siguiente lema:

*Un pour tous.*

*Tous pour un.*

El artista ha concebido perfectamente la idea, y su inspirado pensamiento la ha traducido perfectamente al bronce: por un lado, confianza y desinterés; por el otro, apoyo, proteccion y amor. Este grupo se apoya sobre un pedestal de granito, en nuestro concepto algo bajo; un poco más de altura lo haria más grandioso. El pedestal tiene cuatro inscripciones; una de ellas es la fecha del acta de incorporacion de Ginebra á la Suiza; otra, la de su inauguracion en Setiem-

bre 20 de 1869. Recorriendo el jardín, encontrareis una fuente monumental, cuya base está sostenida por cuatro figuras representando los principales ríos, y un busto sobre pedestal de mármol, de Mr. Calamé, célebre paisajista.

El Gran Teatro es un soberbio edificio, aislado y situado en la Plaza Nueva; entrareis en él por una escalinata, que os conducirá á una galería ó pórtico cerrado de cristales, donde se encuentran los despachos de localidades; de esta galería se entra en un vestíbulo, y dos régias escaleras os conducirán á un salón que sirve de ingreso al de descanso (*foyer*), teniendo en uno de los frentes entrada al café-restaurant. Dejando éste, pasamos por amplios corredores y entramos en la sala; al estar instalado en sus butacas, admira uno sus bellas proporciones, su lujoso decorado; pero ha dominado el gusto francés: aquellos anfiteatros salientes ahogan, y como la luz es alta y central, por estar reconcentrada en una lucerna, las sombras proyectadas de los anfiteatros envuelven los palcos de tal manera, que las personas colocadas ya en segundo término no se distinguen; en una palabra, en las butacas se siente uno oprimido; tal es el peso que imprimen aquellas salientes. Volviendo á las escaleras y al *foyer*, su decorado y magnificencia, salvo las proporciones, es tan rico y parecido al de la Ópera de París. La compañía y orquesta, á cuyo cargo se encontraba *La Africana*, no estaban en relación con aquel teatro; así es que, satisfecha nuestra curiosidad, dejamos á Vasco de Gama al final del tercer acto.

El día de nuestra salida de Ginebra, Diciembre 15, fué un espléndido día de sol, que nos recordaba los de Madrid; á las once y cuarenta minutos de la noche, el tren partía siguiendo la orilla del Lago, de ese pequeño mar de azules aguas, que por su configuración dividen en Pequeño y Gran Lago. He dicho que lo costeábamos, pasando por Nyon, Rolle, Morges, hasta Lausana. La alta y ya nevada montaña del Jura quedaba á nuestra izquierda, y opuestas á ella las cimas del Monte-Blanco; atravesábamos, no campos, sino jardines, y la pluma no puede trazar describiendo aquellos encantadores paisajes, aquellos poéticos châtelets, pues cuanto de caprichoso abarque vuestra meridional imaginación podeis encontrarlo realizado

en las vertientes de aquellas masas gigantescas ó en las orillas del Lémans. De Lausana, pasando por Palezieux, Nandereus, Chemeas, hasta Friburgo, encontrareis igualmente un continuado y precioso panorama, que se despliega sobre la suave pendiente que os oculta el lago de Neuchatel. Al llegar á Baden, la noche envolvió en sus sombras cuanto nos rodeaba hasta llegar á Zurich, donde fuimos á hospedarnos en el Hôtel del Lago, encantadora residencia, esperando con impaciencia la llegada del siguiente día.

Zurich, la ciudad de los jardines, está situada en el valle del *Limmel*; dos arterias del Lago la atraviesan, dividiéndola en tres barrios; el central es el más nuevo y el más bello; su calle principal, Bahnhof strasse, puede llamarse el gran boulevard de Zurich; por la mañana, á lo largo de sus aceras, encontrareis un animado mercado de fruta, legumbres y flores; pasado el medio día, es el punto de cita de la escogida sociedad; en esta calle, cuyos edificios son grandiosos, están los Bancos y los establecimientos principales, muchos de ellos exhibiendo tejidos de seda fabricados en Zurich; al término de ella, en la dirección opuesta al Lago, se os presenta la grandiosa estación del camino de hierro. Juiciosas críticas se les ocurrieron á mis compañeros. Zurich tiene unas 70.000 almas, esto es, igual á Cádiz, ménos que Sevilla, cuyas provisionales estaciones tienen ya el carácter de permanentes, según los años que las conocemos en tan lamentable estado; pero dejemos estas tristes observaciones, para dirigirnos al gran edificio que domina la ciudad, la Universidad, pasando por otros dos notables, el establecimiento de los sordo-mudos y el asilo de los ancianos.

La Universidad, que es á la vez el Politécnico federal, es un edificio del estilo del Renacimiento italiano; al entrar en él, subiendo una escalinata, se encuentra á nuestro frente el salón de modelos de escultura, encerrando ejemplares de lo más notable que contienen los Museos de Europa; anchas escaleras conducen á amplias galerías, dando á los patios interiores, y en las que se encuentran las clases y las salas, conteniendo las colecciones de ciencias naturales, todas ellas riquísimas, con ejemplares rarísimos, y la mecánica técnica, el

gabinete de física y la biblioteca con 12.000 volúmenes. Desde el salón principal (paraninfo), que ocupa la parte más alta del pabellón central, decorada con exquisito gusto y frescos alusivos á las diferentes carreras universitarias y de aplicación, se disfruta de una hermosa vista, pues, como hemos dicho, la Universidad domina por completo la ciudad.

Bajando de la colina por el antiguo Zurich, de calles aunque limpias estrechas y tortuosas, llegamos á la Catedral, que, salvo sus recuerdos históricos, nada ofrece de notable: Atravesamos el puente de Munster, recreándonos en los cisnes y otros palmípedos aprisionados en jaulas, mientras en completa libertad poseían las gaviotas el dominio de las aguas, para dirigirnos al cuartel federal, pasando por el puente de Sifil, cuartel que estaba de vacaciones, esperando la época de la asamblea general; pero tan en absoluto eran estas vacaciones, que no encontramos en él ni el más ligero indicio de un uniforme militar. Detrás del cuartel, que es un hermoso y vasto edificio, está el campo de maniobras, que limita un edificio, que es el Arsenal.

Visitamos algunos establecimientos que encierran buenas colecciones, siendo la más interesante la de manuscritos, que en número de 3.000 contiene la Biblioteca de la ciudad, con más de 100.000 volúmenes. Zurich no es solamente un centro ameno, lo es también de instrucción, como lo demuestran, además de su Universidad, los numerosos establecimientos de enseñanza pública y privada.

La noche nos había sorprendido recorriendo sus calles, y después de habernos provisto de fotografías, como recuerdo de la bella Suiza, que pronto debíamos abandonar, regresamos al Hôtel del Lago, á prepararnos para el siguiente día continuar nuestro viaje.

Una menuda y espesa lluvia caía en la mañana del día 17 de Diciembre; envuelto en ella dejamos á Zurich, llegando á Romanhof, donde tomamos el vapor para hacer la travesía del Lago de Constanza y llegar á Lindau, en la frontera de Baviera. Allí le dimos el adiós á la pintoresca Suiza, que habíamos cruzado cual ave de paso, descansando breves instantes, para proseguir nuestro camino.

Registrados nuestros equipajes, nos dirigimos á la estacion, y al entrar en ella, mi compañero Albarran exclamó:

—¡Somos felices!

Mi primera idea, como buen español, era si habriamos sacado la lotería; pero pronto, muy pronto deseché semejante pensamiento, al considerar el punto en que nos hallábamos.

—¡Felices! contesté.

—Sí: ¿veis aquel jefe de estacion con la gorra encarnada?

—Lo veo.

—Pues tiene obligacion de hablar francés.

La observacion era muy justa, pues nada hay que alarme más que hallarse entre séres humanos sin poder comunicarse con ellos, expresarles áun lo más indispensable y necesario para la vida, y esto aumenta el conflicto si se está pendiente de la campana ó del silbato de una locomotora.

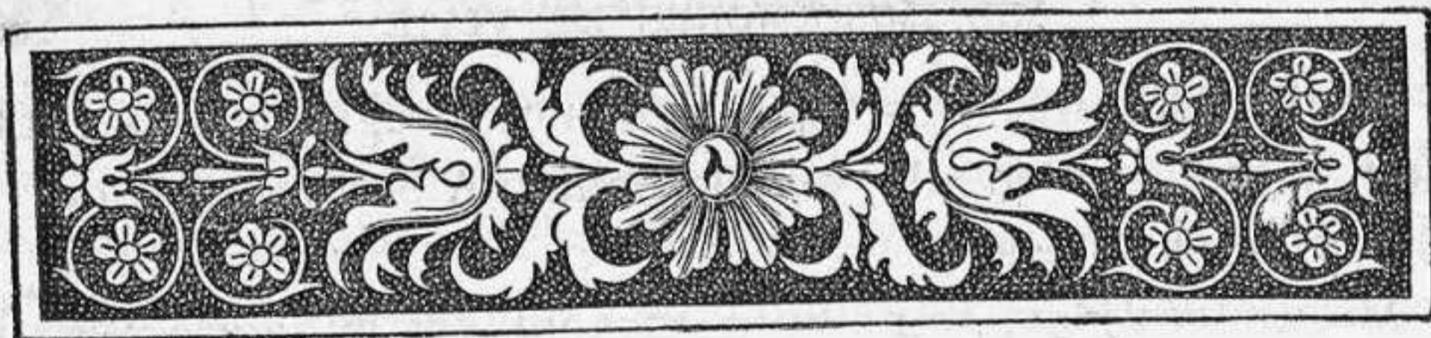
Tomamos en la estacion el tren, despues de preguntar si habia cambio en el trayecto, y asegurados de que no, y perfectamente empaquetados, aguardamos con tranquilidad la hora de la partida. No se hizo esperar; bien pronto nos hallamos en movimiento atravesando campos, que la pertinaz lluvia nos impedia distinguir.

A la caida de la tarde, cuando el reloj marcaba las cuatro, el tiempo aclaró algo, dejándonos ver nevadas cumbres de pinos alpestres sobre Immezftadt, paisaje que contemplábamos desde nuestro carruaje, cuya temperatura marcaba en el termómetro 18° centígrados.

Solamente bajamos de nuestro coche en la frontera austriaca para la consabida inspeccion de los equipajes, continuando nuestro viaje hasta Viena, donde llegamos á las seis y cuarenta minutos de la noche, trasladándonos al Hôtel Royal, en el centro de la ciudad.

SEGISMUNDO BERMEJO.

Coronel capitan de fragata.



## LA MISA DE REQUIEM DE MOZART.



A misa de *Requiem* ó de *Difuntos*; que seria un poema de primer orden si no fuese tambien una obra de fé y de esperanza, ha sido interpretada por un compositor eminentemente cristiano, el ilustre *Mozart*, siendo esta obra, última que compuso, la más bella de todas las que salieron de su inspirado genio. De esta obra notabilísima, verdadero canto de cisne, ha hecho una crítica muy sabia y concienzuda el abate Dabin, y vamos á dar de ella un compendioso extracto, siguiendo siempre las huellas y como llevados por la mano de tan competente crítico, seguros de que los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA nos lo agradecerán.

### I.

#### REQUIEM ÆTERNAM.—KYRIE.

Incomparablemente bella es la Iglesia cuando santifica nuestra alegría; pero más bella aparece aún cuando toma parte y santifica nuestros dolores. Al son de las campanas

de Pascua, el anciano Dr. Fausto, disgustado de la vida y no hallando ya atractivo alguno sino en la muerte, lanza lejos de sí el envenenado pomo, para no pensar más que en vivir. Sin embargo, hay hombres á quienes no conmueve la fiesta de la Resurreccion de Jesucristo, y que permanecen impasibles á los *alleluia* del Universo. Pero ante el espectáculo de los funerales católicos, todo corazon, por muy pobre y mezquino que sea, tiene que sentir alguna conmocion y verter alguna lágrima.

Así lo ha comprendido la Iglesia, y al debilitarse la fé en estos siglos infaustos, ha concentrado en torno de un ataud sus más conmovedoras inspiraciones. El baptisterio con sus aguas llenas del Espíritu Santo, la uncion sacerdotal y real del Crisma, el maná de la Eucaristía, han sido su gran predicacion durante doce siglos; pero desde há setecientos años, la misa de Difuntos tiene el privilegio de esta predicacion. Póngase á Platon y á todos los filósofos antiguos en un platillo de la balanza, y en el otro sólo la misa de *Requiem* de la Iglesia católica, y dígase dónde está la elocuencia. Esta elocuencia resuena en las más pobres aldeas, bajo el techo de la mezquina iglesia que abriga á Dios, y allí conmueve, desgarrá, ilumina y llena de uncion las almas más endurecidas de los pastores y carboneros. Es imposible haber oido una misa de Difuntos sin quedar algo convertido. La sencillez del culto basta para naturalezas sencillas; el canto llano vale más que la más sábia música, no siendo ménos saludable la impresion por haber sido producida por medios nada dramáticos. Pero las almas acostumbradas á la pompa de las representaciones mundanas, necesitan que se les hable más á la imaginacion, y la Providencia no les ha faltado. Si los grandes mandan que se les hagan teatrales obsequios, y en ellos se dan cita, ¡allí tambien resonarán las sentencias de las oraciones fúnebres de Bossuet y Massillon, libres de toda bajeza y de toda mentira! ¡Allí tambien y en todas las lenguas se podrá oir esa oracion fúnebre que no tiene igual en lengua alguna, el *Requiem de Mozart!*

Trasladémonos á la iglesia de los Franciscanos de Neustard, preparada para celebrar solemnemente los funerales de la

condesa de Walsegg, segun las disposiciones del suntuoso conde, ó á las inmensas naves de los Agustinos ó de los Celestinos de Viena, cuando los funerales de Haydn ó de *Beethoven*, ó á la iglesia de los Inválidos al recibir los restos de Napoleon. Negro crespon cubre los muros de la iglesia: la piadosa muchedumbre se apiña en torno del catafalco, cubierto de negro, galoneado de oro y alumbrado con candelabros de plata que contienen cirios amarillos, imágen de esta hoja caida en tierra, pálida, pero rodeada de una aureola de vida que se llama hombre, y en el fondo de la nave álzase el altar que representa al Cristo levantado en la cruz: sobre este altar va á inmolarse la Víctima divina, precio de salvacion de vivos y muertos, Juez de los hombres despues de haber sido su Redentor. En estas circunstancias empieza la misa solemne de *Requiem*.

En el momento en que el sacerdote se dirige al altar á ofrecer el sacrificio de propiciacion, el pueblo cristiano, que con él debe ofrecerlo tambien, canta el himno en parte compuesto por la Iglesia, y en parte por David, el Rey profeta iniciado en todos los dolores y en todos los consuelos. «¡Dales, Señor, el descanso eterno, y que la luz eterna luzca para ellos! ¡A Tí conviene el himno, oh Dios, en Sion; á Tí ha sido hecho el voto en Jerusalem: oye mi oracion: á Tí vendrá toda carne. Dales, Señor, eterno descanso, y que la luz luzca para ellos!» En este canto parece que el pueblo cristiano entrevé la dicha eterna, su paz, su sol, y el arrebatado vuelo de su lirismo parece repetir como un eco el lejano rumor de los himnos cantados en la dulce Jerusalem y el perfume del sacrificio en la indestructible Sion. Esto es lo que ha comprendido Mozart con la más consumada inteligencia mística, y lo que, por decirlo así, ha encarnado con un genio hasta hoy sin igual.

Sonidos comprimidos y pesados como la bruma que en la mañana se arrastra sobre la inmensidad del desierto suben en fuga de los instrumentos de cuerda, de los bajos y fagots, para anunciar á la orquesta la venida de las voces. Tres trombones con cuatro potentes notas bajando, diatónicamente, parecen abrir las tumbas. De súbito aparecen las

voces unas en pos de otras, empezando por las más graves. Se las siente subir como sombras que arrojan su sudario, y elevando á lo alto las manos y en apiñada pero recogida muchedumbre, van á pedir al Señor el descanso, *Requiem*, primera palabra que de sus labios sale, y los violines, que las acompañan desde el cielo, vibran de alto abajo con inexplicables palpitaciones. Entónces, todas estas voces prorumpen en dos grandes gritos, cortados por los violines, que lanzan luces desvanecedoras de doble brillo: «¡Y la luz perpétua, y la luz perpétua!» Y aquéllos añaden un tercer grito que se extingue con melancólica dulzura: «¡Luzca, luzca para ellos!» Los fagots le responden, en medio de los suspiros de los instrumentos de cuerda, con dos gemidos que se extinguen abrazándose en la paz. Pero hé aquí que los primeros violines, fortificados por los fagots, lanzan de las alturas notas que caen como gotas de rocío; remóntanse para descender de nuevo y desplegar en un cánon de cuatro partes por medio de los instrumentos de cuerda, semejándose al arco iris cuando el sol ha vencido la densa niebla.

La belleza flúida de la melodía, dice Holmes, la sinfonía deliciosa que engendra, la sublime gravedad de estos encantos tan tiernos, la ciencia más magnífica compitiendo con la más clara sencillez, nos ofrecen en seis compases como una aparición del paraíso, que arrebatara el oído, mientras que una voz argentina entona el cántico suave y triunfal del *In exitu* del Antifonario gregoriano, y dice, en medio de los celestes conciertos que parecen bajar á la tierra para salir al encuentro de los elegidos: «A Tí conviene el himno, oh Dios, en Sion, y á Tí se cumplirá el voto en Jerusalen.» Todas las demás voces que acompañan á la primera, sostenida por sus compañeros de aéreo timbre, cantan el resto de este himno, y exclaman con energía que aumentan las ardientes provocaciones de la orquesta: «Escucha, escucha mi oracion: á Tí vendrá toda carne.» En este pasaje se halla el *summum* de la grandeza imponente y patética. De repente, como si el cielo quisiese demostrar que la súplica habia sido oída, á la repetición de la frase casi sepulcral del principio, responde otra risueña que de la orquesta ha pasado á las voces. Estas cam-

bian, unidas á los instrumentos, hermosas y diversas melodías que, enriquecidas con nuevas variaciones, se mezclan, tejen y destejen maravillosos ramilletes, fundiendo aparentemente el cielo con la tierra. Finalmente, las voces elevadas, sostenidas por las trompetas y timbales, invocan por última vez la «luz perpétua»: las demás les responden con rayos de luz que irradian los violines, y todas concluyen dominadas por la más firme confianza y descansando en la mayor dulzura. Solamente permanece la esperanza flotando como una estrella sobre la tristeza de la tumba.

Refiere Dante, en su *Divina Comedia*, que habiendo llegado á la montaña del purgatorio, aislada en medio del mar, vió venir en una barca, conducida por un ángel, á cien almas ya libres de nuestra pobre vida, seguras de la bienaventuranza y cantando el cántico de la libertad al dirigirse al lugar de las expiaciones.

Diríase que Mozart ha intentado poner en música esta arrebatadora escena. Pero no: no es el purgatorio lo que entrevé, sino el paraíso: no ha querido cantar que las almas estaban libres de nuestra tierra, alguna vez parecida al infierno, sino que estaban libres del mismo purgatorio: ha querido cantar el «descanso eterno» y la «luz perpétua.» Su música es la del vestíbulo del cielo, y si las almas colocadas á la diestra del Cristo en el juicio final de Fra Angélico pudiesen hablar, cantarían la parte vocal del *Introito* de Mozart, y los ángeles tocarían los instrumentos de la orquesta.

Mozart tenía especial afecto al canto gregoriano del *In exitu*, y le sirvió de tema para el coro final de su oratorio de Judith ó Bethulia libertada. Aunque este género grandioso no sea una creación de Mozart, puesto que Juan Sebastian Bach lo había empleado, siguiendo á los maestros católicos en su ofertorio destinado al culto católico, *Da pacem domine*, ninguno, sin embargo, le había dado un carácter tan próximo á lo sublime.

Háse dicho que el admirable motivo que inicia el *Requiem* había sido tomado por Mozart de la antífona de Haendel, compuesta para los funerales de la reina Carolina. Pero prescindiendo de que Mozart más bien lo ha tomado de su ofer-

torio *Misericordia*, y anteriormente del ofertorio *Benedixisti, Domine*, de Ebertin, su maestro de Salzburgo, la cuestión del tema es de poco momento, puesto que lo más importante y esencial es la fisonomía melódica que él le presta, y la armonía que le comunica. El abate Stadier responde muy oportunamente al Zoilo Weber, que por esta pequeñez pretende triunfar de Mozart, que «los temas tomados á otros son más difíciles de tratar que los temas inventados». Acerca de este punto escribe Oulibicheff:

«Concedemos que la idea sea exactamente la misma, lo que ya es mucho conceder; ¡pero cuánto más sublime y más sabio es el principio de Mozart! ¡Cómo respira aquella elevada tristeza evangélica, aquellas lágrimas y aquel perfume y aquella antigua poesía de la Iglesia romana, que siempre han faltado á Haendel, como á la mayor parte de los compositores luteranos! Y cuando en medio del fúnebre coro se eleva una voz para entonar *Tedecet hymnus, Deus, in Sion*, ¿no parece escucharse la voz de un arcángel y á la misma Santa Cecilia pulsando el órgano é improvisando un acompañamiento fugado, al que jamás se aproximarán las más elevadas lucubraciones de los mortales? Después el coro se apodera del tema instrumental que ha acompañado el solo, el canto se dibuja en notas admirables que resuenan prolongándose con lentitud, como los ecos de un himno de los primeros días del cristianismo á través de las galerías y de los sepulcros de una inmensa catacumba. A las palabras *Et lux perpetua*, repetidas en frases alternativas, la orquesta descende majestuosamente unísona siguiendo los intervalos del acorde; las trompetas pronuncian el *Adios Supremo*; el coro concluye con dulce y mística solemnidad en la nota dominante, *Luceat eis*. Sí, entraba ya en la eterna luz, invocada para los muertos, aquel que ha escrito estas once primeras páginas del *Requiem*: ¡tan superiores parecen al hombre!

La esperanza cristiana, de este modo proclamada en el *Introito*, se manifiesta súbitamente, como si ya se hubiere realizado, con brillante é inmenso esplendor: es el coro del *Kyrie eleison*. Esta invocación tres veces repetida, *Tened piedad*, dirigida como por los nueve coros de los ángeles á

las tres Personas de la Trinidad, se hace por medio de dos melodías que se desenvuelven unidas en santa y perpétua rivalidad. La una, llena de energía y compuncion, es el acento de la súplica que llega al cielo y cae por su misma violencia; pero remóntase de nuevo con más seguro y firme vuelo, y aplícase á las invocaciones hechas al Padre y al Espíritu Santo. La otra melodía, llena de gozo, bate el aire con sus palpitaciones, para alzarse despues con vuelo enteramente angélico lleno de gracia, ligereza y brillo inexplicables. Aplícase al Cristo, y diriase, al oirlo, que se asiste al estremecimiento de las almas cautivas en el limbo cuando el Cristo descendió á él. Estas dos melodías marchan entrelazándose con las cuatro partes vocales que con amplitud y solemnidad duplican los instrumentos. Las partes agitan las melodías, las elevan y abaten, las trasfiguran haciendo brotar de ellas todas las luces, todos los perfumes, todos los éxtasis, como espíritus que se divierten en la más lírica de las danzas sagradas, sin que el ardor de sus divinos juegos altere nunca su serenidad perfecta y radiante. ¡Sinfonía celestial, de que era preludio la famosa aventura de la *Flauta encantada*! En ella, segun dice Jahn, «se cree nadar en un verdadero mar de luz.»

Sabido es que este género trascendental de conciertos, llamados fugas, ha sido inventado en la Edad Media, á la vez que nuestras colosales y majestuosas catedrales. Despues de la sinagoga de Moisés, donde San Pedro, ya en Jerusalem, ya en Roma, habia cantado las alabanzas del Cristo con las antiguas modulaciones de los hebreos ó de los griegos, la inspiracion cristiana no ha ofrecido más que melodías hasta el siglo de San Gregorio VII. Entónces apareció la armonía, y aprendieron las voces á cantar juntas; primero con notas iguales y paso á paso, y despues con los más variados movimientos, como los ejércitos del firmamento que giran en evoluciones infinitas, sin que la más pequeña estrella falte á la armonía, presentándose todas alineadas ante Dios, para decirle con alegría: ¡henos aquí! Josquin de Poré, á quien Baini llama «el cielo de Europa,» y de quien decia Lutero: «Los músicos hacen lo que pueden con las notas, pero Jos-

quin hace de ellas lo que quiere,» dió al finalizar el siglo XV el mayor vuelo á esta música difícil y espléndida. Palestrina, que le sucedió, perfeccionó este género en la tonalidad del canto llano. Haendel lo aplicó á la música moderna. Juan Sebastian Bach extendió su dominio, llevándolo hasta un punto que se creía el último, cuando despues de estos dos ilustres protestantes apareció el católico Mozart.

Canonista no ménos sutil que Bach, pero más inventivo y más atrevido, Mozart enlazó en el tejido del contrapunto melodías tan diferentes entre sí, que apenas se creeria posible su existencia legal; y cuando por fin queda uno convencido al verlo, todavía se pregunta si el oido queda satisfecho. Duda digna de perdon, que inmediatamente la ejecucion ha cambiado en entusiasmo. En el *Kyrie* del *Requiem* puede apreciarse bien la exactitud de estas palabras. Cuando la doble fuga de la enérgica súplica de la fé y de la alegría, inflamada del amor, parece haber dado á la voz todo lo que puede contener de exaltacion divina, escúchase sólo el canto de la alegría, ofréciedo en su melodía inesperados acordes, convirtiéndose en una nueva fuga, combinando los miembros de su magnífica frase, nuevamente enriquecida con otra alteracion admirable, y fundiendo los tonos más graves con las vibraciones más aéreas en un júbilo que salva todo límite. Tan admirable magnificencia está destinada á honrar al Cristo, y por medio de una invocacion atrevida, producida por su concepcion musical, á la vez que por su profunda y piadosa inteligencia, Mozart ha unido desde el principio los *Christe* á los *Kyrie*, asociando el Cristo al Padre, de quien es esplendor y gloria inseparable. En esta parte Mozart presenta sólo al Cristo, ocupando, desde la tierra á los cielos, en sus flotantes olas de luz, todas las voces del coro. Pero el Cristo Salvador, tan amado de Mozart, va á presentarse de nuevo con el Espíritu Santo, sobre el cual se cernerá, como el Padre se cernia sobre Él mismo. El Cristo resuena por todas partes; pero en este punto las entonaciones del *Kyrie* se apresuran á redoblar la alegría, porque «el reino de Dios es alegría en el Espíritu Santo». Los *Christe* se apresuran á su vez; y por un momento parece oirse, no una doble, sino una cuádruple

fuga; todo se convierte en alma y en cuerpo para cantar, quedando el espíritu como sumergido en un lirismo infinito. Una cadencia que se quiebra en un acorde desgarrador de sétima disminuida, prepara el último *Kyrie* que es dirigido al Espíritu Santo, y dicho por todas las voces unidas, con lentitud, energía, en un inmenso y tranquilo esfuerzo, recordando al Espíritu vivificador, que ha fecundado el caos bajo sus alas de fuego, y que ha de resucitar á los muertos.

No creo, dice el autor de quien extractamos esta crítica, que presto á Mozart mis propios pensamientos. Nadie que le conozca duda de la especial atención que ponía en los menores detalles de sus grandes obras, ni de la profunda intención con que sin cesar los multiplicaba, ni de los rasgos originales en que abundaba su fé sencilla, aquella fé que abrigaba en lo más íntimo de su corazón, en medio de un siglo malvado, y que era bastante feliz para exhalarse en inmortales captos.

Semejante inspiración exige intérpretes que se hallen á su altura. Los corazones mezquinos y las inteligencias pobres harán muy bien en no ejecutarla, porque se les podría acusar de blasfemos. El abate Stadier escribe con motivo del *Kyrie*: «Los pasajes que Mr. Weber califica de gorgoriteos, y que pertenecen á Haendel, no pueden ser de este modo censurados sino cuando se ejecutan de una manera grosera y rústica, *in staccato*; pero cuando se les canta como aquí (en Viena), con delicadeza y naturalidad, os elevan en un torbellino de armonía, que subiendo siempre, os aproximan, por decirlo así, al trono del Eterno.» Oulibicheff, que cita este pasaje de Stadier, dice hablando del *Kyrie*: «Lo he oído ejecutar en los conciertos de nuestra Sociedad filarmónica en Nine Nowarod», como tal vez en ninguna parte de Europa... El efecto era el que debía ser, sublime».

Además, estas maravillas se hallan en su legítimo lugar.

El gran compositor católico, al edificar el frontispicio de su monumento, pensaba en el santuario, cuyas luces hacia irradiar hasta él. Como la tradición constante de los maestros católicos consistía en tratar el *Kyrie* en fuga, y hacer de él una oración que sube, llega y penetra en el cielo, lo ordi-

nario era repetir al fin de la Misa todo el canto del *Kyrie*, precedido de una parte del canto del *Introito*, cambiando solamente la letra. De este modo componían la *Postcommunio*. El himno de la súplica se convertía en el del triunfo, y presentábase la realidad bajo los rasgos trasfigurados de la esperanza. Donde se había cantado: «Señor, tened piedad de nosotros,» se cantaba: «Con vuestros santos por toda la eternidad.» Es indudable que Mozart ha tenido presente el cuadro de la eterna bienaventuranza del *Cum sanctis* al escribir el *Kyrie*. Pero sea que este cuadro haya sido reemplazado por otro más brillante, sea que el artista haya querido manifestar que los cantos de Jerusalén eran entonados á las márgenes del río Babilonia y para las almas cautivas en el fuego de la expiación, lo que se descubre es que ha extendido sobre este océano resplandeciente de luz un vasto crespon, una vez sola desgarrado. Cuarenta y seis compases están en modo menor, y solamente diez en modo mayor, y la armonía única y admirable que resulta de esta inmensa dificultad, creada y vencida á la vez, no es el menor prodigio del sublime genio de Mozart.

Los dos motivos del *Kyrie* aparecen en gérmen en el *Mesías* de Haendel, que Mozart acababa de arreglar para la instrumentación, haciendo de ellos una obra maestra. Allí se encuentran aislados; pero en el coro del *José* de Haendel, «*Alleluya*, gocemos de la alegría, de la salud y del triunfo en el nombre del Señor, Nuestro Dios,» se hallan reunidos. Este coro está en *re mayor*, y el de Mozart en *re menor*, y ésta es la menor diferencia que entre los dos existe. Pero las frases que Mozart opone á las de Haendel son sumamente bellas y muy superiores á las de éste, componiendo con ellas un cuadro incomparable. Mozart es Rafael explotando una mina de oro. La fuga del *Kyrie* excede á todas las fugas conocidas, excepto el divino *Misericordia, Domine*, del mismo Mozart, al que debe conducirnos el final del *Requiem*.

El *Introito* y el *Kyrie* han sido escritos hasta la última nota por Mozart, que puso al principio de la primera página: «*Di me*, W. A. Mozart, 1792.» Esta fecha es indudablemente la del aniversario de la muerte de la condesa de Walsegg, en el que

debía ejecutarse el *Requiem*, y ha coincidido con el 30.º día de la muerte de Mozart. Después del himno del *Kyrie*, que, unido al *Introito*, forma como la portada que anuncia toda la obra de la Redención, vamos á ver cómo se desarrolla, por decirlo así, esta misma Redención.

La voz de San Pablo la ha anunciado en la liturgia, predicando á los Tesalonicenses la resurrección de los muertos. A la Epístola, siguen las oraciones *del Gradual* y *del Tracto*, que son la repetición de los pensamientos y en parte hasta de las palabras del *Introito*. Los maestros católicos de la música moderna no las ponen de ordinario en música, á causa de la extensión que exige la *sequentia* del *Dies iræ*. Mozart ha obrado de otro modo, y para ponerla en música, la ha dividido en seis partes, con la más admirable inteligencia cristiana y con el más consumado genio dramático.

Han enmudecido los santos oráculos. De repente, como si todas las virtudes celestes se conmoviesen, como si el mar erizase sus amenazadoras ondas, se desgarrasen las entrañas del planeta y se dispersasen las estrellas rodando y tronando en la noche, salen simultáneamente de todas las voces é instrumentos clamores y gritos ahogados é inenarrable espanto.

«¡Día de cólera aquel día! Reducirá el siglo á ceniza, como lo atestiguan David y la Sibila!» El carácter impetuoso de los instrumentos, su precipitada agitación, su *tremolo* continuo, semejante á las trepidaciones y convulsiones de un incendio azotado por huracán inmenso; las voces que á través se lanzan todas juntas, ó por grupos, siguiendo á los bajos, que trinan la misma nota, de que no pueden salir, repitiendo tres veces: *quantus tremor est futurus*; estas voces, que son las de los condenados á muerte á quienes el verdugo ha intimado la sentencia y que no pueden evitarla, todo esto conduce al alma al *summum* del horror. Los cabellos se erizan, los huesos se estremecen; parece verse en el seno de este caos á los desgraciados de los últimos días del mundo, pintados por Jesucristo, comiendo, bebiendo, celebrando contratos, contrayendo matrimonios, y no acordándose de Dios más que para mofarse de él, sorprendidos de repente por el brillo ó majestad del Hijo del Hombre. «¡Cuánto terror habrá cuando venga el Juez á

examinarlo todo estrictamente!» Las entrañas se retuercen; estridentes gritos salen de todos los labios, y negros son los rostros. Mozart ha reproducido toda esta escena con aquel mismo horror de la agonía que obligará á estos desventurados á decir á las montañas: «¡Caed sobre nosotros!» y á las colinas: «¡Sepultadnos!» Su drama *Don Juan, ó el libertino castigado*, no era más que el festin de Baltasar; pero aquí nos presenta el último festin del universo, convertido en una Sodoma; y en medio de los rayos y de las centellas, del globo que estalla y de las naciones que se destruyen, se descubren escritas con negras llamas en el sangriento disco de la luna las terribles palabras: *Mane, Theccl, Phares*.

Las voces espiran en medio de estas angustias: los instrumentos callan, el mundo queda mudo y desierto, y en medio de la sombra de la noche, hay un silencio como de media hora que en apocalíptico raptó presencié San Juan en el cielo. Entónces, un trombon, con roncós sonidos que suben al cielo y descienden á los infiernos, modula lentamente siete notas.—«La trompeta, dice el bajo, repitiendo estos terribles tonos; la trompeta, extendiendo un sonido extraño á través de los sepulcros de las regiones, obligará á todos los hombres á presentarse ante el trono.»

La voz vaga sola en el espacio con la trompeta sola, en medio de algunas notas de estupor de los instrumentos de cuerda, y mientras que la trompeta continúa desenvolviendo; sus notas, mostrando la multitud de las sombras que evoca, formando círculos retumbantes con que las estrecha, empujándolas despues á lo alto por medio de tres cargas y barriendo, finalmente, á aquella multitud como un torbellino, la voz, subiendo á los aires, descendiendo á las tumbas, sigue con espanto á la trompeta fatal, y al llegar á estas palabras: «Ante el trono,» se tiene palpitando en una nota profunda; y descendiendo despues cinco notas, sucumbe en ellas como en un abismo.

Entónces, la brillante voz del tenor, como un águila que atraviesa el firmamento, exclama en elevadísimo tono: «La muerte y la naturaleza se llenarán de estupor cuando resucite la criatura para responder á quien debe juzgarla.» «Nunca

olvidaré el estremecimiento del auditorio, dice Oulibicheff, cuando la admirable voz de Jewsiff entonaba *Mors stupebit*. Los violines no cesan de trinar; el fagot gime en medio de ellos, y desplegándose solemnemente, se extiende como un libro abierto; y mientras tanto, la voz continúa en tono un poco más bajo, pero más lleno de sollozos: «Se presentará un libro escrito donde se halla contenido todo aquello por lo que el mundo será juzgado.» La tiple, con grave y fluida voz, recuerda entónces la terrible intimación: «Cuando el juez se haya sentado, aparecerá todo lo oculto, y nada quedará impune.» Y el soprano exclama, dirigiendo á lo alto sus punzantes lamentaciones: «¿Qué diré yo entónces, desgraciado? ¿A qué patron he de acudir, cuándo apenas el justo estará seguro?» Y las cuatro voces que hemos visto pasar en sus melodías, una en pos de otra, como fantasmas de larga cabellera, llorando amargamente y extinguiéndose con el ligero estremecimiento de las ondas en la noche, reaparecen juntas, en medio de todos los instrumentos, para expresar con melancólico acento la compuncion más conmovedora y las supremas angustias del corazon: «Cuando apenas el justo estará seguro: ¡cuándo apenas el justo, apenas el justo estará seguro!»

Sin embargo, la esperanza traspira en medio de estas angustias. Habiendo mezclado los primeros violines á los gemidos, entrecortados y descendientes de las voces, iguales gemidos, despues de haber subido hasta las últimas notas, descienden para finalizar la frase y decir: «En seguridad,» por medio, de un rasgo tan delicioso y tan brillante, que se diria que estaba empapado en miel y bañado en luz. Al repetir la frase, y despues de un nuevo gemido, lanzan un rasgo menos brillante, pero no menos dulce, que produce un vasto grito de solemnes notas, que descendiendo con enérgica cadencia, espira con suave reposo, en el que la orquesta se balancea y adormece. En este pasaje hay un coro de doce compases, cuya belleza patética y armoniosa es imposible expresar. «Su poesía, dice Holmes, es una tentativa para abrir el cielo con sonidos, y es celestial la suavidad de la melodía.» En este trozo no todos han comprendido á Mozart.

«Segun Weber, dice el abate Stadier, Mozart ha cometido una falta grosera introduciendo cantos agradables en su *Tuba mirum*. Cada rasgo ó cuadro debia ser terrible, si debemos dar el crédito. Permítame, sin embargo, dirigirle una pregunta: ¿Quiénes son los llamados por la trompeta del juicio? Son los vivos y los muertos, es decir, los justos y los pecadores, los buenos y los malos, los elegidos y los réprobos. ¿Quedarán todos uniformemente impresionados ante el sonido de la trompeta? ¿Resonará igualmente formidable para el justo, á quien no acusa su conciencia, como para los malvados, entregados al sentimiento de su iniquidad? No lo creo. Así como será terrible el dia de la resurreccion para los réprobos, producirá, por el contrario, grande esperanza en los elegidos; puntos de vista que constantemente ha tenido presentes Mozart en su trabajo.»

Oulibicheff, que cita este pasaje, se queja, sin embargo, de la vulgaridad de la melodía encargada de expresar las últimas palabras del texto sagrado, siendo esta página para él la única débil del *Requiem*. *Fahn*, ocupándose en el segundo trozo del *Requiem*, que empieza en el *Tuba mirum*, y termina en *vix justus est securus*, dice: «Cada párrafo es expresivo, digno, bellísimo; la conclusion, sobre todo, es de arrebatador encanto; pero todas estas frases, así como el conjunto, no tienen la elevacion y la grandeza de la representacion que debe de ser viva en nosotros.» El abate Davin, á quien seguimos en estos mal pergeñados renglones, no es de esta opinion, prefiriendo la de Holmes. «Seria extraño, dice, que Mozart, que ha dado la última mano á las partes vocales, por lo ménos, de esta última página del *Requiem*, hubiese cometido en ella la falta, más ó ménos grave, de que le acusa, y que le era fácil corregir. Mozart ha creído que este trozo estaba á la altura de los demás, y es muy temerario criticar á un autor de gusto tan puro y en una obra tan constante y tan prodigiosamente inspirada. Más vale intentar comprenderle.»

Mozart no debia dibujar siempre cuadros sombríos y trágicos, y en este trozo hace al espíritu descansar en las lágrimas y en ciertas sonrisas compañeras de la fé, de que San

Pablo ha dicho: «Estoy lleno de consuelo, y la alegría abunda en mí en todas mis tribulaciones.» (2.<sup>a</sup> Corint. V. iv.) Esta intencion de Mozart es sublime, porque hay en estas pálidas conmociones del justo, en estos dolores templados por las lágrimas, en estos súbitos accesos de alegría, de vigorosa confianza, de piadoso arrebató de amor, un no sé qué de Dios, que anima en su misma presencia á sus hijos.

Los protestantes nada de esto podrán apreciar; pero los católicos lo ven muy sencillo y muy profundamente cristiano.

El último rasgo, tan amplio y tan vigoroso, de las cuatro voces y de toda la orquesta acerca de estas palabras: «Cuando apenas el justo estará seguro,» es el testimonio de nuestra conciencia de que habla San Pablo, y que Job conservaba bajo el ardiente sol de Idumea y en su basurero, lleno de úlceras, insultado por falsos amigos y empapado en la sangre que de sus llagas fluía.

En esta dulcísima esperanza mece la orquesta al justo, adormeciéndole suavísimamente y haciéndole gustar las delicias de la eternidad.

De repente se despierta la orquesta. Dos golpes profundos y precipitados de los instrumentos de cuerda, aumentados por los trombones, bajos y fagots, lo ponen todo en conmocion: ¡es el grandioso y último advenimiento del Cristo! Esas escalas que se precipitan con formidable unisonancia, esa triple y sublime exclamacion del coro: ¡*Rex! ¡Rex!* reforzada por todas las voces metálicas de la orquesta, ¿no nos presentan á la tierra balanceándose sobre su eje desquiciado, y al Rey de la gloria descendiendo lentamente de los cielos sobre el ala de los serafines?...

Al sonido de las trompetas del Juicio, óyese subir la oracion universal... Los truenos del Sinaí cálmanse por fin, para permitir que llegue á los pies del Juez el último voto, febril grito de la humanidad espirante: ¡*Salva me!* «En el coro *Rex tremende*, dice Holmes, Mozart ha expresado tan bien el sentimiento del temor respetuoso y del terror que le ha inspirado esta escena del juicio final, que el auditorio queda subyugado.» Súbitamente todos los instrumentos de

cuerda unísonos descenden, con notas comprimidas y rápidas como el relámpago, escala y media en tono menor. Los fagots, bajos y trombones cambian con ellos estallidos semejantes á los del aire desgarrado por el rayo, y todas las voces, unidas á los instrumentos de viento, gritan: «¡*Rex*, el Rey!» Otras dos marchas unísonas de los instrumentos de cuerda, pero más vivas y más brillantes, interrumpidas por el mismo trágico grito, y la última marcha, en que los instrumentos se dividen en duo y se detienen en una tercia mayor brillante, produce la explosion de las voces, que en las articulaciones más solemnes y más enérgicas, aumentadas por los timbales, unidas á los instrumentos de viento, exclaman: «¡El Rey ha salido del cielo! ¡Héle allí! Hé ahí al Hijo del Hombre, que Caifás mandó prender de noche como á un ladron y llevar maniatado á su conciliábulo; á quien los Príncipes de los sacerdotes indignos, los orgullosos escribas, los infames ancianos del pueblo, cubrieron de bofetadas y saliva; á quien mandó azotar Pilatos y vestir de irrisoria púrpura, y poner en su mano un cetro de caña y ceñirle corona de espinas, presentándole á los judíos el dia de Pascua, diciendo: «¡Hé aquí al Hombre! ¡Hé aquí vuestro Rey! ¡*Ecce Rex vester!*» ¡Hé allí al Rey! ¡Hé allí aquel Jesús que ha dicho á todos estos miserables en su mismo tribunal: «En verdad os digo que vereis al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y majestad!» Oid ahora á todos los hombres, oid á todas las voces de la creacion confesar esta majestad incomparable.

Divididos en dos coros los instrumentos de cuerda, van cayendo unos sobre otros como masa de nubes ó de truenos. Las voces de tiple y soprano, semejantes á montañas de aguas que se chocan y combaten; siguen á la distancia de medio compás el mismo canto repetido en la cuarta; pero tan majestuoso y tan espléndido en su serenidad, que recuerda la faz dada por Rafael al Niño Dios, llevado por los aires en brazos de la Virgen, é imperando á los vientos y tempestades. Entretanto, los bajos y tenores se persiguen del mismo modo, repitiendo en un canto, ó más bien, en una frase llena de temor y de cariño á la vez: «Tú que salvas á tus ele-

gidos, que los salvas gratuitamente.» Por fin, todas estas voces, á que constantemente van unidos los bajones y fagots, cantan con ellos, imitando la marcha de los violines en movimiento mucho más solemne: «¡Rey de formidable majestad!» De nuevo este espectáculo sublime se renueva, pero sin repetirse, como las grandes escenas de la naturaleza. Los violines, violas y violoncellos reproducen el juego de sus ondas; los tenores y bajos hacen resonar más poderosamente el canto de la victoria y del imperio; los sopranos y tiples gimen más dulcemente los supiros del temor y de la ternura, y todos terminan diciendo: «¡Rey de formidable majestad!» y añadiendo con afectuoso ardor: «¡Tú que salvas, y salvas gratuitamente!» Jamás la música habia presentado semejante espectáculo de poder y de esplendor, ni la armonía habia intentado tan asombrosas combinaciones, cuya sencillez iguala á su gigantesco lujo. Hay á la vez en este trozo tres cánones de dos partes, de melodía sumamente delicada y completamente original. La base fundamental desciende diatónicamente, compás por compás, seis intérvalos, y remontándose despues á la nota dominante de donde ha partido, desciende del mismo modo cuatro nuevos intérvalos, para acabar como en pedal, en esta misma nota dominante, marcha armónica que forma un efecto grandioso. Pero lo que más admira, es su repetición cuando los instrumentos de cuerda acompañan el mismo canto cambiado entre las voces y ligeramente traspuesto en el soprano y tiple, y en la que se escucha una nueva armonía, más brillante que la precedente.

Mozart ha querido en cierto modo presentar todas las maravillas que á la venida del Hijo de Dios asombrarán á los mortales. Para esto no ha necesitado más que diez y siete compases, como un solo instante bastará al Cristo para anunciarse y ofrecerse en toda su magnificencia.

Sin embargo, la estrofa *Rex tremende majestatis qui salvando salvas gratis*, está por concluir. Oyese por tres veces al rayo estremecerse por lo bajo con los violines y chisporrotear en cierto modo en manos del Soberano Juez. Las tiples, ayudadas por los fagots, lanzan el grito del niño, que, al ver la

muerte, se arroja en el seno de su madre: «¡Sálvame!» Un momento despues, las voces de los hombres, unidas á los bajones, repiten este mismo grito en la nota en que ha quedado, y dicen más bajo: «¡Sálvame!» Y entónces, todas las voces, unidas á los violines solos, dulcemente enternecidos, cantan con santísima seguridad: «¡Sálvame, fuente de piedad! *¡Salva me, fons pietatis!*»

En este momento, cuatro cantores se separan de la multitud de los que esperan el juicio, y sostenidos por las instancias y encantos de los instrumentos, presentan á los pies del Juez esta oracion:

«¡Acuérdate, piadoso Jesús, que soy causa de tu peregrinacion; no me condenes en aquel dia! ¡Por buscarme te has cansado; tú me has rescatado sufriendo la cruz; que no sea perdido tan gran trabajo! ¡Justo Juez de la venganza, concédeme la gracia del perdón, antes del dia en que hay que rendir cunetas!

Gimo como un criminal: mi rostro se avergüenza de mis faltas; ¡oh Dios, perdona al que te suplica! Tú has absuelto la Magdalena y has escuchado al Buen Ladron, á mí tambien has dado esperanza. No son dignas mis oraciones, pero tú eres bueno, obras benignamente; haz que yo no sea consumido por el fuego eterno! ¡Dáme un puesto entre las ovejas y sepárame de los machos cabríos, poniéndome al lado derecho!»

Esta sublime oracion fué la de los gigantes ahogados en el diluvio, y que antes de morir pidieron á Dios gracia, como dice San Pedro: fué tambien la del Buen Ladron, mirando desde su cruz á Jesús, clavado en la suya, y fué la de Mozart moribundo. No tenia que llorar las violencias del ladron del Calvario; nadie mejor que él supo perdonar y hacer bien; pero tenia que arrepentirse de algunas debilidades y extravíos de Magdalena, y vierte en este trozo todas las lágrimas de sus ojos, y todo el nardo de su corazon sobre los pies y cabeza de Jesús.

## EL «DIES IRÆ.»

En efecto, Mozart ha compuesto sobre estas admirables palabras, no una, sino dos músicas, formando las voces un coro y los instrumentos otro; dos obras maestras que podrían oírse separadamente, y que reunidas y entrelazadas, llenan el templo del rocío de los arrepentimientos divinos, y lo impregnan del perfume del amor santo.

Oulibicheff, hablando de éstos «comentarios plácidos y místicos de la oración venerable, recitada por los cantores,» dice: «El efecto de esta inaudita combinación entre las voces y la orquesta es milagroso;» y añade: «El *Recordare* parece derivarse de la más antigua de todas las formas de la música figurada, el canto sobre el libro, es decir, un *canto firme* con partes improvisadas en estilo fugado...» En cuanto á la composición, el *Recordare* no permite comparación alguna con nada.

Para hacer más clara la intención de su alma contrita y humillada ante el Crucifijo, convertido en el ardiente sol de la eternidad, como dice San Juan, del Cordero, Mozart ha tomado para las voces el motivo tan verdaderamente tierno y piadosamente afectuoso que empieza el *Stabat* de Pergolesi. Tres veces repite este motivo al frente de las tres estrofas, entre las que ha distribuido toda esta larga oración. Un acto de desgarradora súplica sigue á este acto de amor, en parte semejante y en parte variado: viene después un acto de confianza, siempre diferente y siempre progresivo en su admirable expresión. La orquesta lo inunda todo con sus constantes é inagotables efusiones. Holmes dice muy bien de este prodigioso conjunto: «El *Recordare* es un cuarteto que no tiene igual. El tema, aunque muy sabio, es sostenido por el estilo más florido en los acompañamientos: la expresión de las partes vocales es patética; en las cadencias hay una especial melodía angélica, que ningún epíteto puede descubrir.»

Virgilio hace decir, por medio de Anquises, á Eneas, padre de los romanos, á la vista de Marcelo, sobrino é hijo adoptivo de Augusto: «¡Oh, hijo mio, no me preguntes del gran duelo de los tuyos!... Dame lirios á manos llenas; quiero extender flores de púrpura, quiero cubrir por lo ménos con estos dones el alma de mi nieto y cumplir un deber.» Indudablemente se acordó Mozart de estos hermosos versos é intentó hacerlos olvidar; ¡tantos lirios y tantas rosas deramó á manos llenas sobre el Cristo muerto por nosotros! El Cristo ha resucitado y es la alegría del mundo, poseyendo aquel imperio que el jóven Marcelo, muerto á los veinte años, no pudo heredar de Augusto. El Cristo es el Señor de cielo y tierra y juez de muertos y vivos. «Dadme lirios á manos llenas,» dadme rosas; pero dadme los lirios del triunfo y las rosas de la inmortalidad. Mozart ha cumplido en nombre de toda la humanidad este deber, y si no devuelve la vida al Cristo, porque éste no la necesita, da la vida divina á todos los mortales que abrigan esta piedad hácia el piadoso Jesús, «que es el Rey inmortal de los siglos.»

En el momento en que el fúnebre y majestuoso sonido de los fagots entona el canto del *Recordare*, destinado á las voces, las sonoras cuerdas de los violines y violoncellos desarrollan unísonamente, como brillantes caídas, la melodía, que va á ser el alma de los instrumentos. Esta melodía se eleva por medio de tres golpes, parecidos al agua que mueve sus ondas en su cauce. La frase de siete compases que contiene esta melodía, es lo más tierno, lo más místicamente alegre y lo más religiosamente festivo que imaginarse pueda, extinguiéndose con los fagots, que terminan su canto de la misma extensión. Entónces, los primeros y segundos violines se apoderan de la primera parte de la frase, la viola de la segunda, desenvolviéndose en una lluvia descendente y ascendente de brillantes adagios recibidos por los violoncellos. Nada más rico y más suave que esta sinfonía, parecida á la corona de gloria que el Cristo vislumbró en el huerto de los Olivos, despues de contemplar el océano de amarguras que tenia que devorar en su Pasion. Al sétimo compás empieza el canto la flúida voz de tiple seguida en sétima por el

bajo, que repite el cánon anunciado, mientras que los violoncellos empiezan de nuevo su fuga, creando nuevas maravillas. *Recordare Jesu pie*, dicen la tiple y el bajo. *Quod sum causa tu vi*, responden el soprano y el tenor, elevando el canto á las regiones más sublimes y más patéticas. El primer violin sostiene al soprano; el segundo, la viola y el violoncello tocan un trio que recuerda el de los dos violines y el de la viola; pero el violoncello con esta misma fuga gimen en sentido contrario, activando su movimiento y carácter. Toda esta creacion y profusion de melodías ofrece aquellas manos llenas de lirios y rosas que no cesan de moverse y de derramar sus homenajes y ternuras sobre el Santo Redentor. *Ne me perdas*, «no me pierdas,» dice despues el bajo en cuatro notas, de las que la penúltima excede á las otras tres solamente en un semitono.

El soprano y el tenor, apoyándose en el bajo, repiten en una nota más alta la misma súplica con penetrante armonía, mientras que la tiple une á las dos una tercera súplica, una frase del más amplio y del más sublime canto llano, produciendo el reposo más melodioso que se pueda imaginar. Los instrumentos de cuerda cubren en cierto modo la frase con las repetidas efusiones de sus suaves flores. Pero hé aquí que mientras espiran en dulces palpitaciones, el bajo dice con grave emocion *Quærens me*, por buscarme; *Quærens me*, repite brillantemente el tenor; y las dos voces de mujer ó de niño concluyen con triste y compasiva modulacion: *Sedisti lassus*, te sentaste cansado. «Tú me has rescatado, tú me has rescatado,» continúan las voces de los hombres.—«Al morir en la cruz,» añaden más alto las demás voces. Entónces, cruzándose estas cuatro voces, la tiple y el bajo por un lado, y el soprano y el tenor por otro, las unas disminuyendo en quinta y las otras elevándose en cuarta, y la primera sílaba de éstas uniéndose á la última de aquéllas, dicen este diálogo acompañado de la espléndida, tierna y arrebatadora sinfonía de los instrumentos de cuerda, á los que se unen los fagots y bajones.—«¡Que un tan grande—que un tan grande—trabajo—trabajo—no sea—no sea—perdido—perdido!» Y todos lanzan con energía sobrehumana el

áncora de la esperanza en este argumento invencible para el corazón del Cristo: «¡Que un tan grande trabajo no sea perdido!»

Esta cadencia contiene diez partes reales, clarísima y simétricamente dispuestas, maravillando tanta melodía, que pudiera compararse á una legion de ángeles revoloteando en medio de las lágrimas y del júbilo de la salvación, en torno de la cruz. ¿Quién no recuerda «aquellas urnas de los cielos» de que habla Dios á Job, y de las que San Jerónimo ha dicho en la Vulgata, «que hará dormir el concierto de los cielos?»

Tal es la primera de las tres estrofas del *Recordare*.

Las otras dos son parecidas en el principio y en el medio, siguiendo después sus libres inspiraciones. El soprano y el tenor bajan en un tono la voz para decir: «Justo Juez de la venganza, concede la gracia del perdón.» Y el tenor innova su melodía repitiéndola: después el bajo, sin modular como antes su frase, añade inmediatamente el canto *ne me perdas*, disminuido en un tono: «*Ante diem rationis*, ántes del día de la cuenta.» Entonces se verifica un reposo lleno de seguridad y armonía, al que inmediatamente siguen las melodías conocidas como para enternecer al Juez, y á la vez tranquilizar al que va á ser juzgado. Este lanza tres gritos *crescendo*, que gravemente desciende una octava: «¡Gimo como un criminal;—mi rostro se avergüenza de mi culpa;—perdona ¡oh Dios! al que te suplica!» De este modo cantan reunidas las cuatro voces, y de repente la voz femenil del soprano baja de las alturas clamando con dulce sonrisa: «¡Tú que has absuelto á María!» É imitando á ésta la voz viril y vibrante del tenor, añade con premura en tono más alto: «Y que has escuchado al ladrón.» Y las dos voces dicen juntas, seguidas de una tercera y cuarta voz: «¡A mí también has dado la esperanza, á mí también has dado la esperanza!»

«Mis oraciones no son dignas; pero tú, que eres bueno, obra benignamente,» continúan la tiple y el bajo, seguidos del soprano y del tenor, repitiendo el canto del *Recordare*, pero con una orquesta llena de nuevas riquezas. De repente estos hermosos cantos son interrumpidos por los instrumentos de

cuerda, que lanzan como saltos, y únicamente desde el *do bajo al do* superior, para descender al *si* inferior, como si apareciesen las llamaradas de un volcan para hundirse de nuevo en el cráter de donde han salido: «¡Que no sea quemado por el fuego eterno!»

Cantan todas las voces con un grito de alarma, entrecortado por tres golpes de estas llamas terribles, y despues, *mi-nuendo*, dicen, con el canto del *ne me perdas*, pero cinco notas más bajo que la primera vez: «Dame un puesto entre las ovejas, y sepárame de los machos cabríos.» Entónces la voz del soprano se lanza y desciende con la melodía tan compasiva y tan tranquilizadora, que ha sido el alma de los instrumentos en toda esta oracion, diciendo: «Colocándome al lado derecho.» La tiple y el tenor imitan al soprano, como los violines se imitan mutuamente; y el bajo, imitando al violoncello, que antes ha empezado de nuevo la fuga, se remonta una octava más para repetir á su vez, con acento lleno de fuerza y de victoria: «Colocándome al lado derecho.» Esta hermosa súplica, ó, mejor dicho, afirmacion, ¡tanta seguridad contiene! es repetida y embellecida por las voces, que en ella se detienen, mientras que los instrumentos de cuerda dejan caer de nuevo su celeste rocío; terminándose en él con deliciosa calma el *Recordare*, como una suave aparicion del Paraíso, de que tanto abunda el *Requiem*.

«La cadencia final, dice Holmes, tiene en la forma canónica un movimiento semejante en las partes de tiple y tenor, y un movimiento contrario en el bajo. No hay un pasaje más melodioso de cuarteto en toda la música. Respira la calma y el reposo; es el verdadero espíritu del texto: «Colocándome al lado derecho.» Pero el efecto de este movimiento, que permanece grabado en la memoria, consiste especialmente en una expresion abstracta, pura y celestial. Bajo este concepto, el *Recordare* es en la música sagrada un modelo de inaccesible excelencia, haciendo pensar, no en el arte con que está escrito, sino en las circunstancias en que se hallaba Mozart, en la excitacion producida por la proximidad de la muerte y en la vision mental, ya «en comercio con el cielo.»

«Este cuarteto, dice Jhan, es el trozo de música más am-

plio y más consumado del *Requiem*; y tanto por el plan y disposición, como por la riqueza y significación de ciertos motivos, por la delicadeza de ejecución de detalles y el espíritu que le anima, es quizá superior á todo lo demás. De cualquier modo que se le considere, es uno de los más hermosos y de los más nobles trozos de música de este género, que jamás han sido escritos. El mismo Mozart lo conocía, cuando después de haber escrito el *Recordare*, decía á su esposa que si muriera antes de acabar el *Requiem*, este trozo le serviría de mucha gloria.»

El Cristo va á sentenciar á los hombres; su mano, taladrada por los malvados, se levanta para aterrarlos. El *Corde-ro* de Dios se convierte en el *Leon de Judá*, y su rugido va á confundir á los gigantes del siglo, que van á caer unos sobre otros en el entreabierto abismo. Oid á los instrumentos de cuerda retumbando unísonos, lanzando indecible cólera y creciendo como los truenos de la tempestad: es la divina venganza y sus inevitables garras.

Hé aquí que, semejantes á los dos ángeles que azotaban á Heliodoro y arrojaban del templo á este miserable, ó más bien, semejantes á la tropa de demonios á quienes serán entregados los réprobos, dos grupos de voces de hombres, duplicadas por los trombones, elevándose y cayendo unas sobre otras á manera de látigos que azotan la paja en el aire, dejan oír estas terribles palabras: «*Confutatis, confutatis, maledictis, maledictis*, confundidos, confundidos, los malditos, los malditos.»

Después, descendiendo de alto con las sacudidas y estremecimientos del rayo añaden: «Destinados á terribles llamas.» Pero entónces las voces de mujeres y niños, como dos grupos de ángeles que miran al cielo, dicen en elevado tono: «¡Llámame, llámame, llámame con los benditos!» Y los golpes de la venganza resuenan más espantosos, y las llamas son más voraces, y la armonía condensa sus negros y terribles torbellinos, mientras que en medio de estos horrores la voz aérea redobla su furor sobrenatural y plácido diciendo: «Llámame con los benditos.» Vese á los réprobos á la rojiza entrada del infierno, y á los elegidos á la azulada puerta del

paraíso. «En cuanto al efecto, dice Oulibicheff, este trozo recuerda vivamente la última escena de *Don Juan*, y nada hay que ménos se le parezca por las ideas y el estilo.» Une los contrastes más dramáticos. En el *confutatis*, la unisonancia de la música, subiendo y refluyendo, se parece á una onda gigantesca que intenta descubrir el ardiente sudario de los réprobos, y en el *Voca me* se parece á la flor mística del alma, que azotada por las tempestades del día de la cólera, abre por fin su tembloroso cáliz al rayo de la divina misericordia.

Á su aspecto los mortales se anonadan, y todas las voces del coro pronuncian juntas y con lentitud, en medio de los estremecimientos continuos de los instrumentos de cuerda y viento: «¡Te conjuro suplicante y prosternado, hecho el corazón ceniza, que cuides de mi fin!» Un frío de muerte se exhala de la melodía, que disminuye tres veces en semitonos. La armonía se cambia en enarmonía; la música se descompone y pasa al estado de cadáver, los sonidos no son más que fantasmas para el oído, los muertos y los vivos permanecen anonadados ante Aquel que debe juzgarlos. «Es lo sublime de lo sublime,» dice Oulibicheff, que añade piadosamente. «Habeis perdonado, Dios mio, al que ha escrito para glorificaros esta música santa, y ojalá que igualmente nos perdoneis cuando llegue nuestra hora.» Recordamos aquí uno de los sucesos más memorables de la juventud de Mozart, el del *Miserere* del sacerdote Allegrí, que oyó en la capilla Sixtina, y que este niño, de catorce años, aprendió en todas sus partes. «En el momento de empezar, dice Beyle, el Papa y los cardenales se prosternan. La luz de los cirios ilumina el *Juicio final*, pintado por Miguel Ángel en el muro á que se halla arrimado el altar. Á medida que el *Miserere* adelanta, se apagan sucesivamente los cirios; las figuras de tantos desgraciados, dibujadas con tanta energía por Miguel Ángel, se hacen cada vez más imponentes, medio iluminadas por la pálida luz de los últimos cirios que permanecen encendidos. Cuando va á terminar el *Miserere*, el maestro de capilla, que lleva el compás, lo va disminuyendo insensiblemente, así como los cantores la elevación de la voz; la armonía se extingue poco á poco, y el pecador, con-

fundido ante la majestad de su Dios y prosternado ante su trono, parece esperar en silencio la voz que va á juzgarle. «...Ignoro si la causa fué el éxito que obtuvo, pero parece que el canto solemne y melancólico del *Miserere* produjo impresión profunda en el alma de Mozart, que despues tuvo especial predilección por Haendel y el tierno Bocherini.»

Esta misma impresión dominaba á Mozart moribundo, y puede decirse que el *Confutatis* es la traducción completa de esta escena, que todos los años en los días más santos remueve las entrañas de lo más selecto del universo.

La conclusión de esta escena es el *Lacrymosa*. En la prostración que causa la presencia del Soberano Juez, del infierno que abre su boca, y del cielo entreabierto, óyense en la orquesta suspiros medio velados y anhelantes, pero dulcísimos é impregnados de ternura, é inmediatamente todas las voces *crescendo* y *minuendo*, como pechos que exhalan su último aliento, lloran de este modo: «Día de lágrimas aquel día en que el hombre culpable resucitará de la ceniza para ser juzgado.» «El *Lacrymosa*, dice Holmes, es un coro de dibujo poético que contiene una voluptuosa elegancia en su suave composición, y una belleza de melodía que le daría un carácter demasiado secular para un *Requiem*, si los sentimientos no estuviesen dominados por muchos parajes solemnes en que se respira respetuoso temor.» Los suspiros del primer violín al principiar la sinfonía tienen carácter sentimental y dramático, y el profundo dolor que expresan hace pensar en las concepciones de los antiguos pintores italianos al representar la Magdalena, no la del Cenáculo de Simón, mezclando sus lágrimas á sus perfumes, sino la del Calvario, al pie de la cruz de Cristo, muerto por sus pecados y ante el cual se muere de vergüenza, de arrepentimiento y de amor. ¡Si aún pudiese morir! Pero no: la pecadora es inmortal; resucitará para que todo lo que ha dicho y hecho se manifieste en presencia del Cristo que está allí clavado, en aquella cruz regada con la sangre que por mil heridas vierte amorosísimo.

¿Cómo no llorar pensando en aquel día cuyo nombre es «el día de las lágrimas,» *lacrymosa dies illa*? Diez horas antes

de morir, Mozart, cantando con sus amigos el coro *Lacrymosa*, se detuvo sofocado por el llanto.

A la palabra de resurrección, *qua resurget*, las voces de este coro se mueven en suspiros monosilábicos, y los sopranos, partiendo de notas inferiores, suben, nota por nota, esfuerzo por esfuerzo, toda la escala, como sombras que se elevan desde el polvo de la tumba á la luz del aire, que les hace estremecer: *qua resurget ex favilla*. Al llegar á la palabra *judicandus*, como si las voces encontrasen el rostro del Cristo, alteran su escala: solamente suben por semitonos, y sus tres pesadas sílabas se llenan de inmenso espanto; llegando en la suprema nota al supremo terror, se extinguen en la palabra *reus*, «acusado,» para volver á caer, bajando una octava, en el anonadamiento. Entónces empiezan las sordas lágrimas, las expansiones suplicantes, todo lo que hay de más tierno en las partes superiores, mientras que el bajo ejecuta una marcha armónica de tonos llenos, despues de semitonos con caídas y elevaciones de octavas, la cual encierra más espanto que la anterior progresión de soprano. El espectro de Don Juan no habla de este modo, no hiela ni estremece la médula de los huesos tanto como esta marcha. «Al *homo reus*, un sudor frío, dice Jahn, hizo caer la pluma del maestro, que no pudo escribir lo que tan profundamente conmovía lo más íntimo de su alma. *Huic ergo parce Deus, pie Jesu Domine.*» Pero Jahn se engaña, puesto que Mozart tomó de nuevo la pluma y escribió por segunda vez, ó por lo ménos dictó, los terrores del *Lacrymosa*, del *judicandus homo reus*, y llegando despues á la esperanza, como el náufrago á la ansiada orilla, cantó con el corazón de Magdalena convertida: *Huic ergo parce Deus!*

Un vientecillo fresco, dulce, tranquilo, como el que sintieron los tres jóvenes en el horno de Babilonia, ha incesantemente acompañado el fuego de los terrores que acabamos de ver; tales son los suspiros impregnados de belleza y santa complacencia que han pasado por la orquesta en este terrible valle de Josaphat. Pero ahora triunfa esta aura purísima. Un canto de súplica, tan tierno, tan amante, tan tranquilo, que se creeria ver á un niño que con las manos unidas pide perdón á su madre, pronta á perdonarle, se desliza en

los acompañamientos, traduciendo estas palabras del alma acusada:

«Perdónale, pues, ¡oh Dios! piadoso Jesús. Señor...»

Al llegar aquí enmudecen las voces, porque el amor oprime como el temor, y la frase queda por concluir. La orquesta levanta de nuevo los cantores con un motivo exaltado y firme, y unidos á los enérgicos acentos de los trombones, terminan con el tono del *Lacrymosa*, que se reproduce transformado: «Dales el descanso.» Entónces, proclamando las cuatro voces como á porfía su fé, su esperanza y su victoria, cantan con ámplia frase de notas graves, iguales y solemnes, que descienden de las alturas hasta el suelo, para remontarse un poco y replegarse majestuosamente en paz: «¡Dales descanso, dales descanso!» Ultimamente, en medio de los sollozos dulcísimos de la orquesta, se levantan todos en un solo *Amen*, resonando cadenciosamente, y extinguiéndose en un brillante y alegre acorde en *re* mayor, que corresponde al sombrío y melancólico de *re* menor que ha iniciado este grandioso drama, acorde que es la última pincelada de esta pintura del *Juicio final*, la más célebre que ha compuesto la música, y que, excediendo en mucho á los terrores de Miguel Ángel, iguala la dulzura y suavidad de Fray Angélico. El cuadro más hermoso del juicio final que hay en el mundo, es el *Dies iræ* de Mozart.

V. S. C.





## LA EXPEDICION ESPAÑOLA Á ITALIA EN 1849 (1)

### IX.

**A** sí terminó aquel episodio diplomático, sobre el que me he extendido quizá más de lo que en realidad merece. Era necesario, no obstante, de jar demostrado que si los franceses tomaron entonces á Roma por la fuerza de las armas, y en sus periódicos, sus declamaciones y sus libros, reivindicaban exclusivamente para sí la gloria de haber repuesto en sus Estados al Pontífice fugitivo, no realizaron tales actos sin que para ellos precediese el reconocimiento explícito de la República romana, y sin que pactasen y negociasen con los autores de aquella revolucion. Fué necesaria toda la ceguera de Mazzini, todo el vigor con que llevaron los austriacos sus operaciones militares y toda la premura con que se organizaron, en Nápoles y España, las fuerzas que debían derrocar el Gobierno republicano de Roma, para que los franceses, viéndose del lado del más débil, se resolvieran á romper bruscamente las relaciones que mantenían con Maz-

(1) Véase la pág. 77 de este tomo.

zini, haciendo causa comun, á partir del 31 de Mayo, con las potencias auxiliares de la Santa Sede.

Mas no se realizaron aquellas negociaciones de Mr. de Lesseps con el Triunvirato sin que produjeran deplorables consecuencias para una nacion amiga y aliada, que habia tomado parte en la empresa con la mejor buena fé y con los deseos más nobles y sinceros. El lector recordará que en el capítulo precedente dejamos al Rey Fernando de Nápoles, despues de haber penetrado en territorio pontificio por Terra-china el 29 de Abril, ocupando los pueblos de Velletri, Albano, Valmontone y Pallestrina, situados á corta distancia de Roma. Desde aquellos puntos entendia el Rey que podria su division dar un impulso decisivo á las operaciones poniéndose de acuerdo con Oudinot, el cual habíase reconcentrado en Palo, despues de la jornada del 30. Con tal objeto envió al general francés el 9, un coronel de su ejército que á poco regresó á Albano, portador de una carta para el Rey, en la que á vuelta de muchas consideraciones militares, y de grandes ofrecimientos de concierto entre ambas divisiones, nada decia Oudinot que realmente se fundara en un plan inmediatamente realizable. Con esto trascurrieron algunos dias que empleó Fernando de Nápoles en rectificar las posiciones de sus tropas, para las que llegaron del reino algunos refuerzos importantes, teniendo que sostener ventajosamente tiroteos y escaramuzas con las partidas de voluntarios republicanos que infestaban aquel territorio en continuas correrías y movimientos.

Pero los asuntos políticos sucedíanse en Roma, tomando un giro bien diferente de lo que el Rey de Nápoles esperaba. La noticia de que por las calles y plazas de la ciudad se habia publicado una comunicacion del Gobierno francés, dirigida á Oudinot, fechada en París el 10 de Mayo, y por la cual se le prevenia *no tomase parte en los movimientos del ejército de Nápoles, y no hiciera causa comun con la política que á su Monarca dirigia* (1), produjo vivísima impresion en su cuartel

---

(1) Hé aquí el texto de aquella comunicacion, en la que Francia abandonaba al Rey de Nápoles, sin darle el menor aviso del cambio de política que

real de Albano, impresion que debió trocarse en sentimientos de otro género, cuando se supo la suspension de hostilidades concertada entre Lesseps y Mazzini, de la cual no se dió conocimiento al Rey, y en la que no se comprendia al cuerpo de tropas de su mando. Los autores franceses que han escrito sobre este episodio afirman que la responsabilidad de aquella falta gravísima no debe pesar sobre el honor de las armas francesas, y arrójanla toda sobre Mr. de Lesseps. No soy yo de esta opinion, ciertamente. Oudinot se hallaba desde los primeros dias de Mayo en correspondencia con el Rey Fernando y manteniendo con él relaciones eminentemente militares. ¿Puede excusársele de no haber participado sin pérdida de un dia la suspension de hostilidades y el principio de aquellas negociaciones, que exponian un ejército amigo á la accion desembarazada de las fuerzas romanas, precisamente en los momentos en que contaba con el apoyo moral, cuando ménos, de las tropas francesas?

Y no tardaron en producirse las inevitables consecuencias de aquella conducta incalificable. El dia 16, unos puestos avanzados del ejército napolitano, situados en Castel-Gandolfo, interceptaron un parte en el que desde Roma se participaba, que, valiéndose de la suspension de hostilidades, disponíase Garibaldi á salir á campaña con todas sus fuerzas, para atacar los cantones de la division napolitana. No dejó el Rey Fernando de participar aquella nueva á Oudinot antes de tomar una resolucion; pero el enviado del Rey hubo de volver á su presencia portador de una evasiva, por la que comprendió S. M. que para hacer frente á futuras eventualidades, sólo debería contar con sus propios recursos. Decidió, por lo tanto, el 17, retirarse de Albano, trasladándose primera-

---

iniciaba: "General: *Poned en conocimiento de los romanos que Francia no se unirá al Rey de Nápoles para combatirlos.* Proseguid vuestras negociaciones. "Dejad que las ideas nuestras se conozcan, y mientras tanto, ganareis tiempo "para que lleguen los refuerzos que se os envian. De todos modos, *debeis procurar entrar en Roma con la anuencia de sus habitantes, y si os veis en el "caso de atacarla, que sea tan sólo cuando tengais las mayores y más positivas "seguridades de éxito;*" etc.

mente al pequeño pueblo de Aricia, para desde allí emprender un movimiento general de concentracion sobre la frontera del reino, que por virtud de las nuevas circunstancias resultaba amenazada. Tampoco convenia á la dignidad de un Soberano permanecer inactivo ante un ejército que consideró francamente aliado, y que en vez de combatir pactaba con los enemigos comunes, entrando en una serie de negociaciones cuya resolucion incierta podria prolongarse ó tomar una direccion diametralmente contraria á su política. Mas no se retiró el Rey de Nápoles sin publicar un manifiesto, que bajo la forma de *orden del dia* al ejército, se repartió con profusion. Afirmaba S. M. entre otras cosas, en aquel documento, que, «habiéndose roto el concierto establecido entre sus tropas y »la division francesa para concurrir en las operaciones militares á un mismo fin; que habiendo declarado la República »francesa que en la cuestion romana se reservaba el derecho »de obrar aisladamente, y que permitiendo Mr. de Lesseps, »su representante en Roma, que las tropas republicanas hicieran armas contra el cuerpo napolitano, que dias antes »hacia causa comun con el francés, habia creido que era de »su dignidad reconcentrarse sobre la frontera de sus Estados, »para esperar desde allí el curso de los acontecimientos.»

En su consecuencia, el mismo dia 17 púsose en movimiento toda la division, al mismo tiempo que un cuerpo romano, compuesto de cinco brigadas de infantería, una de caballería y 12 piezas, salia de Roma, dirigiéndose á Monte Fortino, posicion áspera y encumbrada, que, rebasando Albano y Velletri, podria, si llegaba á dominarse, amenazar las comunicaciones del Rey Fernando. En la mañana del 18 el cuartel general, que habia pernoctado en Aricia, se puso en marcha para Velletri, á cuyo punto llegó tambien, por la noche, parte de la retaguardia de la division, conduciendo un convoy considerable. Ya durante aquella marcha, túvose noticia de que el cuerpo romano se dirigia hácia Palestrina. Y así era en efecto; aquella noche acampó Garibaldi sobre las alturas que dominan el camino que de Roma se dirige á dicha ciudad, proponiéndose para el siguiente dia 19, atacar las fuerzas napolitanas, que toda-

vía la guarnecian, apoderarse seguidamente de Monte Fortino, y revolverse, terminada que fuese esta operacion, sobre Velletri, cuartel general de la division y residencia del Rey. No llegó, sin embargo, este complicado proyecto á realizarse, pues el general Pedro Roselli, que mandaba las fuerzas romanas, y el mismo Garibaldi, que se encontraba al frente de la caballería, resolvieron sin más dilaciones atacar á Fernando de Nápoles, cogiendo á la division de flanco, mientras practicaba su movimiento de retirada con direccion á Terrachina. Era muy de mañana el 19 de Mayo, cuando en Velletri, ocupado por el grueso de los napolitanos, y mientras que el Estado Mayor dirigia algunas órdenes para determinar los movimientos de las tropas, algunas avanzadas, replegándose, anunciaron que un grueso de caballería enemiga dirigíase por el camino de Valmontone sobre Velletri. Era la vanguardia de Garibaldi. No tardó en aparecer el resto de las tropas romanas, que bajo la direccion inmediata de Roselli tomaban posiciones ventajosas sobre aquellas fértiles y pintorescas alturas. Preciso era al Rey Fernando detener el movimiento del enemigo sin interrumpir por eso de una manera esencial el suyo de retirada que habia emprendido desde el 17. Una accion decisiva, no admitia, pues, demora alguna.

La ciudad de Velletri, célebre por haber obtenido en ella Carlos III una señaladísima victoria contra los austriacos, en el año de 1744, victoria que aseguró para la casa de Borbon la corona de las Dos Sicilias, hállase situada sobre una alta colina, cuyas laderas, cubiertas de viñas y de olivares, son de difícil acceso para la caballería. Al pie de ésta crúzanse dos caminos que corren siguiendo las sinuosidades de los valles, el uno hácia Roma, por Genzano, y el otro hácia Valmontone. Como á dos millas de la ciudad, y por el lado Norte, se alza una pequeña cordillera que concurre á formar un elevado monte, el Artemisio, que puede militarmente considerarse como la llave de Velletri. Fué la primera posicion ocupada por los soldados napolitanos. El general Casella comenzó dando órden á un escuadron de dragones para que se adelantara reconociendo al enemigo, pero haciéndole seguir de cerca por un batallon de cazadores desplegado,

y más fuerza de caballería. El combate comenzó en seguida entre aquellas fuerzas y las de Garibaldi; sucediéronse algunas cargas de caballería brillantemente ejecutadas por los regimientos napolitanos, empeñándose á poco las fuerzas todas de ambas divisiones, en una lucha muy viva, en que las tropas reales llevaron desde el principio la mejor parte. El Rey asistió á la accion desde el primer momento, dictando disposiciones acertadas. Ya por la tarde, advirtió que la vanguardia romana y muchos de los cuerpos que formaban su centro, emprendian un movimiento hácia su izquierda, con la marcada intencion de prolongarse hasta la retaguardia napolitana, situada sobre el camino de Cisterna. Entónces, recogiendo los cuerpos que permanecian en Velletri, sin tomar parte en la lucha, algunas piezas de artillería, y acompañado de sus hermanos, los condes del Aguila y de Trápani, y del infante D. Sebastian, que le habia seguido desde su entrada en el territorio pontificio, descendió rápidamente de la altura, y tomando excelentes posiciones, impidió, no sin que se empeñara un combate porfiado, que las fuerzas republicanas continuaran el movimiento envolvente á que habian dado principio. Una nueva columna romana, compuesta de 4.000 hombres, llegó por la tarde al teatro de la accion y pudo todavía entrar en fuego; mas fué ya en ocasion en que los napolitanos habian decidido en favor suyo el éxito de la jornada, y la columna hubo de retirarse con el resto de los batallones garibaldinos hasta el siguiente dia 20, en que por haber desalojado el Rey las posiciones defendidas la víspera para continuar su movimiento hácia la frontera, pudo Roselli entrar en Velletri, y dirigir desde allí á los triunviros un parte oficial de la accion en que, atribuyéndose la victoria, faltaba abiertamente á la exactitud de lo ocurrido (1). Las tropas reales tuvieron aquel dia dos oficiales muertos,

---

(1) Esta accion hállase minuciosamente descrita en un libro, que bajo el título de *Relazione della Campagna Militare fatta dal corpo napolitano negli stati della Chiesa*, publicó en Nápoles en 1852 el ilustrado capitan T. Ambrosio, del ejército napolitano, el cuál asistió y tomó brillantísima parte en el combate.

de 60 á 80 soldados, entre muertos y heridos, y algunos prisioneros hechos por la caballería enemiga. Roselli, que sufrió mucho más, confesó en el parte á que antes me he referido 100 bajas, entre muertos y heridos. Dos ó tres dias despues llegaba el Rey de Nápoles á la frontera de su reino con algunos laureles honrosamente conquistados sobre el campo de batalla, pero con la amargura de haberse visto abandonado en críticos momentos por los soldados de una nacion, que consideró siempre como aliada, y por entre los cuales atravesaron las tropas romanas para salir á combatirlo, sin que una sola voz se alzara protestando de un hecho que tiene pocos ejemplos en la historia militar de Europa.

De muy diferente suerte obraban al mismo tiempo los austriacos por las provincias del Norte y los Ducados. El 9 de Abril presentábanse las avanzadas del cuerpo de Aspre, ante Liorna: el 10 comenzaba el fuego, y el 11, hácia el medio dia, despues de abierta la brecha, y tomadas muchas barricadas en las calles, penetraba el general en la ciudad, siendo recibido con entusiasmo por la parte pacífica de su poblacion. Dejándola suficientemente guarnecida, volvia Aspre el 25 á Florencia, acabando de someter toda la Toscana, mientras que la division del bravo general Wimpfen invadia la Romaña, y el 8 de Mayo se presentaba bajo los muros de Bolonia. No me detendré relatando los detalles de aquel sitio. Básteme decir, que despues de muchos y sangrientos combates, de varias salidas verificadas por los defensores y rechazadas por los que asediaban la plaza, queriendo probar Wimpfen si por el temor podria obtener una pronta capitulacion, abrió un fuego violento que dió por resultado el que las autoridades pidieran un armisticio, que Wimpfen concedió. El comisario ó delegado del Papa, que se encontraba en el cuartel general austriaco, dirigió á los habitantes de Bolonia una proclama, invitándoles y exhortándoles á la sumision; pero como éstos observaran que la artillería austriaca producía pocos destrozos en la ciudad y fuera difícil, dado su calibre, la apertura de la brecha, opusieronse á todo acomodamiento, y reanudaron las hostilidades, esperando, sin duda, que las negociaciones entabladas por los fran-

ceses con los dominadores de Roma obtuvieran para su causa más próspero resultado. Avisó Wimpfen á Radetzky del estado de las cosas, afirmándole que sin otros medios de ataque no se obtendría fácilmente la rendición de Bolonia. Mientras tanto, se alzaban por todo el territorio algunos cuerpos francos republicanos que molestaban, interrumpiendo con frecuencia las comunicaciones del ejército austriaco, viéndose obligado éste á destacar algunas fuerzas que sostuvieron con los insurrectos en varios puntos reñidas acciones.

No se descuidó Radetzky, ni tampoco Aspre, que desde Florencia seguía dirigiendo las operaciones. El 14 de Mayo llegaba por fin á Bolonia un refuerzo de tropas considerable y un tren de sitio, al mando de Gorczkowsky, que, comenzando, sin perder un día, el bombardeo, produjo varios incendios en la ciudad y determinó su rendición. La capitulación fué moderada en sus condiciones. Se concedió libertad para retirarse á todo aquel que lo solicitara, pero la mayor parte de las tropas defensoras permanecieron, prestando de nuevo juramento de fidelidad al Santo Padre. De Bolonia, al frente de cuya guarnición quedó Gorczkowsky, marchó Wimpfen á poner sitio á Ancona, llegando á esta ciudad é intimando su rendición el 25 de Mayo. Los defensores y habitantes, fiados en la solidez de sus murallas, construidas según los recientes principios de la fortificación, en lo bien abastecida que se hallaba y en el número y valor de su guarnición, rechazaron con altivez las proposiciones del general austriaco, el cual dió principio á los trabajos de un sitio en regla, que sólo debía terminar á fines del siguiente mes de Junio.

Sometidos, pues, los Ducados, rendida Liorna, entregada Bolonia, sitiada Ancona; vuelto el Rey Fernando y su división á la frontera napolitana; en la mayor incertidumbre y alarma la corte pontificia; ardiendo la revolución en Roma; negociando Oudinot con el Triunvirato, y permaneciendo sus tropas arma al brazo, esperando el desenlace de los acontecimientos, hé aquí la situación de la Italia meridional, cuando el 27 de Mayo de 1849 llegaba á las aguas de Gaeta la expedición española que tuvo la honra de mandar.

## X.

Jamás olvidaré la distincion y delicadeza con que Narvaez me propuso el mando del ejército expedicionario de Italia. Una tarde, paseando por las solitarias alamedas del Buen Retiro, me trazó, con aquella ardiente elocuencia que era en él característica, el cuadro de los acontecimientos políticos y militares que se desarrollaban en aquella península, dándome á entender la participacion que ya habia tomado nuestra España en el conflicto internacional, y los grandes resultados morales que de la intervencion de nuestras armas se esperaban. Manifestóme su deseo de que yo me pusiera al frente de las tropas expedicionarias, siendo ésta para él una resolucion irrevocable, que justificaba alegando motivos y razones cuyo recuerdo no cuadra á mi modestia, pero que demostraban la grande y verdadera amistad que me profesaba. Habiamos servido juntos en el ejército desde los primeros empleos de nuestra carrera militar, bajo las órdenes de mi inolvidable hermano el teniente general D. Luis Fernandez de Córdova: juntos habiamos guerreado y ascendido, y juntos nos colocamos en una misma línea cuando, con el tiempo y los sucesos, pudimos influir con hechos propios en la política, sufriendo unidos en París los rigores de una larga emigracion. Acababa yo de dejar por aquel tiempo en manos del general marqués del Duero el mando superior militar de Cataluña, en cuyas montañas movíanse todavía algunas bandas carlistas que empezaban á entregar las armas ó á repasar el Pirineo; restos de la postrera tentativa del conde de Montemolin, que ya se confundian con las cuadrillas de esos malhechores, que siempre dejan en posse sí las luchas civiles. Habíame vuelto á encargar de la Direccion general de Infantería, puesto que conservé durante mi gobierno superior en el Principado, y activamente organizaba los treinta terceros batallones con que se debia reforzar el ejército, enviando además á Cataluña, sin

pérdida de tiempo, doce mil hombres de la última quinta, destinados á nutrir los cuerpos que en ella operaban.

No acepté la honrosa y brillante oferta del duque de Valencia sin representarle todas las dificultades que de improviso me sugeria la gravedad de los acontecimientos. Entre éstas, recuerdo principalmente las del escaso número de tropas con que, dadas las circunstancias, íbamos á presentarnos en el teatro de nuestras grandes glorias históricas, interviniendo en un asunto de trascendental importancia, que interesaba á toda Europa, y en el cual jugaban ya naciones poderosas con ejércitos considerables. Como acostumbraba en circunstancias difíciles, se apresuró Narvaez á desvanecer estos, que más que temores, eran juiciosas previsiones mías, allanando todos los obstáculos y ofreciéndome todo el apoyo del país y del Gobierno, en el número de los soldados que debían marchar bajo mis órdenes, en lo referente á los recursos de que podría disponer, y en la autoridad é independencia militar de que iría revestido respecto á mis relaciones con los diplomáticos que cerca de Su Santidad y del Rey de Nápoles representaban á nuestro Gobierno: no perdonó, en fin, Narvaez, en aquella ocasion, recuerdos ni lisonja para decidirme. Esfuerzo á la verdad inútil, pues bastaba que yo me supusiera en condiciones de servir á la patria, conduciendo con honra nuestras armas y nuestra bandera en territorio extranjero, para que sin más reflexion aceptara, cualesquiera que fuesen los peligros y las dificultades de la empresa. Pero Narvaez para halagarme en todo, llevó sus ofrecimientos hasta el punto de manifestarme que el Gobierno elevaria mi sueldo en proporcion suficiente al deber de representar con dignidad y holgura la alta mision que me estaria confiada. Inútil me parece decir que éste, como la mayor parte de sus ofrecimientos, no llegaron nunca á realizarse, y que yo seguí en Italia la vieja tradicion de los generales que en otros siglos mandaron allí tropas españolas, luchando con la falta de soldados, de recursos personales y dejando en aquella clásica tierra, para mantener el brillo de nuestro nombre, la mayor parte de mi patrimonio.

Apenas se hizo pública mi aceptacion, la Reina, el Nun-

cio de Su Santidad y el Gobierno expresáronme el vivo deseo en que todos estaban de que acelerase la organizacion de las tropas expedicionarias, emprendiendo sin perder un dia mi navegacion hácia las costas italianas. Dispúsose la reconcentracion en Barcelona y el aumento inmediato de la escuadra de trasporte, y dándome carta blanca y facultades discrecionales, empecé desde luégo á organizar la expedicion, eligiendo, no sólo los cuerpos, sino tambien los jefes y oficiales que deberian gobernarlos; empresa para mí fácil, pues como director de Infantería y reciente capitán general de Cataluña, conocia personalmente las condiciones y méritos de todos. Pocos dias invertí en estos preliminares trabajos. El 9 de Mayo marchaban ya hácia Barcelona algunos de los cuerpos designados, que, encontrándose de operaciones en las montañas, habian recibido con toda premura la órden de concentracion; otros salian de Madrid para encontrarse en la capital del Principado en la fecha marcada, y el 10 firmaba el que fué mi ilustre amigo D. Francisco de Paula Figueras, entónces ministro de la Guerra, una real órden comunicándome las instrucciones generales, comprendidas en los doce artículos siguientes:

«Artículo 1.º El objeto de la expedicion, cuyo mando se  
»ha confiado al teniente general D. Fernando Fernandez de  
»Córdova, es contribuir al restablecimiento del Sumo Pon-  
»tífice en la plenitud de su autoridad, de la cual Su San-  
»tidad usará como le parezca conveniente. 2.º El auxilio  
»que con esta expedicion presta la España al Sumo Pontí-  
»fice ha sido solicitado por Su Santidad. 3.º La fuerza y or-  
»ganizacion de la expedicion constan al mencionado gene-  
»ral por las reales órdenes que se le han comunicado. Su  
»marcha es urgentísima, y ha de salir de los puertos pa-  
»gada por el mes de Mayo y llevando en sus cajas el im-  
»porte del presupuesto de Junio y lo demás que se expresa  
»en comunicacion separada. Se embarcará en Barcelona y  
»Valencia, en la escuadra que manda el brigadier D. José  
»María de Bustillo, el cual ha recibido por el ministerio de  
»Marina las órdenes convenientes para tomar á bordo de sus  
»buques las tropas expedicionarias, y hacer los víveres nece-

»sarios para la navegacion. 4.º El comisario de Guerra don  
»Francisco Borá se adelanta, con un capitan de la brigada  
»montada del segundo departamento, para comprar en los Es-  
»tados Pontificios, ó el reino de Nápoles, caballos ó mulas  
»para la artillería. El comisario ha de contratar además acé-  
»milas para el trasporte de los efectos de las tropas, segun el  
»cálculo que se ha hecho y se comunica por separado, y  
»preparará tambien lo necesario para que no falten el pan y  
»los artículos de subsistencias cuando lleguen las tropas;  
»pero no puede verificarse ningun pago ni gasto, ni cerrarse  
»ninguna contrata, sin la órden ó aprobacion del general.  
»5.º El comandante general de la expedicion obrará en todo  
»con arreglo á las instrucciones políticas que reciba del em-  
»bajador de S. M. cerca de Su Santidad, al cual el Gobierno  
»comunicará las órdenes correspondientes. Por consiguiente,  
»el comandante general debe dirigirse desde luégo á Gaeta,  
»para visitar á Su Santidad, recibir instrucciones del emba-  
»jador de S. M., conferenciar con él acerca de los puntos que  
»deban decidirse antes de esperar, y levantar las dificultades  
»que las circunstancias pudieran ofrecer. 6.º Pero la preven-  
»cion del artículo anterior no incluye el precepto de que la  
»expedicion desembarque precisamente en Gaeta. El punto  
»del desembarco ha de escogerse conforme á los datos del  
»momento y oyendo al brigadier Bustillo, jefe de la escuadra,  
»en la parte facultativa que le corresponde. Conviene, sin  
»embargo, que el desembarco se verifique en país amigo, y  
»que sea á la izquierda del Tíber, respecto de que las fuerzas  
»de otra nacion amiga lo han verificado en la derecha y obran  
»por aquella parte. 7.º La Reina se promete y exige que la  
»subordinacion y disciplina de las tropas será tan severa como  
»digna de la nacion á que pertenecen. Para conservarla y  
»para todos los demás objetos convenientes al mejor servicio  
»de S. M. y al buen éxito de sus armas, el general está re-  
»vestido de todas las facultades que la Ordenanza confiere al  
»general en jefe. Pero en lo que tenga relacion con los inte-  
»reses y con los habitantes del país extranjero donde opere,  
»se arreglará en los bandos y proclamas que hubiese de pu-  
»blicar á la política del Gobierno de S. M., comunicada por

»su embajador. 8.º Las operaciones que se emprendieren se-  
»rán proporcionadas á su fuerza y medios, así como de las  
»demás circunstancias que deben concurrir para que sea pro-  
»bable su buen resultado; y recomienda S. M. el orden más  
»severo, las precauciones militares más bien entendidas, y  
»la mayor exactitud en el servicio, en marchas, guarniciones  
»y acantonamientos. 9.º A excepcion de alojamiento confor-  
»me á la Ordenanza de S. M., el cuerpo expedicionario debe  
»pagar todos los demás auxilios que reciba del país, sea en  
»acémilas, bagajes, víveres ó cualquier otro artículo. 10. La  
»administracion de las tropas será en todo conforme á la or-  
»denanza y reglamentos vigentes. 11. En los casos de ha-  
»llarse las tropas en contacto con las de otras potencias ami-  
»gas, ha de observarse la mejor armonía y buena inteligen-  
»cia entre los individuos de unas y otras. El general por su  
»parte adoptará todas las medidas conducentes para lograr  
»tan interesante fin. 12. Por último, de la inteligencia del  
»general y del valor de las tropas espera S. M. que el resul-  
»tado de esta expedicion corresponda al crédito del ejército.  
»—Madrid 10 de Mayo de 1849.—FIGUERAS.»

Con esto salí de Madrid en posta el 11, en un rapidísimo viaje que me condujo á Barcelona antes de que llegaran á esta ciudad las órdenes del Gobierno, habiendo atravesado, no sin peligro, algunos territorios dominados todavía por los restos de la insurreccion. Con igual celeridad comenzaron los preparativos de embarque. Los regimientos de Cataluña hallábanse en la mayor derrota; faltábales calzado, capotes y demás prendas, destrozados todos, por efecto de la activa guerra que habian sostenido; pero contaba yo para su pronto equipo con dos circunstancias en extremo favorables: la de encontrarme en Barcelona, ciudad industrial por excelencia, en que abundan todo género de recursos, y la de haber conservado á mi cargo la direccion de Infantería, cuyas atribuciones, unidas al mando en jefe de la expedicion, diéronme inmediatas facilidades para todo. Tuve especialísimo cuidado en que los jefes, oficiales ó individuos de tropa viejos, endebles, mal constituidos ó enfermos, fueran excluidos de la division, pasándolos á los cuerpos que permanecian en Es-

paña, y reemplazándolos con otros jóvenes, robustos y entusiastas, de buena presencia y porte. Lo mismo se practicó respecto del vestuario y armamento. Repartiéronse capotes nuevos, casacas, mochilas, con los fusiles que de repuesto se conservaban en los parques. Nadie se explicó entonces cómo todas estas complicadas operaciones pudieron verificarse en el cortísimo plazo de algunos días, y en verdad que no tendrían explicación si por larga experiencia no se supiera que la actividad del oficial español se centuplica en razón de las dificultades con que tropieza, de cualquier género que sean, y en aquellos días distinguieronse todos, jefes, oficiales y soldados, á quienes sólo animaba ya el pensamiento y la ambición de dejar bien y muy alta la reputación de nuestras armas en el extranjero. Cinco días después de mi llegada, es decir, el 19 de Mayo, revistaba los cuerpos, haciéndoles desfilar por la muralla de mar frente al palacio que en Barcelona posee el capitán general, viendo con extremada satisfacción el aire marcial de las tropas, que, como orgullosas de sí mismas, parecían presentir que serían festejadas y admiradas en Italia.

Con aquella fecha, dirigía la siguiente comunicación al ministro de la Guerra: «Excmo. señor: En el día de hoy han »quedado concluidas las obras que necesitaban hacerse en »la fragata de transporte *Mossart* y embarcado todo el material de artillería que debe conducir. Mañana lo verificarán »los caballos y equipajes, y pasado las tropas, dándose en »guida á la vela la expedición, que se compone de la fuerza »que marca el estado adjunto. Los cuerpos se han organizado, vestido y armado en pocos días, de manera, que me »permite asegurar á V. E. que en el extranjero representarán dignamente al ejército español. El espíritu de las tropas es excelente, y en todas las clases se manifiesta el vivo »anhelo de corresponder á la confianza del Gobierno de S. M. »Debo significar á V. E. el deseo unánime que anima á todos los jefes, oficiales y tropa del ejército de Cataluña, de »formar parte de la división expedicionaria, y para ello han »acudido á mí con repetidas instancias. Tan honrosos sentimientos en tropas que acaban de salir de la penosa cam-

»pañá que con tanta gloria ha sostenido el ejército por espacio de más de dos años, revela su buen espíritu militar y acredita su lealtad y entusiasmo por servir á los intereses del trono y del país.—Dios guarde á V. E. muchos años.  
»Barcelona 19 de Mayo de 1849.—FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA.»

Á esta comunicacion acompañaba el siguiente estado, en que se expresan los nombres de los cuerpos que debian formar parte del primer embarque y el número de hombres que lo componian:

DIVISION EXPEDICIONARIA DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS.

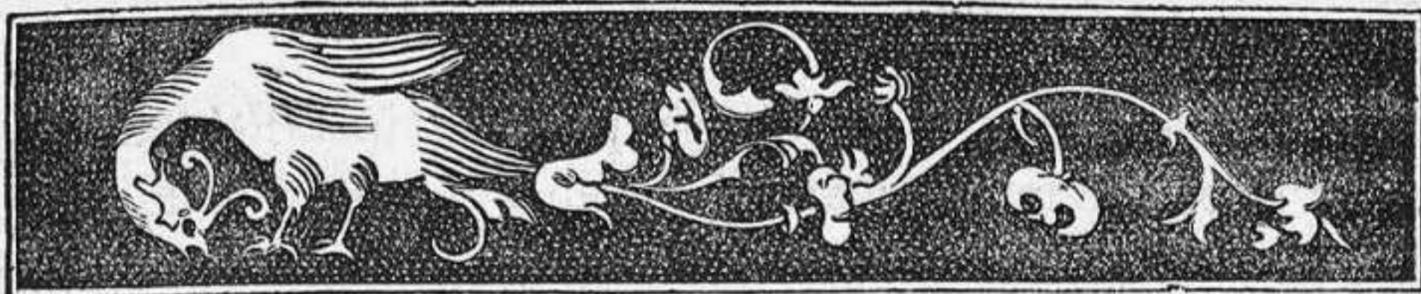
Fuerza de la division.	Hombres.
Tercer batallon del regimiento de Granaderos..	726
Tercer id. del regimiento del Rey.....	912
Primer id. del regimiento Reina Gobernadora..	834
Dos batallones del regimiento de San Marcial.	1.348
Batallon cazadores de Chiclana, núm. 7.....	665
Compañía de ingenieros.....	112
Primera y cuarta batería de la segunda brigada montada.....	263
Seccion de caballería.....	43
:	
TOTAL.....	4.903

Estas fuerzas iban mandadas por los siguientes oficiales generales y jefes, segun la órden general que comuniqué á la division el 18 de Mayo. Héla aquí:

FERNANDO F. DE CÓRDOVA,

Marqués de Mendigorria.

(Se continuará.)



LA  
ELECTRICIDAD MODERNA.

ESTUDIO-RESUMEN

DE LA ACTUAL EXPOSICION DE PARÍS.

(Continuacion.)

I.

PRODUCCION DE LA ELECTRICIDAD.

**S**IN cesar repetimos en las cátedras de física las sencillas y curiosas experiencias de producir electricidad por el frotamiento del vidrio ó de la resina, por el calor, por las reacciones químicas de las pilas y por la induccion ó energía especial del iman en un carrete de hilos de cobre. Nada más maravilloso para ignorantes y sabios que el contemplar cómo la accion del agua acidulada sobre el zinc, el contacto de un cuerpo caliente con la pila termoeléctrica, ó la aproximacion de una barra imanada á un carrete, producen, en el momento mismo, una corriente eléctrica que hace ostensible su existencia, su direccion y su fuerza en una aguja magnética. El desequilibrio mole-

cular, causa de esa corriente, se produce instantáneamente en los hilos conductores al aplicar en sus extremos la acción química, el calor ó la inducción magnética, que son otras tantas fuerzas particulares impulsivas, formas diversas de una misma causa ó agente generador: el movimiento. La acción del movimiento es instantánea, como lo es la corriente producida; en cuanto aquél cesa, ésta concluye, y para que dure un tiempo determinado, es preciso que la fuerza impulsiva actúe durante el mismo también, porque en cuanto se detiene, el desequilibrio molecular termina, dominado por la fuerza constante, que hemos llamado de constitución universal.

El gran defecto que hasta hace pocos años ofrecía la obtención de la electricidad consistía en lo costoso é incómodo de los aparatos y medios empleados para producirla. Usábanse, y se usan aún en muchas aplicaciones, las pilas hidro-eléctricas, fundadas en las reacciones químicas, en la combinación y descomposición de los cuerpos; y no se han llegado á adoptar para la práctica constante las pilas termo-eléctricas porqué en coste, en dificultad de manejo y trasmisión de las corrientes no ofrecen ventaja alguna sobre las anteriores, sino todo lo contrario. Los aparatos de inducción magnética producían también corrientes muy pequeñas, relativamente á su coste y tamaño, y hubieron de ceder el puesto á las pilas, en los usos ordinarios de la electricidad.

Pero con las pilas hidro-eléctricas tan sólo no se hubiera podido, ni proyectar siquiera, una Exposición de la importancia y trascendencia de la actual. Hace doce años, contando la ciencia, como contaba, con más de sesenta modelos diversos de pilas, más ó menos energías, la Exposición era imposible, si había de ostentar, como las ostenta la actual, aplicaciones de la electricidad á la trasmisión de las fuerzas, y al alumbrado eléctrico, por ejemplo.

¿Qué nuevo adelanto causó, pues, la sorprendente revolución que hoy admiramos?

Ningun progreso de las ciencias físicas es obra de un día, ni de un solo hombre; pero ocurre á menudo que las enseñanzas de los adelantos conocidos suelen producir, en un momento dado y en manos de un pensador de talento, avan-

ces maravillosos. A una corta serie de ellos se debe el que las experiencias y trabajos de los físicos, acerca de la acción que ejercen las corrientes eléctricas sobre los imanes, y éstos sobre las corrientes, hayan venido á convertirse determinadas experiencias en poderosos gérmenes de electricidad. Sabido es que Østerd descubrió en 1820 la acción de las corrientes sobre la aguja magnética; que Ampere analizó después la de unas corrientes sobre otras; que Faraday hizo los primeros experimentos de la producción de las corrientes de inducción; que Pixii construyó en 1830 la primera máquina magneto-eléctrica, sin pila alguna, y en la que la electricidad se producía por el paso sucesivo de los polos de un imán por delante de los dos extremos de dos bobinas fijas, ó vice-versa, y que Nollet en 1849 construyó en Bruselas la gran máquina, llamada después de la Alianza, perfeccionada por Van Valderen y Masson, que se componía de 60 poderosos imanes, en forma de herradura, entre cuyos polos se hacían girar las bobinadas de inducción, y á cuyo eje-sosten daba movimiento una máquina de vapor.

En este tiempo, y bastantes años después, tratábase de resolver el problema de producir gran cantidad de electricidad sin pilas, por el paso y acción sucesiva de los carretes ó bobinas de hilos ó reóforos eléctricos por delante de los polos de poderosos imanes. Pero los imanes debían ser muy grandes, muy pesados y muy costosos, y se adelantó muy poco en su empleo sobre lo que había realizado Nollet. El físico inglés Wilde, en 1865, sustituyó, en su conocida máquina, los imanes con electro-imanes, que tienen, como se sabe, una potencia más de veinte veces mayor que aquéllos, en igualdad de peso. Este afamado profesor de Manchester construyó en efecto una máquina, en la que animaba ó ponía en acción los electro-imanes por medio de un pequeño imán múltiple, frente á cuyos polos se movía una bobina de inducción Siemens, y cuya corriente pasaba á circular en las espiras de dos grandes electro-imanes, que comprendían á su vez, entre los polos, otra bobina de grandes dimensiones, obteniéndose con esta disposición considerables efectos. A este progreso siguió otro decisivo, en 1867, cuando Siemens y Wheatstone idea-

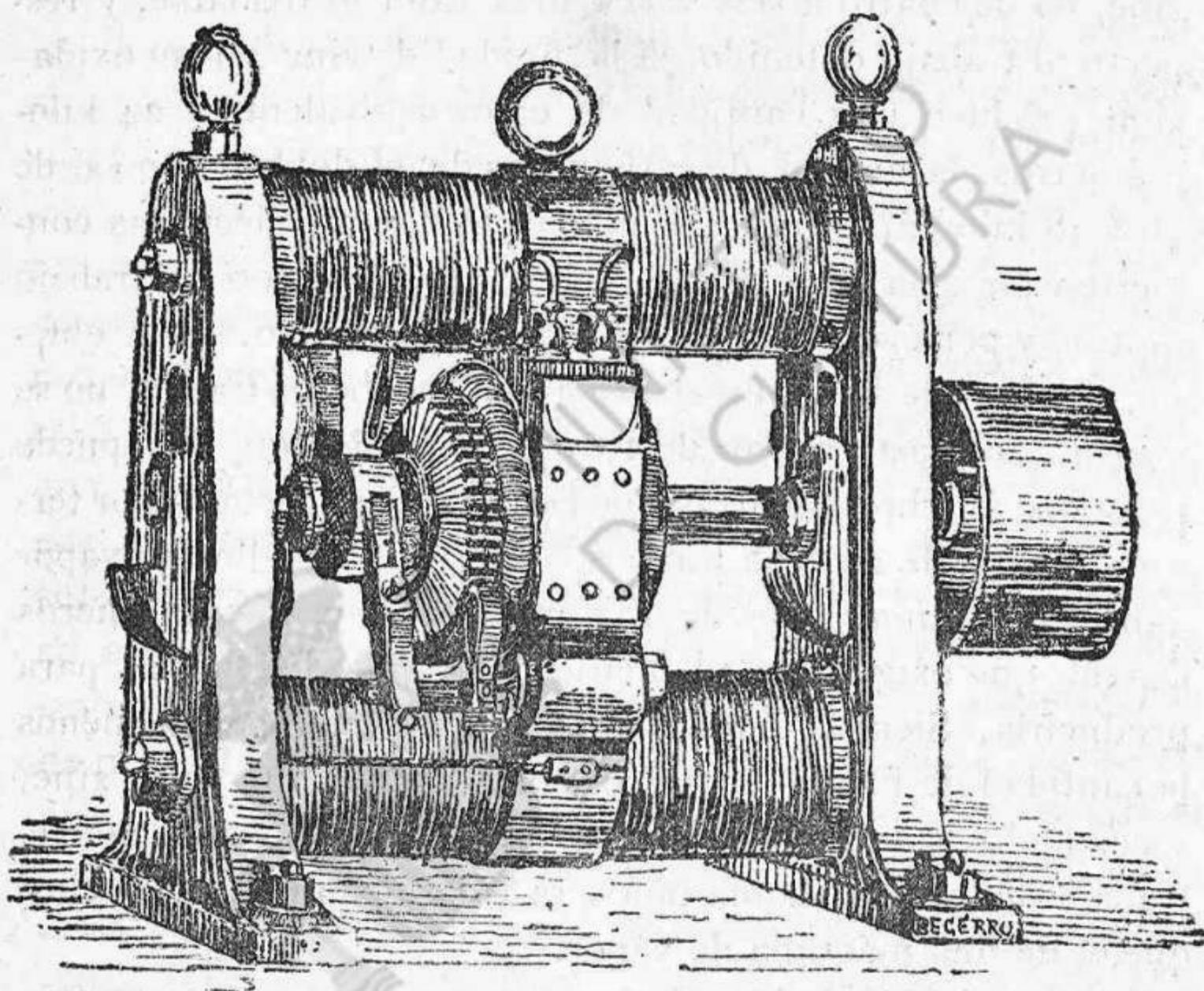
ron la supresion de todo iman en los aparatos, fundándose en que siempre queda ó existe en el hierro dulce cierta cantidad, muy pequeña, de magnetismo, bastante por sí para actuar sobre los hilos de la bobina, y desde éstos, por el movimiento de rotacion, sobre toda la armadura central y envolvente de la máquina. Increible parece semejante fenómeno físico, y sin embargo es un hecho: no sólo se llegó á suprimir la pila, madre fecunda y casi única de toda la electricidad antes usada, sino que se suprimió tambien el iman, misterioso iniciador de las corrientes. Un carrete de hilo de cobre, arrollado al rededor de una barra de hierro dulce, da vueltas entre los dos polos de otro aparato semejante de mayor tamaño fijo, pero de idéntica constitucion, y simplemente por el paso rapidísimo de estas piezas metálicas, unas por delante de otras, la electricidad brota en cantidades considerables, mucho mayores que las que pueden producirse con una pila de numerosos pares. El movimiento que se da á las bobinas se convierte en electricidad, sin otro intermedio productor que ese exíguo magnetismo llamado *remanente*, que hay en el hierro dulce de los electro-imanés. Y como estos aparatos convierten el movimiento en electricidad, se les ha denominado máquinas *dinamo-eléctricas*. La primera fué construida por Ladd, y llamó extraordinariamente la atencion en la Exposicion Universal de París de 1867.

En 1870, Gramme, constructor de aparatos magneto-eléctricos, ideó una disposicion de la bobina, que aplicada á las máquinas dinamo-eléctricas, multiplicaba extraordinariamente su potencia productora. En vez de usar la bobina recta, de los aparatos anteriores, la encorvó en forma de anillo, dando especial distribucion tambien á los hilos que forman la envoltura. Este anillo colocado entre los polos de dos ó más electro-imanés ó bobinas rectas, y en las máquinas magnéticas entre los de los imanés, produce por su movimiento de rotacion un desarrollo enorme de electricidad. Añádase á esto el que el aparato es muy pequeño, muy sólido y de gran sencillez, y se comprenderán la aceptacion y el éxito que ha merecido la tan celebrada *máquina de Gramme*.

Parece que un físico italiano, Pacinotti, fué el primero que

en 1860 dió esa forma circular á las bobinas, pero su aparato no llegó á funcionar.

Tal es la máquina tipo, que produce la electricidad en la Exposicion de París, y que, como vemos, se compone: de una bobina, con su eje de hierro dulce, arrollada en forma de anillo, que gira con enorme velocidad entre los polos de dos ó más electro-imanés rectos. El movimiento de rotacion de la bobina se debe á la correa de trasmision del árbol de una máquina de vapor.



Máquina dinamo-eléctrica de Gramme.

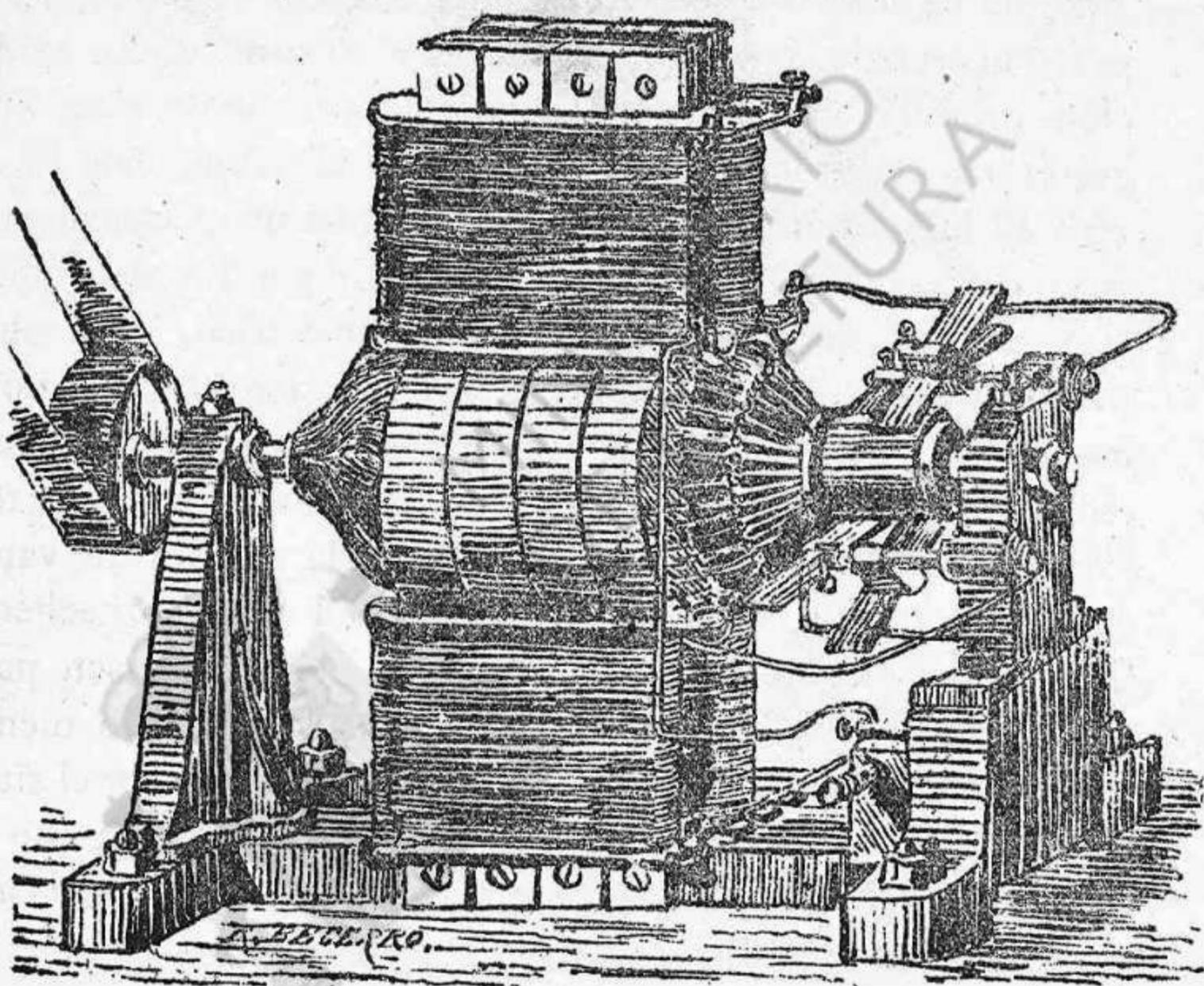
Inventado el aparato esencial, es claro que ha sido muy fácil modificar el número y la disposición de sus elementos; y que no solamente se ven en la Esposicion diversas clases de máquinas Gramme, sino otras reformadas que, fundadas en los mismos principios, llevan los nombres de sus constructores especiales.

Los aparatos dinamo-eléctricos han eclipsado y destronado á las pilas de todas clases llamadas sin duda alguna á des-

aparecer y á figurar tan sólo en la seccion histórica de la ciencia, al lado de las de Volta y Wollastou. Una breve comparacion numérica demostrará las ventajas de las máquinas sobre las pilas. Para mover la bobina de la máquina es preciso consumir carbon en el hogar de la caldera de vapor, y para que la pila produzca electricidad se necesita que el zinc de ella se quemee tambien, oxidándose. Hay, pues, en uno y otro caso una combustion, que trasformada produce la corriente. Pero el carbon es catorce veces más barato que el zinc, da de cuatro á seis veces más calor al oxidarse, y respecto al trabajo obtenido, si la unidad de zinc en su oxidacion produce una cantidad de calor equivalente á 24 kilogrametros, la unidad de carbon nos da el doble, esto es, de 46 á 48 kilogrametros. Las máquinas dinamo eléctricas convierten en energía eléctrica del 80 al 90 por 100 del trabajo motor, y por ejemplo, en el alumbrado eléctrico, para obtener un foco de luz equivalente á 400 mecheros Carcel, no se necesita un gasto mayor de 1,50 fr., cantidad que aún puede reducirse mucho, mientras que con las pilas costaria por término medio de 20 á 25 francos. Por cada caballo de vapor dan las máquinas luces de una intensidad de 250 mecheros Cárcel, que exigen 300 elementos de la pila de Bunsen para producirla. Siendo, como hemos dicho, doble por lo ménos la cantidad de fuerza producida por el carbon que por el zinc, y costando éste catorce veces más que aquél, resulta que el trabajo obtenido con una pila será veintiocho veces más caro que el de una máquina de vapor.

La electricidad de las pilas es, pues, muy costosa; se produce en ellas en muy cortas cantidades, con gran lentitud, con mucha incomodidad, ocupando gran espacio en su instalacion, da malos olores y gases nocivos y exige gran número de elementos para obtener medianos resultados. Sólo cuando se requieren pequeñas cantidades, para el uso de aparatos que funcionan con regular intensidad, como en los telégrafos aún, y en el servicio telefónico, continúan empleándose las pilas; empleo que creemos no durará mucho tiempo, porque hasta para estos servicios resulta bastante más económico el uso de las máquinas dinamo-eléctricas.

Con las pilas no era posible pensar en la aplicación fácil y económica de la electricidad á la industria, mientras que con las máquinas, el problema puede darse por resuelto. Ocupan los nuevos aparatos muy poco espacio, utilizan las cuatro quintas partes del trabajo que en ellas se emplea; producen la electricidad á precio reducido; necesitan para la alimentación de sus motores una sustancia tan fácil de adquirir como el carbon, y pueden funcionar lo mismo, movidas por las

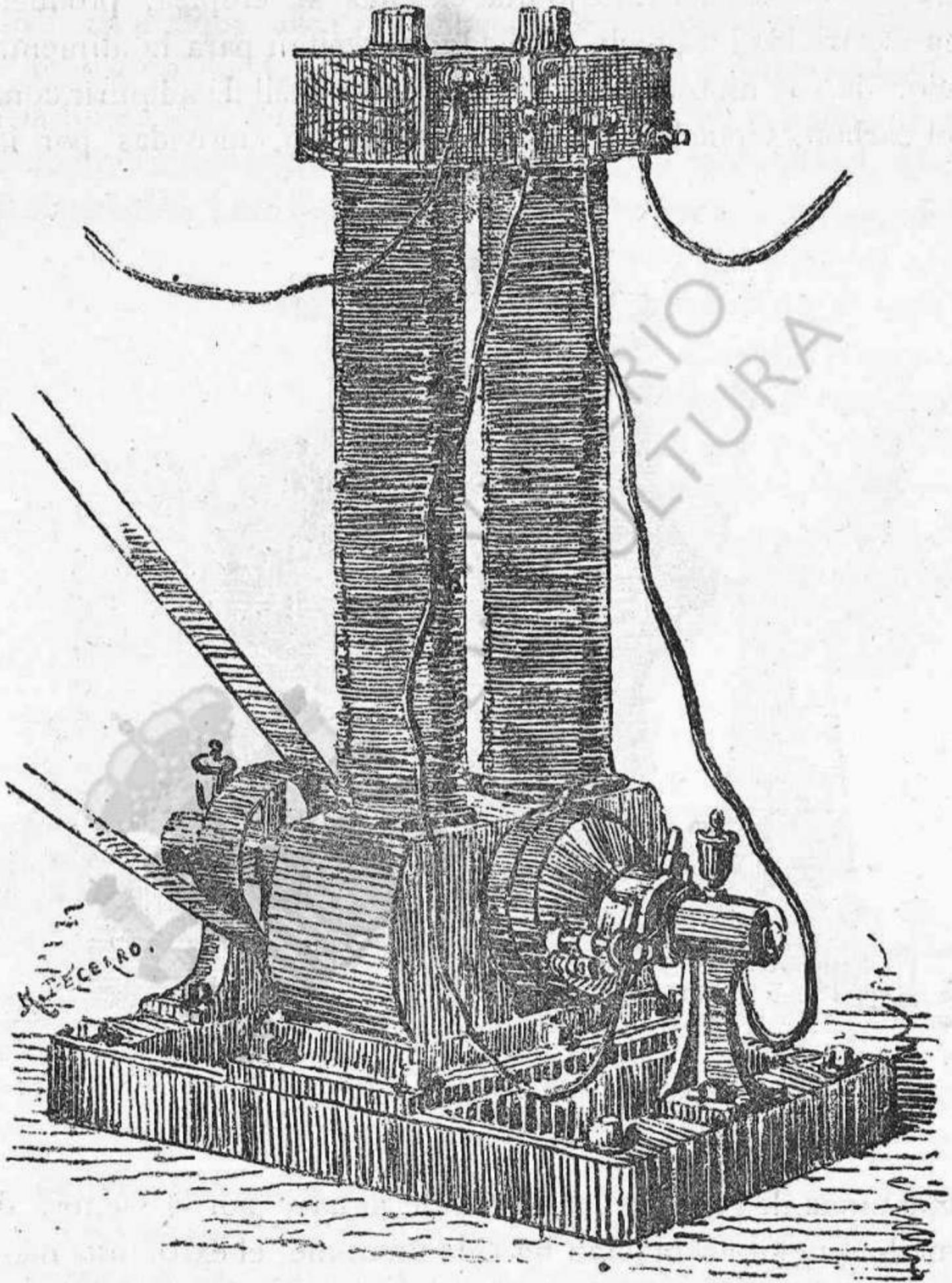


Máquina dinamo-eléctrica de Siemens.

máquinas de gas, por los saltos de agua y por el viento; de modo que su aceptación ha sido unánime, el éxito inmenso é inmensos tambien los horizontes que se han abierto al empleo práctico de la electricidad.

Cuantos físicos se dedican á la explotación de las aplicaciones industriales de las corrientes, se han esforzado en idear reformas y mejoras más ó menos positivas de las primitivas máquinas de Ladd y de Gramme, para sus empresas respec-

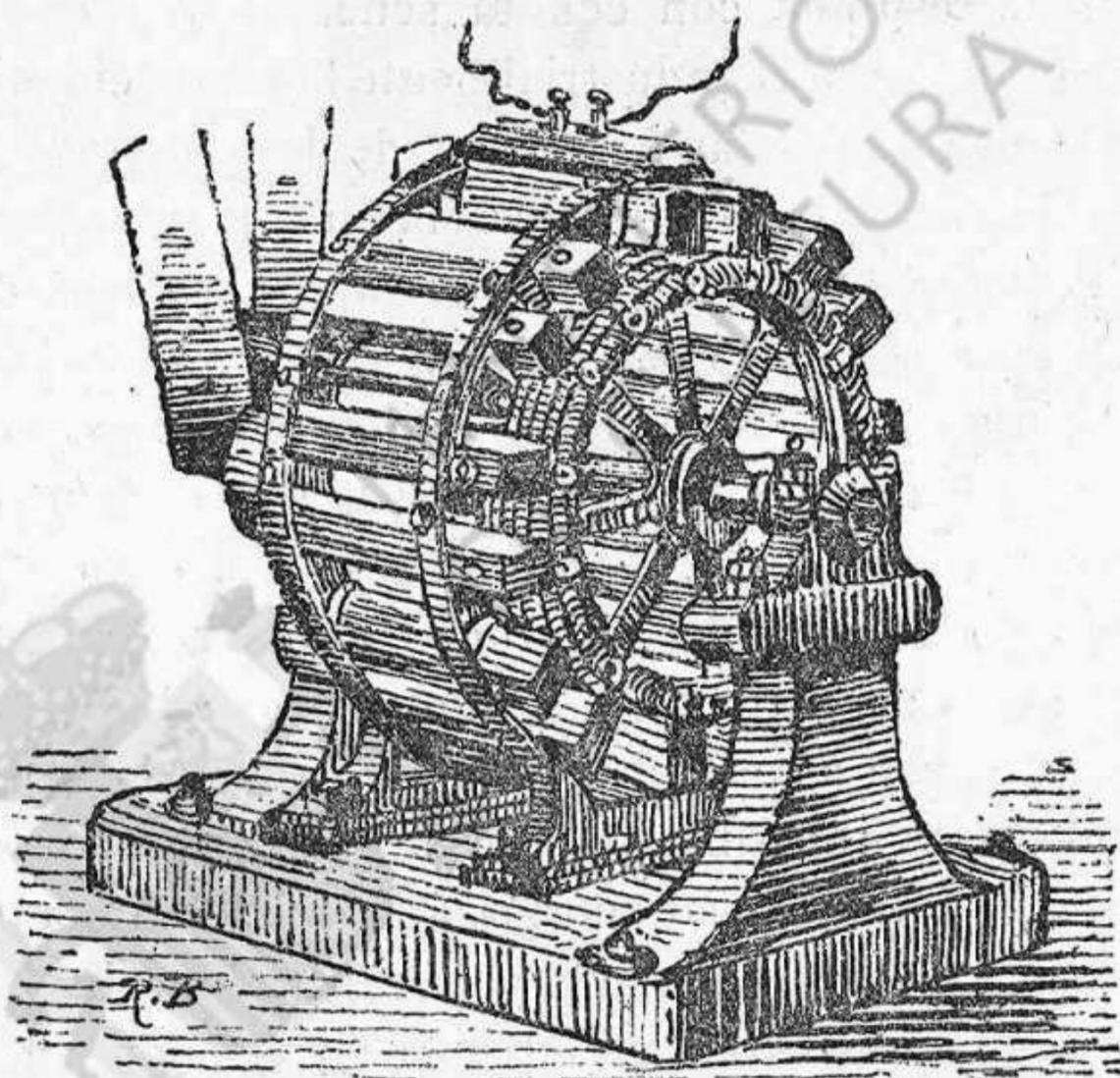
tivas. Así se ven en la Exposicion diversos y muy curiosos modelos de aparatos dinamo-eléctricos, debidos á Edison, Brush, Siemens, Meritens, Maxim, Jablochhoff, Loutin y



Máquina dinamo-eléctrica de Edison.

otros, que en la esencia tienen el mismo fundamento y elementos que los primeros, pero que en la disposicion y forma varían por completo.

Hemos dicho que los ejes de sus bobinas giran movidos por las correas de trasmision de las máquinas de vapor. Estas ocupan la galería posterior del palacio, paralela é inmediata al Sena, en una extension de cerca de 100 metros de longitud por 3.000 metros cuadrados de superficie. Entre ellas se ven los modelos siguientes: máquina Compound, de 150 caballos de fuerza; máquina Farcot, de 120, de los señores Weyher y Richemond, de Pantiu; máquina Herman-Lachapell, de 50; máquina Sulzer, de 200, y Cail y Halot, de 50,



Máquina dinamo-eléctrica de Meritens.

de los Sres. Carels, de Gante; máquina semifija Compound, de 67; máquina de Quillacq, de Angers, de 35; máquina de Otri y Grande mangue, de 30; de Villechatel y compañía, de 30; de Tangie, de 20; de Weyher y Richemond, de 15, y de Rickers y compañía, de 10. Además, la compañía inglesa Electric Light, la casa de Edison y otras importantes tienen máquinas especiales para sus respectivas instalaciones. En suma, entre el sindicato de la Exposicion, que con esas máquinas fabrica y vende fuerza motriz, y las empresas extran-

teras, se producen diariamente 1.500 caballos de vapor de fuerza (equivalente á la de 4.500 caballos de tiro), los cuales se emplean en la obtencion de la electricidad, que anima los innumerables aparatos de aquel inmenso concurso. Tambien funcionan algunos motores ó máquinas de gas, sistema Otto, que producen hasta 20, 40 y 50 caballos de fuerza, cantidad extraordinaria á que hasta aquí no se habia llegado, porque se creyó siempre muy difícil el mover un piston en un cuerpo de bomba por la explosion del gas, de modo que pudiese constituir una potencia de más de 6 á 10 caballos.

Vemos en resúmen con cuánta sencillez y economía se ha conseguido fabricar industrialmente la electricidad con sólo hacer girar las bobinas ó carretes de hilo metálico entre los polos de varios electro-imanés *sin pilas y sin imanes*, por la fuerza motriz de las máquinas de vapor; *convirtiendo directamente el calor en trabajo mecánico, y éste en electricidad*. En otro estudio científico-descriptivo que publicamos no hace mucho en la REVISTA CONTEMPORÁNEA, con el título de *Una escuela práctica de minería*.—*Las minas de Barruelo*, recordamos cómo la energía del sol, la luz y el calor del astro del dia, encerrados en parte en el tosco pedazo de hulla ó carbon de piedra, vuelven á manifestarse activos en toda su potencia, cuando el combustible arde en el hogar, y cómo toda la industria moderna debe su energía á la del sol. Esta misma consideracion podemos hacer hoy, como la han hecho muchos físicos distinguidos al estudiar la Exposicion actual, diciendo que, puesto que la electricidad que allí palpita, vuela, trabaja y alumbra, debe su origen á la fuerza mecánica, y ésta al carbon que arde en los hogares, es al calor, á la luz solar, que formaron los vegetales de que procede la hulla, es al sol, á quien debemos las maravillas de actividad y de movimientos, los resplandores que allí admiramos expuestos ante nuestros ojos como producto inmediato de las corrientes eléctricas.

## II.

## TRASMISION.

La electricidad producida por las máquinas dinamo-eléctricas, gracias á la fuerza motora de las máquinas de vapor, llega desde la galería del fondo del palacio hasta las instalaciones todas, y allí produce sus múltiples efectos, sin motores especiales nuevos, sin obstáculo, sin ruido alguno, misteriosamente al parecer, para cuantos contemplan absortos tanto movimiento y tanta maravilla. Unicamente el curioso observa que por do quier hay tendidas numerosas filas de hilos forrados, que se ramifican y subdividen ordenadamente, y cuyos extremos van á parar á los tornillos ó casquillos de empalme. Por esos hilos conductores circula en efecto la electricidad en toda la extension de aquellas naves, galerías y departamentos.

Los conductores usados en la Exposicion, como los que se emplean en todas las aplicaciones industriales, son de cobre puro, cuyo metal conduce la electricidad siete veces mejor que el hierro, y que aunque más caro que éste, tiene la ventaja de que con él se pueden reducir considerablemente el diámetro de los hilos. Una fábrica francesa muy antigua, la de Mr. Mouchel, en Poisthorel, ha logrado construir alambres de cobre, de tal pureza, y en tales condiciones, desde un décimo de milímetro de diámetro en adelante, que es la que surte, ó ha surtido hasta ahora al ménos, á los industriales electricistas más acreditados de Europa y de América. Para evitar la pérdida de la electricidad por el contacto, sabido es que estos hilos se aíslan perfectamente recubriéndolos con diversas sustancias mal conductoras, como algodón ó seda, impregnados en brea, parafina, resina, caotchuc, óxido de plomo, etc., cuya confeccion ha servido de base para el establecimiento de ricos centros industriales. En la mayor parte de los servicios no se colocan hilos sencillos, sino que se agrupan de 3 á 15, ó más, aislados y formando lo que se lla-

ma un cable, recubiertos todos por tubos de plomo. Cada hilo mismo, suele componerse en muchos casos, por ejemplo, en el servicio telefónico, de multitud de hilos trenzados ó torcidos.

Nada más notable ni curioso en la cuestión de fabricar cables, de incomparables condiciones, que la instalación de la casa de Berthoud y Borel, cuyos establecimientos están en Grenelle (París) y en Cortaillat, cerca de Neufchatel (Suiza). Su máquina-prensa de plomo, servida por uno ó dos obreros, fabrica 25 metros de cable al minuto. El cable se compone del hilo de cobre, recubierto de algodón empapado en parafina y envuelto en un tubo de plomo. Entra el hilo por un lado de la máquina y sale á los breves segundos por el otro perfectamente concluido y arrollándose en grandes carretes. El algodón es muy higroscópico, y por consiguiente buen conductor, cuyo defecto se evita en este aparato sumergiendo el hilo ya recubierto en un baño de parafina á la temperatura de 100 grados. De este baño el hilo pasa á un molde ó cilindro de acero, dentro del cual se mueve de abajo arriba por el impulso de una bomba hidráulica, un tallo, dejando entre las paredes del cilindro un espacio anular del espesor que se desee, en el cual entra el plomo derretido que ha de formar el tubo protector. Así, casi á un tiempo, el hilo se empapa en parafina y entra á llenar el espacio entero del tubo de plomo, formando las tres partes componentes del cable: hilo, aislador y plomo un todo perfectamente unido y sólido. Así se obtienen cables de 5, 9, 11 y 13 hilos bien aislados y superiores por todos conceptos á los que se construyen recubiertos de gutapercha. La parafina aísla mejor que esta sustancia y que el caotchuc y tiene ménos capacidad electro-estática que ambas, es decir, que deja penetrar en su masa cerca de tres veces ménos electricidad que ellas y necesita por lo mismo mucha menor cantidad para que el cable se cargue. La parafina cuesta poco relativamente; la operación de fábrica es muy fácil, rápida y barata, y el mismo tubo de plomo sirve de conductor de vuelta á las corrientes, lo cual evita el empleo del doble hilo, que para impedir la acción de inducción de unos hilos sobre

otros se emplea en otra clase de cables. Como al plomo se le da el grueso que se quiera, dicho se está que aunque es peor conductor que el cobre, se iguala con el aumento de masa la facilidad de la conducción de las corrientes de vuelta. Cuando el cable ha de ser subterráneo, la misma máquina envuelve el tubo primero de plomo en otro exterior, rellenando el espacio intermedio con una sustancia crasa impermeable.

Este admirable procedimiento, que es uno de los progresos que llaman más justamente la atención de los sabios é industriales, tiene grande y merecida aceptación.

Un fabricante inglés, Brooks, expone también muy curiosos cables, en los que los hilos de cobre están colocados libremente, en tubos de hierro rellenos de una mezcla de petróleo y parafina, y encorvados en forma de sifón en los puntos de acción, ángulos y vueltas. Al ocuparnos de los telégrafos eléctricos ampliaremos las indicaciones acerca de este punto. Pueden estudiarse múltiples tipos de cables recubiertos de gutapercha en las secciones inglesa y francesa de la Exposición, presentados por la Telegraph Werks Company, por las fábricas Persan-Beaumont, Rattier, Menier y otras. En el servicio telefónico de París cada tubo de plomo contiene cinco, nueve, trece, y aún más, hilos dobles envueltos en gutapercha. 15.000 metros de cables Berthoud y Borel transmiten la electricidad en la Exposición; con estos cables alimenta también la sociedad Jablockhoff sus bugías, y al mismo sistema pertenecen los de la Opera y los que unen á la Exposición con muchos centros importantes de París. Los alambres de hierro sólo se usan en las líneas telegráficas aéreas.

### III.

#### ACUMULACION Y CONSERVACION.

Producida y transmitida la electricidad en grandes cantidades, ¿se puede recoger y conservar para utilizarla cuando se quiera? Hé aquí un problema de tanta dificultad como trascendencia, y que en la Exposición aparece en vías de ser

satisfactoriamente resuelto. Con la electricidad producida y *conservada*, puede decirse, brillan las magníficas lámparas Swan que alumbran el salón del Congreso de electricistas y el buffet público; con ella se mueven los modelos de frenos eléctricos de Achard, destinados á los vagones de los ferrocarriles del Estado, y con ella se anima el motor, que hace progresar al globo de G. Tissandier en la alta bóveda del palacio de la Exposición. El procedimiento es tan ingenioso como eficaz.

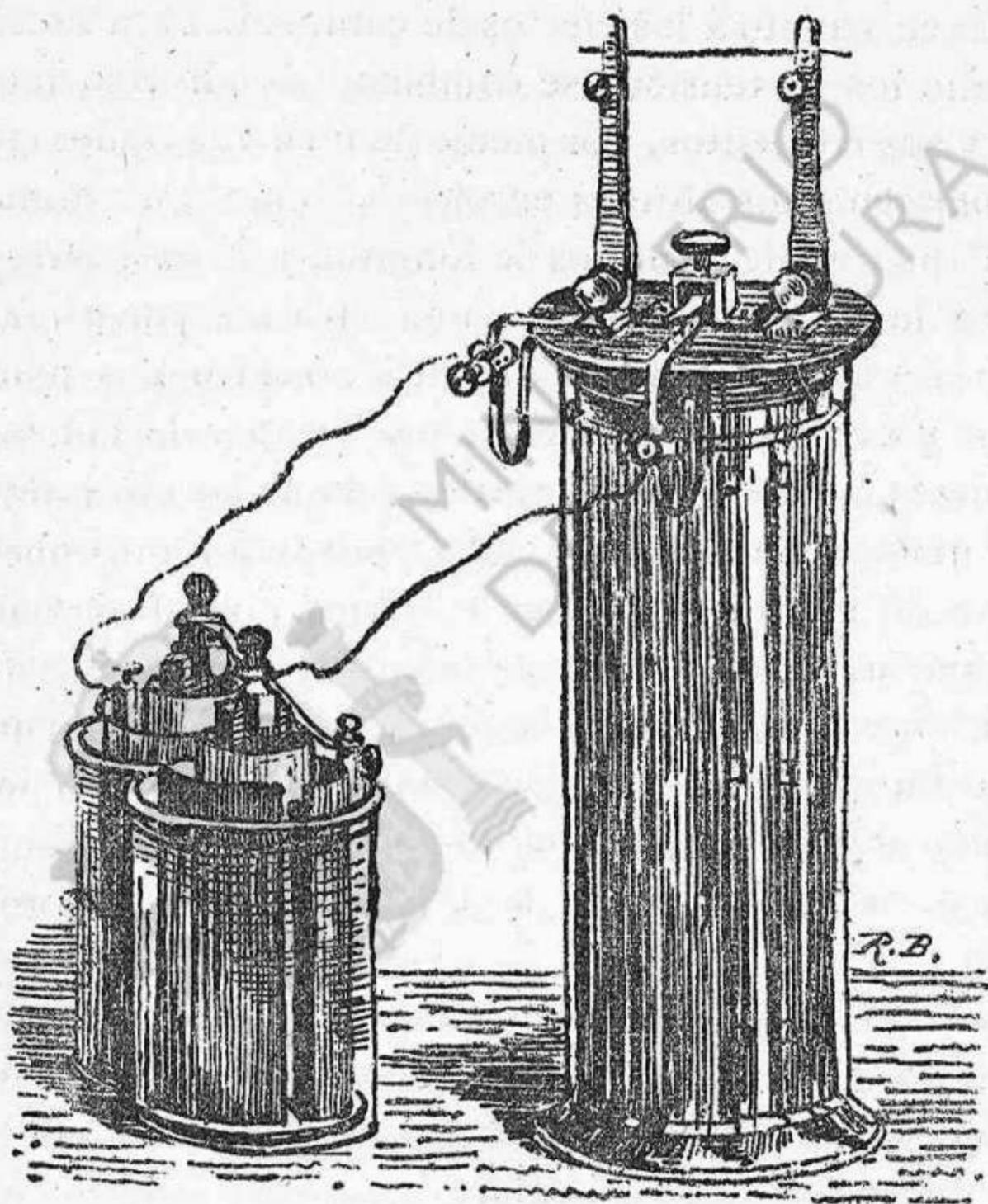
Sabido es que las corrientes eléctricas separan los elementos de los cuerpos compuestos químicos; esto es, que con la electricidad dinámica se descompone el agua, los óxidos y las sales. Pues bien; una vez descompuestos esos cuerpos y formados otros nuevos por la acción de la corriente, ésta volverá á surgir de nuevo cuando los nuevos compuestos obtenidos se descompongan á su vez por la electricidad, para reconstituir los primeros en la forma en que estaban antes.

La corriente descompone el agua, su oxígeno se une al electrodo positivo, y si es oxidable, forma con él un óxido; su hidrógeno se une ó acumula con el negativo, y ambos quedan cargados de cada uno de estos gases respectivamente. Si en este caso se unen ambos electrodos con un hilo buen conductor y se hace pasar por él una corriente, el oxígeno y el hidrógeno, separándose de los reóforos, vuelven á combinarse para formar agua, y surge por esta combinación química una nueva corriente. A la corriente que produce la descomposición se la denomina en física primaria, y á la que nace en la recomposición ó síntesis, *secundaria*.

Se han estudiado estas corrientes y algunos aparatos fundados en ellas desde hace mucho tiempo, desde principios del siglo, época en que Ritter hizo varias experiencias, y en los tratados especiales de electricidad se recuerdan los trabajos de Wheatstone, Faraday, Lenz, Becquerel, Crova, Thomson, du Moncel y otros. Pero el mérito verdadero de haber estudiado estas corrientes, de haberlas utilizado y de haber construido las *pilas secundarias*, que son los verdaderos *acumuladores* de la electricidad, se debe al afamado físico Gaston Planté, creador de esta nueva rama de experiencias, hoy

tan en boga, y destinadas á obtener tan grandes resultados.

Fundándose en los principios y fenómenos indicados, construyó Planté su pila en 1872, despues de catorce años de investigaciones y de experiencias. Compónese este curioso aparato de un gran vaso de vidrio ó de gutapercha, de forma cilíndrica, que contiene dos grandes láminas de plomo, correspondientes cada una á un reóforo, arrolladas en hélice, y



Acumuladores.—Pila secundaria de Planté.

separadas entre sí por una banda de caotchuc. La vasija se llena de agua acidulada. Uniendo los reóforos á los de una pila pequeña de Bunsen, ó á los de una de Daniell, de 3 pares, el agua se descompone, el plomo positivo se oxida, y el hidrógeno se acumula en la lámina negativa. Si se separa la pila que ha suministrado la corriente primaria, y se unen entre sí los electrodos de la de Planté, se produce inmediata-

mente la recomposicion del agua por la combinacion de sus elementos, y nace la corriente secundaria. Empleando láminas de plomo de 2 metros cuadrados de superficie, se obtienen idénticos efectos que los que producen 70 pares de Bunsen de 21 centímetros de altura. Con 6 láminas de 20 y 22 centímetros se origina una corriente capaz de fundir una aguja de acero de un milímetro de diámetro, cuando se la hace atravesar por la corriente de polarizacion.

Esto en cuanto á los efectos de cantidad. Para obtenerlos, así como los de tension, se combinan de diverso modo los pares y sus elementos, por medio de un conmutador especial, y se logra en estos últimos enrojecer, durante un minuto, un hilo de platino de 2 metros de longitud y de un cuarto de milímetro de diámetro, producir una viva luz entre una punta metálica y la superficie del mercurio, ó entre dos puntas de carbon y otros grandes resultados. Un par de Planté posee una fuerza electro-motriz superior á la de las pilas más poderosas que se conocen: 40 pares equivalen á 60 Bunsen. La energía de sus corrientes es constante, y conservan estos aparatos su accion por largo tiempo, por espacio de ocho, diez, quince dias, con idéntica fuerza, y hasta por un mes con regular intensidad. Añádase á estas circunstancias la esencialísima de que utilizan el 90 por 100 de la carga que reciben, y se comprenderá la importancia de tal descubrimiento.

Reciben y emiten las corrientes con entera regularidad, y son por lo tanto verdaderos reguladores ó contadores de electricidad, circunstancia que, en las aplicaciones industriales, aumenta sobremanera su valor.

Aunque se dice que acumulan y devuelven electricidad, estas expresiones no son propias, dada la naturaleza de los fenómenos en que está basada la pila. La corriente primaria no se recoge ni se guarda en la pila; lo que ocurre es que ella produce un trabajo molecular químico de descomposicion, y que este trabajo, efectuado de nuevo, cuando los reóforos se unen, produce la corriente secundaria de combinacion. No es, pues, electricidad lo que se conserva en estos aparatos, sino una disposicion especial de los elementos químicos,

capaz de producir nuevas corrientes cuando, excitadas de nuevo, vuelven á su primitivo estado.

En esta, como en todas las invenciones, una vez descubierta y publicada la esencia del adelanto, se han hecho multitud de innovaciones y de reformas. Para no molestar la atención del lector, y para que se comprenda fácilmente en qué consisten las modificaciones de la pila modelo, he dispuesto el siguiente cuadro, que contiene las más notables de las hoy conocidas:

MINISTERIO  
DE CULTURA



PILAS SECUNDARIAS Ó ACUMULADORES.

	COMPOSICION.	AUTOR.	OBSERVACIONES.
	De láminas de plomo en las que se forma un peróxido.	Planté. . . . .	»
	De láminas de plomo envueltas en minio que forman óxido de plomo. . . . .	Faure. . . . .	{ El trabajo es más breve, penetra más en la masa y su potencia es tres veces mayor que la de las anteriores.
	De láminas de plomo oxidadas, hasta que adquieren una textura cristalina, en las que se forma óxido. . . . .	Planté. . . . .	Igualan en sus efectos á las de Faure.
	De carbon y una placa de cobre, con una disolucion de sulfato de zinc. . . . .	Houston y Thomson. . . . .	»
	De láminas de plomo muy delgadas, siendo la positiva mucho menor que la negativa. . . . .	Pezzer. . . . .	{ Tienen ménos peso y son de mucha intensidad.
	De carbon, cobre, granalla de plomo y disolucion de sulfato de zinc. . . . .	D'Arsonval. . . . .	{ No tienen, como las de Houston, ventaja alguna sobre las de Planté.
	Con las láminas en forma de cubos profundos, con divisiones escalonadas, rellenas de hojas delgadas de plomo. . . . .	Meritens. . . . .	{ Por el gran aumento de superficie y por su disposicion son de grande intensidad.
	De una lámina de plomo oxidado para el oxígeno y otra de paladio para el hidrógeno con sulfato de amoniaco. . . . .	Rousse. . . . .	{ No se conocen aún con firmeza sus resultados.
	De peróxido de manganeso y zinc; cuando ya no funciona por la cantidad de depósitos formados, se hace pasar por sus reóforos una corriente dinamo-eléctrica y se vuelven á combinar en ella las sustancias descompuestas. . . . .	Maiche. . . . .	{ Es á la vez pila ordinaria y acumulador, no necesita pila especial y puede recoger en muy pequeño volumen bastante cantidad de electricidad.

Con pila inicial ó primaria. . . . .

Sin más que una pila, la inicial, que hace de secundaria

Como se vé, el plomo es la sustancia que por sus especiales condiciones, segun todas las experiencias, sirve de fundamento á la construccion de los acumuladores, conforme lo indicó y aplicó Planté desde su primera pila. Ya queda indicado, por lo demás, qué útiles y aparatos más notables se animan en la Exposicion, por las corrientes secundarias. Los acumuladores Faure las suministran á las lámparas Swan, y un acumulador Planté, de 220 gramos de peso, excita el motor eléctrico Trouvé, que mueve la hélice del globo de G. Tissandier.

No sólo son estas pilas excelentes contadores ó reguladores, sino que tienen la ventaja de poder utilizar el movimiento y la fuerza de las diversas clases de motores que funcionan en la naturaleza y en la industria sin aplicacion inmediata, de cuya esencial cuestion nos ocuparemos luégo, y pueden resolver además el problema de la distribucion de la electricidad á domicilio, siempre que se consiga disminuir su peso y aumentar su potencia; tarea de suyo importantísima y de gran porvenir, que hoy preocupa y entretiene á muchos hombres científicos, recoger la electricidad en grandes cantidades, conservarla y utilizarla despues á voluntad en un punto cualquiera, seria el progreso más trascendental que pudiera llevarse á cabo, como complemento del otro gran problema que persigue la ciencia con tan buenos auspicios, el de la trasformacion de la electricidad en energía mecánica, en fuerza y en movimiento.

#### IV.

##### CONVERSION DE LA ELECTRICIDAD EN MOVIMIENTO.

El movimiento de las bobinas entre los electro-imanés produce la electricidad; trasmitida ésta por un hilo, en el mismo momento, ó acumulada y trasmitida en cualquier otro tiempo, ¿puede trasformarse de nuevo en movimiento? ¿Se puede trasmitir la fuerza y el movimiento á largas distancias, como se trasmiten el calor, la luz y el sonido bajo la

forma de corriente eléctrica? La historia de los progresos de las ciencias de estos últimos años y la contemplación de multitud de detalles mecánicos de la Exposición responden afirmativamente.

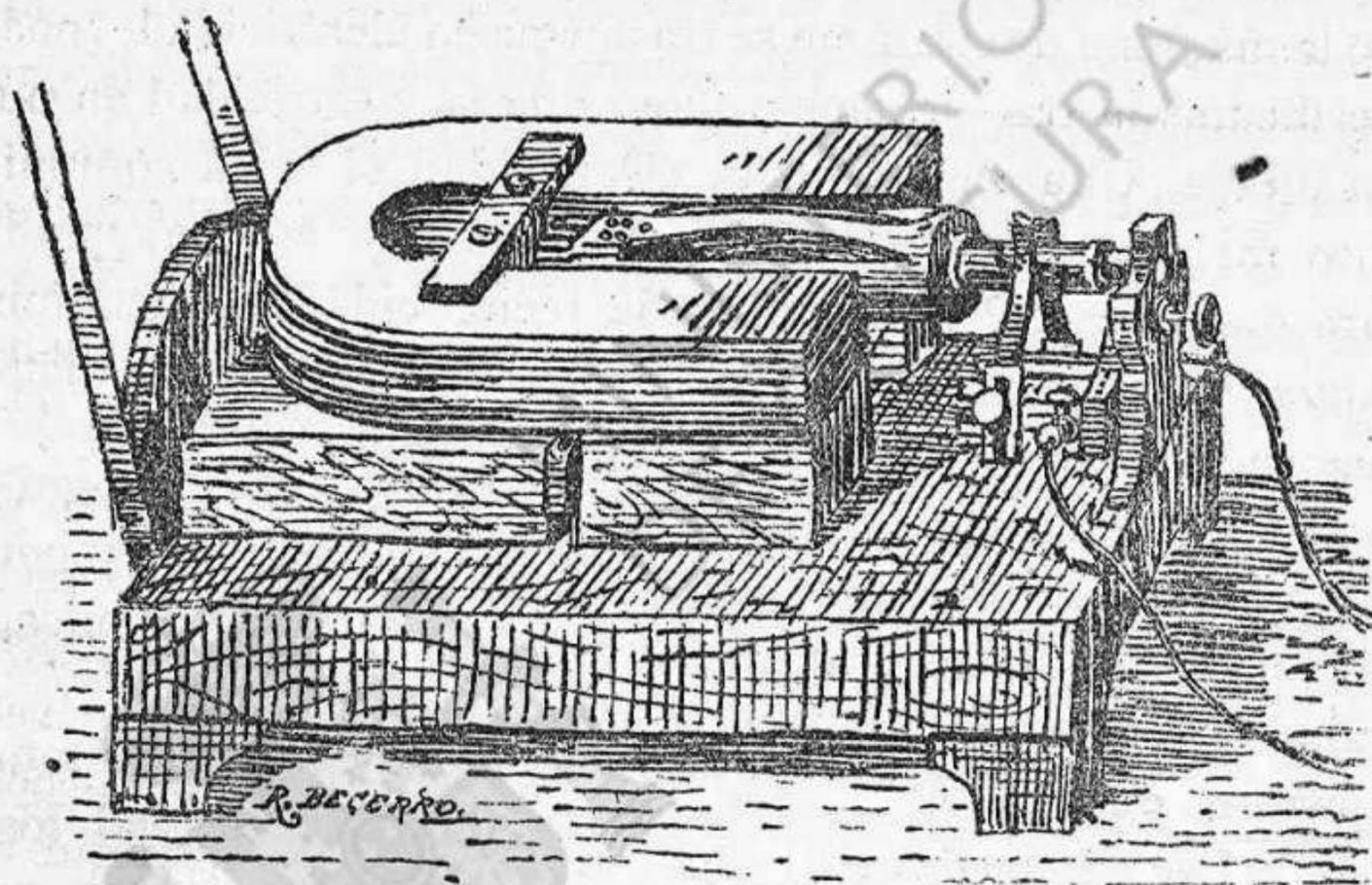
Allí se vé, no sólo utilizada la rotación de los ejes de las bobinas, que reciben desde lejos la corriente, para producir considerable movimiento y esfuerzo sino animarse, girar y transmitir en diversos sentidos su esfuerzo á los *motores eléctricos*, excitados por la corriente hidro-eléctrica de las pilas.

El propósito de convertir la electricidad en fuerza es ya antiguo en la historia de estos progresos; pero la poca intensidad de las corrientes, y el exagerado coste de las pilas hicieron casi imposible su realización. La física recuerda que la corriente eléctrica mueve en las líneas telegráficas la palanca de los receptores desde largas distancias; recuerda el motor del ilustre Jacobi y sus experiencias en el río Neva, y los electro-motores de Bourbure y de Froment; mas ¿cuánto gasto no supone el pequeño movimiento obtenido en todos esos casos? Para producir una fuerza de pocos kilogrametros necesitábanse pilas de numerosos elementos, y por consiguiente, la solución del problema era antieconómica, insuficiente é imposible.

Hoy, aún con el empleo de las pilas se ha adelantado mucho. En la Exposición excitan vivamente la curiosidad los motores eléctricos de Trouvé y de Deprez. Este último se compone de una bobina como las del aparato dinamo-eléctrico de Siemens, que es una especie de estuche-cilindro de hierro, alrededor del cual se arrolla en el sentido de su longitud el hilo metálico. Esta bobina está colocada entre los trozos de una armadura magnética compuesta de ocho imanes, colocada horizontalmente. La corriente de una pila Bunsen, Wollaston, Tommasi ó de un acumulador llega al aparato, pasa al conmutador é imana al hierro de la bobina; á cada media vuelta se obliga á ésta, por un mecanismo auxiliar, á cambiar de dirección, mientras que el estuche de hierro, imanado en sentido contrario, es atraído y repelido sucesivamente por los polos del imán y gira con extraordinaria rapidez, el movimiento de rotación de la bobina se

trasmite por su eje á una polea exterior, y ésta, por el intermedio de una correa, mueve la máquina que se desea hacer trabajar, sea un torno, una máquina de coser, una bomba ú otro instrumento. El motor lleva un regulador de la velocidad. No pesa este motor más de 3 á 4 kilogramos y produce de 4 á 8 kilográmetros de fuerza, con 8 pares Bunsen.

El constructor y físico Trouvé ha aumentado la potencia de la bobina Siemens, disponiéndola de manera que se utilice el trabajo, que en el aparato anterior se pierde, durante la aproximación y paso de los extremos de ella por los polos



Motor eléctrico de Marcel Deprez.

del iman, ó sea por la resistencia de esos puntos muertos. Da, en efecto, Trouvé á su bobina en las extremidades la forma de hélice, y de este modo la aproximación y la separación de ella, en los polos del iman son tan rapidísimas como insensibles. Con un motor de esta clase y de bobina doble se hace marchar un velocípedo con su director. Con este motor avanza en el lago del gran faro de la Exposición, una canoa de 80 kilogramos de peso, 5,50 metros de longitud y 1,20 de anchura, que ha caminado antes en el Sena, río abajo, con una velocidad de 2<sup>m</sup>,50 por segundo, y río arriba, con la de 1 metro. El mismo motor, de un peso

de 2,20 gramos, anima, como se ha dicho, la hélice del globo de G. Tissandier, haciéndola dar, según sea el acumulador, de 6 á 20 vueltas por segundo, que significan un avance en el aire de 1 á 2,50 metros en el mismo tiempo.

Por la escasa fuerza que se obtiene con estos motores, claro está que su aplicación es muy limitada y que sólo se pueden usar en ciertas máquinas domésticas, con el empleo de pilas de pocos pares. No sucede lo mismo con los motores eléctricos animados por las máquinas dinamo-eléctricas. En efecto, una vez conocida su potencia extraordinaria, se preguntaron los físicos: Si la fuerza que hace girar las bobinas de la máquina de Gramme se transforma en electricidad, ¿podrá verificarse la transformación *inversa* de la electricidad en nueva fuerza? Una máquina da electricidad si se la comunica movimiento; comunicando electricidad á la misma, ¿producirá movimiento? Esta acción de reciprocidad se denomina *reversion*, del latín *revertio*; y *reversibles* se llaman las máquinas capaces de producir ese doble fenómeno.

En dos máquinas Gramme, unidas á larga distancia por un hilo conductor, se verifica ese hecho de un modo exacto. El movimiento que anima á la una, transformado en electricidad, se trasmite á la segunda; su bobina gira y vuelve á aparecer en ella el movimiento inicial, utilizable por completo. Un físico francés, Fontaine, realizó por primera vez esta idea feliz en 1873, en la Exposición universal de Viena. Unió, como queda dicho, dos máquinas Gramme, situadas á un kilómetro de distancia, animó la primera con un motor de gas, y se vió girar el eje de la segunda, que hizo funcionar por largo tiempo una bomba centrífuga.

Dado este primer paso, fuéronse repitiendo con feliz éxito otras experiencias análogas. Los físicos Siemens, de Berlin, decidieron aplicar la reversion eléctrica al movimiento y arrastre de un wagon en un ferro-carril especial, utilizando los poderosos elementos de su casa constructora y sus máquinas dinamo-eléctricas. Después de largos estudios y de numerosas experiencias, presentaron en las Exposiciones industriales de Bruselas y de Dusseldorf el primer modelo de su vía eléctrica, por la que avanzaban dos wagones pequeños con

una docena de viajeros. Una comision facultativa de oficiales de artillería en París logró hacer funcionar en 1877 una máquina de dividir, colocada á 60 metros del aparato motor. En 1878 se repitieron otros experimentos más completos en diversos puntos de Francia y de Alemania, y al año siguiente se realizó este adelanto eléctrico-industrial en grande escala, en la fábrica de azúcar de Sermaize, en el departamento del Marne, bajo la direccion de sus propietarios los señores Felix y Chretien, de cuyo ensayo se ocupó con interés toda la prensa. Consistió en utilizar el movimiento producido por la máquina de vapor de la fábrica, para animar dos aparatos dinamo-eléctricos unidos por un cable de algunos centenares de metros de longitud, que al convertir la electricidad en movimiento hacian girar los grandes tornos en que sucesivamente se arrollaban y desarrollaban los cables, que impulsaban un poderoso arado, con que se cultivan los campos inmediatos al establecimiento industrial. La máquina motora de la fábrica es de 25 caballos y la fuerza trasportada por los conductores eléctricos es de 12. Utilizada la electricidad para el laboreo de la tierra, los dueños de la explotacion ampliaron sus usos á muchos de los servicios de la misma. Con el movimiento originado por el motor eléctrico se impulsan los cargamentos de remolacha, desde las gabarras del canal de la Marne hasta los almacenes, se trituran y prensan y se iluminan tambien gran parte de las dependencias. Obtenido este excelente resultado, otro industrial de Noisiel, Menier, utiliza un salto de agua para mover un volante, animar una máquina Gramme combinada y dar impulso al arado que abre sus campos. En París diversos establecimientos importantes, que tienen calderas de vapor, trasmiten ya su fuerza por los conductores eléctricos hasta los talleres situados en los diferentes pisos de las fábricas y en sus apartadas dependencias.

La Exposicion ostenta en estos progresos verdaderas maravillas: como tal puede considerarse, sin duda, el tramway ó ferro-carril eléctrico, que conduce á los viajeros desde la plaza de la Concordia al interior del Palacio de la Industria. La disposicion que se ha adoptado en París para su movi-

miento, aunque diversa de la de Berlin, en la esencia es la misma. Una poderosa máquina Siemens envía la corriente por un hilo hasta otra máquina dinamo-eléctrica, colocada en el wagon remolcador; su bobina gira, su eje al girar mueve las ruedas del vehículo y el tren marcha.

La línea ferro-eléctrica instalada en Berlin en Marzo último, va desde Lichterfelde á la Academia de cadetes, atravesando una extension de cerca de 3.000 metros. La anchura de la vía es de un metro, la pendiente máxima de 1 por 100 en una longitud de 500 metros, y el radio mínimo de las curvas es de 60. Los rails y su implantacion son idénticos á los de las vías ordinarias, y sirven de conductores de la electricidad, estando unidos de un modo ingenioso en cada línea, que les permite dilatarse y contraerse por la accion de las temperaturas de las diversas estaciones, sin que se intercepte nunca el paso de las corrientes. La corriente se establece y se interrumpe á voluntad por medio de una manivela colocada en el puesto del conductor del tren, como el freno y el timbre. Un solo empleado dirige el tren y puede distribuir y cobrar los billetes. El peso de cada wagon vacío, con máquina motora inclusive, es de 6.000 kilogramos. La velocidad media de 15 kilómetros por hora, sin que en ningun caso deba pasar de 20. Circulan cada dia en Berlin de 36 á 40 trenes por esta vía, con 12 viajeros en cada wagon y 4 en las plataformas exteriores. El precio del trayecto es de 25 céntimos. Además de esta línea, se ha establecido otra en la capital de Prusia, desde el Spandauer-Bock á Charlottenburgo, y en ella, en vez de trasmitirse la corriente por uno de los rails, para animar el motor en marcha, se ha preferido el sistema de postes, que sostienen el hilo de la corriente unido á un carrete frotador, que marcha paralelo al tren y que está en comunicacion con la máquina del wagon remolcador por medio de un hilo metálico flexible. La corriente vuelve á la máquina productora de la electricidad por uno de los rails.

Así quisieron los Sres. Siemens establecer su ferro-carril en París; pero el municipio no consintió que se colocaran rails de alto relieve en el boulevard, y se vió muy pronto tam-

bien que los ordinarios no sirven para devolver la corriente. La instalacion se ha hecho, pues, colocando los dos hilos de ida y vuelta en sus respectivos tubos estrechos, aislados y tendidos sobre los postes, que se alzan á un lado de la vía. Estos tubos tienen una ranura en toda su longitud, y en ella arrastra sin cesar, con la marcha del tren, el vástago ó apéndice de los frotadores movibles, estableciendo el contacto, y transmitiendo la electricidad por medio de un hilo flexible á la máquina interior del wagon, que produce el movimiento, y por otro hilo semejante al frotador y conductor de vuelta.

El ingeniero de la fábrica de azúcar de Sermaize, Mr. Chretien, de quien hemos hablado, ha presentado en la Exposicion un proyecto completo de ferro-carril eléctrico para los boulevares de París, que comprenderia tres líneas: la principal desde la Magdalena á la Bastilla, otra en el boulevard Voltaire y otra en el boulevard Haussman y en la avenida Friedland, colocados sobre viaductos de hierro, á la altura de 5 ó 6 metros del suelo. Este dato indicará al lector la seguridad de los resultados de este inmenso progreso, y la aceptacion que está llamado á tener. Hoy por hoy no es fácil deducir las ventajas económicas de ese nuevo sistema de traccion, ni su dificultad ó facilidad de establecimiento en grandes líneas; pero lo que no se puede negar es el inmenso adelanto, que con universal asombro se ha realizado en un estudio de aplicaciones físicas, del que se decia no hace aún diez años, al contemplar el débil efecto mecánico que se obtenia con los motores Bourbuse y Froment: «¡Es indudable! ¡La electricidad realizará prodigios en las aplicaciones químicas, caloríficas y luminosas, pero nunca podrá utilizarse mecánicamente!»

Solemne es el mentís que ha dado la Exposicion actual á tan repetidos pronósticos. Prescindiendo del ferro-carril Siemens, se ven funcionar, entre otros portentosos aparatos:

La perforadora de diamante negro, para túneles, de Taverdon, llamada á sustituir á las que, impulsadas por el aire comprimido, han traspasado las gigantescas montañas de los Alpes.

El ascensor eléctrico de Siemens, que eleva hasta el piso

principal en su plataforma á los curiosos, de diez en diez. El microscópico ferro-carril postal para el interior, que sin duda alguna sustituirá con ventaja á los tubos neumáticos que se usan para el transporte y distribución de los paquetes de la correspondencia.

La bomba Neut y Dumont, que eleva é impele gran cantidad de agua con extraordinaria fuerza.

Y, en fin, el sinnúmero de instrumentos, sierras, barrenos, pilones y motores diversos que funcionan animados por la corriente, trasportada por un hilo delgado y contenida ó impelida por el fácil manejo de una sencilla máquina dinamo-eléctrica Gramme, ú otro modelo reformado, que pesan desde un kilogramo á 1.000 ó 1.500 kilogramos nada más, que apenas ocupan espacio y que producen fuerzas variables, proporcionales á su peso, desde un kilográmetro á veinte ó veinticinco caballos. Es verdad que para moverlas se emplea el vapor, y que éste, por su sola acción, produce fuerzas inmensamente superiores, pero es cierto también que éstas, sólo actúan en el punto en que se originan, que no se pueden transmitir á largas distancias, ni cabe distribuir las prodigiosamente en todas direcciones, ni ménos ser trasportadas en cantidad inmensa por un hilo tan delgado que las haga pasar por el ojo de una aguja. Además, las máquinas dinamo-eléctricas no sólo funcionan movidas por el vapor, sino que pueden animarse, y se animan, impelidas por las grandes y constantes fuerzas naturales de que el hombre puede disponer.

## V.

### UTILIZACION DE LAS FUERZAS NATURALES.—PORVENIR DE LA ELECTRICIDAD.

El descubrimiento y empleo de las máquinas dinamo-eléctricas que, como se ve, no son otra cosa que aparatos de transformación del movimiento en electricidad, han quitado gran parte de su importancia al propósito que antes se perseguía en la física de encontrar elementos de combinación química

tan baratos, que pudiesen producir la electricidad en las pilas con escaso coste y en gran cantidad, y han hecho que se fije la atención del mundo científico é industrial en el estudio de las fuerzas utilizables de la naturaleza.

La combustion de la hulla para la produccion del vapor y la aplicacion de la fuerza elástica de éste, es hoy el medio que se emplea en mayor escala para animar las máquinas eléctricas. Ahora bien; aumentado por lo mismo el consumo de ese combustible natural, en un grado extraordinario, la industria y la ciencia temen la carestía creciente de los carbones y hasta el agotamiento de nuestras minas, en un plazo más ó ménos largo. Contra la falta casi absoluta de carbon, de aquí á uno ó dos siglos, de seguro que los progresos de las ciencias habrán encontrado un completo remedio para entónces; pero contra el obstáculo económico, la industria empieza á preocuparse desde hoy, y tomando muy en sério la cuestion, excita á los hombres estudiosos á que procuren ver si la enorme cantidad de fuerzas que exigirá el poderoso desarrollo de las aplicaciones eléctricas, puede utilizarse por poco coste, tomándolas de la naturaleza.

La comision ó sindicato de las sociedades explotadoras de hulla en Inglaterra, en un dictámen reciente, indica que la cantidad de combustible que aún se podia extraer de las minas inglesas en 1871, era de 150.000 millones de toneladas. Consúmense actualmente 132 millones de toneladas, y crece el aumento del consumo, segun la estadística, en 3 millones y medio por año, de modo que, en unos doscientos cincuenta años, quedará aquel país sin un solo grano de carbon. Es verdad que en los yacimientos hulleros del Norte de América hay nada ménos que una extension de 875 millas de carbones, que en las altas regiones del Asia existen criaderos cien veces más grandes, y que no se sabe cuáles son las riquezas carboníferas que encierran el centro América y el continente africano, explotaciones todas, las de estas tres últimas comarcas, completamente imposibles hoy por hoy; pero es lo cierto que, si bien respecto al porvenir lejano no debemos por lo mismo preocuparnos ni decir una palabra, la carestía creciente será un hecho si las actuales minas han de alimentar,

además de la industria del vapor, la nueva y vastísima de la electricidad, por más que ampliada y aceptada ésta, puede llegar un día, como ha dicho un humorístico físico parisien, en el que las locomotoras y las máquinas fijas vayan á parar á los museos históricos, como han ido las hachas de piedra, las catapultas, los buques de remos y toda la mecánica de nuestros antepasados.

Ese peligro económico habrá de corregirse mucho con el descubrimiento ya iniciado de nuevos sistemas de utilización de la fuerza producida por la combustion de la hulla, que hasta hoy son bastante pobres. Las máquinas de vapor ordinarias sólo utilizan de un 3 á un 4 por 100 de esa fuerza; otras perfeccionadas llegan á utilizar del 8 al 10, y las del sistema Farcot, que sólo gastan 600 gramos de combustible por hora y caballo, dan casi un 20 de trábajo útil. El físico que lograrse encontrar un medio para aumentar la fuerza utilizable que se pierde en la combustion; el que consiguiera obtener de la hulla la mayor parte de la fuerza que contiene, como incomparable acumulador que es de la energía solar, habria conseguido cambiar casi por completo la faz de ese peligro económico. Y en este concepto, preciso es confesar que se lograrán grandes resultados.

Sin perjuicio, pues, de que el rendimiento de la potencia de combustion aumente y de que, para cuando la hulla pudiera acabarse, de seguro que ya no será necesaria en la mecánica, nuestro siglo emprendedor y economista demanda, como hemos dicho, á las fuerzas naturales, que hoy en su mayor parte se pierden, su colaboracion directa en el juego de las aplicaciones industriales.

El calor, bajo la forma de fuerza de *repulsion* molecular, como *expansion*, mueve los émbolos de las máquinas; otra fuerza antagónica, mucho más poderosa, pero menos sumisa, menos sujeta á la voluntad del hombre, la *atraccion*, en sus relaciones con la tierra, en su tendencia interior, en forma de gravedad, produce la caida de las lluvias, la caida de las cataratas y saltos de agua, la marcha de los rios y la presion atmosférica, y en su tendencia exterior, en forma de *atraccion* sideral, causa las mareas.

Como utilizamos, pues, la repulsion, utilicemos la atraccion, utilicemos el movimiento de las cascadas, el de los saltos hidráulicos, el de las lluvias, el de la corriente de los rios, el de las mareas. ¡Cuánto no se ha hablado de la enorme fuerza que representa la caída del Niágara! 100 millones de toneladas de agua caen por hora, de una altura de 47 metros, equivalentes en su efecto mecánico por término medio á 16.800.000 caballos de vapor, que se pierden, y que no dan más resultado, que el de elevar la temperatura del agua, al pie de la caída, la cantidad de  $\frac{1}{9}$  de grado centígrado. Para volver á elevar esa enorme masa al nivel de donde cae, se necesitarian por lo ménos 266 millones de toneladas de carbon de piedra por año, con un consumo medio de 2 kilogramos por hora y caballo; es decir, la cantidad de carbon que se consume hoy en todo el globo. Supongamos que sólo se utilizara de ese total inmenso de fuerza una parte mínima, 500.000 caballos, que se podrian distribuir en un radio considerable hasta New-York, Filadelfia, Boston y Montreal. Esa fuerza gratuita costaria, sin embargo, el interés que habria de pagarse por la adquisicion de los hilos conductores de cobre puro, que habian de formar las líneas de transmision. Este gasto, por cada 5.000 caballos, en un trayecto de 480 kilómetros, seria de 925.000 francos, que al 5 por 100, significarian un abono de 47.500 francos. Ahora bien; para producir una fuerza de 5.000 caballos con máquinas de vapor, se gastarían por lo ménos, en trabajo continuo, 2 millones, y en trabajo por partes, de 6 á 8 millones. ¡Qué comparacion tienen, pues, 50.000 francos con 8 millones de francos!

Este cálculo, relativo á tan vasta y titánica empresa, indica lo que podria ser la aplicacion de la fuerza motriz de las cascadas y caídas naturales ó artificiales, en mucha menor escala, posible y hacedera como es, do quiera que hay corrientes de agua.

La experiencia demuestra que en la trasmision eléctrica se pierde un 50 por 100 de la fuerza que penetra en el conductor. Pero aún con esta pérdida la electricidad lleva muchas ventajas á todos los motores de vapor, hidráulicos y de gas.

Resuelve como ninguna el problema de la distribución de la fuerza en los grandes centros industriales y á domicilio. Un hilo metálico se pliega á todas las exigencias y necesidades, cruza todos los obstáculos y penetra por todas partes, llevando inmensa energía eléctrica en sus vibraciones moleculares. Aunque se pierda tanta cantidad de fuerza en la trasmision, siempre será conveniente y económico su uso, cuando ésta sea tan barata y tan abundante como lo puede ser la de los saltos y corrientes constantes de agua y la intermitente energía de los vientos. La distribución de la energía se hace y se hará por canalización subterránea, como se surte hoy de luz y de agua á las casas: y con un contador y una manecilla ó boton habrá suficiente para animar los motores domésticos, para poner en actividad el taller, y para encender las lámparas, con arreglo al gasto que nos proponemos hacer, pidiendo á esas fuerzas naturales el concurso de su potencia, como hoy lo obtenemos de la máquina de vapor. En los progresos de la trasmision eléctrica no sólo se ha llegado á la inmensa economía que realizan los aparatos dinamo-eléctricos sobre toda otra clase de motores, sino que, aunque parezca increíble, se ha conseguido el poder suministrar á cada consumidor la cantidad precisa de electricidad que necesite, por pequeño ó grande que sea el tiempo en que trabaje, aunque por el cable que contiene el hilo que le corresponde, circule sin cesar la corriente. Cuando no utilice la suya un consumidor cualquiera, el exceso de electricidad, resultante de la diferencia, no aumenta la energía de los hilos de otros consumidores. La corriente vuelve á la máquina productora y reduce proporcionalmente la que éste emite, sin aumentar, repetimos, la energía de los demás conductores, como se vé prácticamente en la Exposicion, gracias á diversos mecanismos, y entre ellos al muy ingenioso y sencillo del eminente electricista Marcel Deprez.

A este físico se debe el cálculo de la distancia á que puede trasportarse la fuerza eléctrica, que segun él, con un conductor bien aislado, de escaso diámetro y dada una tension razonable para la corriente, llegará reducida á la mitad de la fuerza inicial á 350 kilómetros y á una cuarta parte

hasta otros 350. Es decir, que la colosal fuerza de algunos torrentes de los Pirineos puede utilizarse en Madrid en un 25 por 100. Marcel Deprez vá aún más adelante en las deducciones que obtiene de sus actuales estudios: con una máquina Gramme es posible transmitir 15 caballos de vapor por un hilo telegráfico de 50 kilómetros de longitud y utilizar de ellos 10; resultados que casi ha comprobado recientemente obteniendo y utilizando 40 caballos, de 65 transmitidos.

Si se llega á dominar las fuerzas de ese modo, ¿á qué sacar el carbon de las minas para trasportarlo á las fábricas y trenes? Hecha la combustion en la mina, la fuerza producida trasportada por los cables, animaria todas las industrias existentes á centenares de metros de distancia.

No se sabe hoy por hoy utilizar la fuerza inmensa de las mareas; esa colosal energía constante de la que, aprovechada una pequeña parte, resultaria superior á la de todos los combustibles en explotacion. Seria necesario, dice el ilustre Mr. W. Siemens, abrir en las riberas del mar grandes depósitos ó recipientes, que se llenarian con el ascenso de las mareas y se vaciarían en el descenso, para poder aprovechar su movimiento, por medio, por ejemplo, de turbinas semejantes á las construidas por James Thomson. Pero aunque esa fuerza con sus constantes intermitencias puede obtenerse sin gasto alguno, serian muy grandes los que ocasionarian la amortizacion de los capitales empleados en las obras, y los de conservacion de las mismas y los intereses respectivos. Las dificultades económicas son grandes, pero el problema no es imposible, y no siéndolo, el hombre llegará á practicarlo. Proyectos más titánicos é increíbles ha presentado nuestro siglo y los ha llevado á cabo. *Omnia labor.*

Trátase tambien de utilizar parte de la inmensa cantidad del calor solar que cae sobre la superficie de la tierra, perfeccionando los aparatos que hasta ahora se han construido con este objeto ó estudiando nuevos medios de acumulacion y empleo de esa fuerza.

La aplicacion de los manantiales elevados, conducidos á los centros industriales por gigantescos tubos, para producir grandes caidas de agua cuya fuerza se convierta en luz y en

movimiento, es solución ya aceptada. En Glasgow, por ejemplo, se emplea en grande escala esta energía natural. El físico G. Le Bon propone utilizar también: el movimiento continuo de dilatación y contracción de ciertas sustancias por la influencia de las variaciones de temperatura; el ácido carbónico fuertemente comprimido y transportable en vasijas cerradas, que se puede obtener de la descomposición de las rocas calcáreas, tan abundantes en casi todas las regiones, y el aire comprimido transportable, recogido por máquinas movidas por las fuerzas naturales, como las caídas de agua y el viento, y conducido á largas distancias por medio de tubos ó en capacidades portátiles.

El profesor D'Arsonval, por su parte, al hacer la crítica de esos motores naturales, propuestos por Le Bon, sostiene que todo el porvenir de la industria mecánica está en aplicar las fuerzas de la naturaleza á la electricidad, demostrando, teóricamente por supuesto, que en el transporte de la energía, bajo la forma de electricidad, el resultado obtenido es independiente de la distancia; que la fuerza que se puede transmitir por un conductor es independiente de la resistencia de este conductor; que la pérdida de energía por elevación de temperatura del hilo puede reducirse todo lo que se quiera, para transmitir una misma fuerza con un mismo conductor, y que, por consiguiente, es completamente inútil el empleo de conductores de diámetro considerable. «Los trabajos—dice—que realiza Deprez en estos mismos días (29 de Octubre), los resultados que ha obtenido y que he visto, me permiten afirmar, que gracias á sus sencillos procedimientos de división y transporte de la fuerza eléctrica, París podrá canalizar la fuerza que representan las caídas del Sena y distribuirla á domicilio. Las máquinas dinamo-eléctricas están, como quien dice, naciendo ahora, y muy pronto las tendremos tales que produzcan 1.600 caballos de vapor con sólo un peso de algunos miles de kilogramos. Podemos quemar, pues, sin temor alguno, hasta el último trozo de hulla de las minas.»

Mucho tiempo han de durar las discusiones entabladas acerca de la utilización de las fuerzas naturales, cuestión hoy

de trascendental importancia; y mientras tanto los progresos realizados en la electricidad se encargarán de contestar á los anuncios y á los cálculos teóricos. No debemos esforzarnos en caminar muy á prisa, ni en descubrir de repente inmensos horizontes; los adelantos han sido, si no muchos en número, de grande importancia en poco tiempo, y podemos confiar en que, excitada como está la curiosidad y la emulacion de los sabios, no tardará mucho en presentarse soluciones tan sorprendentes como imprevistas. La decision con que hoy se trabaja es inmensa é indescriptible. Se trata, por ejemplo, no sólo de que el carbon dé la mayor parte del calor y de la energía que puede dar, de que las máquinas utilicen toda la fuerza que prácticamente pueden utilizar, sino de que en las breves horas que en algunos establecimientos se detienen, funcionen, para convertir su movimiento en energía eléctrica, y carguen los acumuladores y se conserve esta fuerza, para alimentar de noche la iluminacion de las fábricas y dependencias.

El enorme movimiento de rodaje que producen, por ejemplo, los trenes en marcha, ¿no podia utilizarse para colocar en ellos wagones talleres, en los que, convertido el movimiento giratorio de las ruedas en energía eléctrica por medio de pequeñas máquinas dinamo-eléctricas, animasen algunos motores y sirviesen de fundamento á especiales industrias?

Ese movimiento de tantos pares de ruedas, trasmitido á una máquina dinamo-eléctrica de poco peso, colocada entre eje y eje, debajo del suelo del wagon, ¿no podia surtir económicamente de luz eléctrica á todos los pueblos situados á los lados de la vía por medio de un rail central que trasmitiria por un cable, desde las estaciones respectivas, la electricidad á las ciudades, villas, fábricas, granjas y poblados? ¿Por qué se ha de perder ese inmenso movimiento continuo que se produce en los trenes, y cuya utilizacion para convertirlo en electricidad en nada afectaria á la marcha de los mismos? Del piso del wagon pasaria la corriente al rail, del rail al cable de cada pueblo, y en éste la electricidad podria emplearse en sus múltiples usos. Si se utilizan las máquinas fijas de vapor para que produzcan electricidad, además de su ordina-

rio trabajo industrial, ¿por qué no se han de aprovechar con el mismo objeto los trenes en movimiento, esos enormes mecanismos tan numerosos y tan colosales en su potencia?

Pensamiento es éste hasta ahora no iniciado ni escrito. Ningun pueblo situado en las cercanías de una vía férrea necesita máquinas de ninguna clase para tener grandes cantidades de electricidad á su disposicion: sólo con un cable de más ó menos hilos, unido al rail especial, le bastará para su alumbrado eléctrico y para otros servicios. Mientras haya trenes en movimiento en una vía, y siempre los hay en número de ocho á diez, por lo ménos, el rail central conductor suministraria electricidad á todos los puntos enlazados con él.

Tal es una de tantas grandes aplicaciones que parecen deducirse de la conversion del movimiento en electricidad. No sólo deben utilizarse, en cuanto se pueda, las fuerzas naturales; pueden y deben aplicarse tambien á la produccion de la energía eléctrica, cuantos motores, grandes y pequeños, desarrollan una cantidad de trabajo tal, que dejen alguna parte de él sin utilizacion inmediata, lo cual sucede en la mayor parte de las máquinas fijas y móviles.

Nuestro siglo, que no consiente que en sus empresas económicas se malgaste un céntimo, ha llegado, por sus descubrimientos científicos, al caso de exigir que no se malgaste ni un sólo kilográmetro de fuerza.

Hoy, excitado por las grandes conquistas de la electricidad, va llenando de hilos metálicos toda la superficie de las naciones cultas para que por ellos circule la energía. Esos hilos forman el verdadero sistema nervioso de la vida del trabajo y así como en el mundo orgánico la perfeccion y valer del animal están en razon directa del desarrollo de ese sistema, en la vida de las sociedades modernas sucede lo mismo: su perfeccion é importancia son proporcionales á la extension que en ellas ocupa el humilde hilo de cobre, del que Volta y Faraday vieron saltar la chispa de la moderna civilizacion.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.

*(Se continuará.)*



## BOLETIN BIBLIOGRÁFICO. (1)

**Mariano Roca de Togores, marqués de Molins.** *De la Academia Española.—Poesías.*

Se ha dado á la estampa el tomo primero de la tercera edicion, compuesto de poesías.

¿Quién no conoce las del señor marqués de Molins? El literato las aprecia, al ignorante deleitan, al más erudito enseñan, porque á diferencia de lo que por lo comun sucede con este género de escritos, hay en los del señor marqués algunos que resuelven un caso histórico apenas conocido, ó dan noticia del origen y etimología de cosas y nombres raros, en lo concerniente á España y sus antiguallas, todo ello ilustrado con notas oportunas.

No es otra cosa el precioso romance *Ambas á dos* que una crónica rimada de la estancia de Francisco en la ciudad del Turia, camino de su prision en Madrid; así como las enérgicas octavas de la leyenda *Cerco de Orihuela* instruyen en gran manera, á vueltas de bizarras fábulas, de sucesos desconocidos en época tan importante cual fué la de D. Pedro de Castilla.

Otras composiciones poéticas hay

de igual índole entre las del señor marqués, que omitimos citar, temiendo no crean algunos que se trata de proporcionarles enseñanza más bien que placentero solaz. Desechen su recelo si tal pensaron, pues cuando á hojear el libro comiencen, han de hallar en él joyas tan preciadas de galanura y sentimiento, que trabajo ha de costarles aquilatar su valor.

Sirva de ejemplo la siguiente dolores, *Adios á la juventud*:

Bella, cual rosa temprana,  
Pura, cual luna de Enero,  
Radiante, como lucero  
Que precede á la mañana,  
Fugaz, rápida, lozana,  
Cual la corza en el otero,  
Cuanto más pararte quiero,  
Más vuelas rauda y liviana.

Bella hurí, te ofrezco en don  
Oro, alegría y salud:  
Pára; templa mi afliccion.  
¿Eres quizá la virtud?  
—No tal.—¿Eres mi ilusion?  
—Adios: soy tu juventud.

Y si se quiere ejemplo de la dificultad vencida por el ingenio, léase el soneto con los consonantes de Arguijo, dedicado á *Matilde argentina*:

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicacion.

Tú en la vasta region que desde el *polo*  
Antártico á los Andes se *dilata*,  
Fuerte ornamento del nativo *Plata*,  
Esbelta cual los cisnes del *Pactolo*.

Bella Matilde, cuyo aserto *solo*,  
Las voluntades esclaviza y *ata*,  
¿Por qué escuchas las súplicas *ingrata*  
que elevan en tu prez hijos de *Apolo*?  
¿Por qué volver al Sena *impetuoso*,  
que invade ya con tórrida *corriente*  
de dos mundos los pueblos *mal seguros*?

Torna, torna á Madrid; que si *famoso*  
No alza ya el Manzanares la ancha *frente*,  
Mayor fé guarda en sus humildes *muros*.

Por último, antes nos faltaria espacio que ocasion de celebrar el libro publicado por el señor marqués de Molins, á no irnos á la mano al encomiar lo que la fama desde largos años ha reputado como excelente.

Nuestro propósito sólo es anunciar á los amantes de la literatura patria el tesoro con que se ha enriquecido.

El primer tomo consta de 568 páginas en 8.º, de impresion de lujo, clara y correcta, en buen papel, con el retrato del autor, grabado en acero.

## X.

\*  
\* \*

**Adolfo Rivadeneyra.**—*Viaje al interior de Persia.*—Tres tomos.—Imprenta de Aribau y C.ª—Madrid.—Precio de los tres tomos en España: tres duros.

La obra que nos ocupa ofrece seguramente el atractivo de ser útil por su fin y amena por su forma, y la materia de que trata generalmente poco conocida.

Este género de trabajos ofrece serias dificultades en la práctica, cosa que sin duda alguna ha tenido en cuenta el autor, cuando dice:

“Sé que es muy atrevido escribirlos de esta clase, hoy en que á todas horas pasa por la Puerta del Sol quien haya dado la vuelta al mundo; sé que son muchas las obras que pueden reunirse tocante á cualquier país, pero tambien sé que de dos siglos á esta parte nada se ha escrito en España acerca del país de los persas, y que por lo tanto puede servir de ex-

cura á mi osadía la conveniencia de poseer en nuestro idioma noticias que solo en extraños era permitido encontrar. Tampoco ignoro lo difícil que es escribir bien sobre materia alguna, y señaladamente sobre viajes; pero ajeno yo á todo linaje de pretensiones literarias, he creido que puedo ganarme, no el aplauso, pero sí la benevolencia de los más, pensando con ingenuidad y escribiendo con sencillez.

“Lleno, sin embargo, de temor fui dilatando el término de la presente publicacion, que retrasaron asimismo causas de muy distinta índole, tales como la profunda pena ocasionada por la muerte de mi madre, larguísima enfermedad, despues un año de permanencia en Mogador, el país más triste, si bien el más sano del universo, y la falta de entusiasmo para dar publicidad á un libro que seguramente no leerán cien personas en España y sus colonias.

“En punto á la verdad de los datos, he escrito con el mismo entusiasmo que hubiese puesto sabiendo que todo el mundo ha de ir á juzgar de la exactitud de mi relato: narro hechos, no impresiones. Dos personas se impresionan ante un mismo objeto ó suceso de distinta manera; por consiguiente, el modo de acertar es no impresionarse y apuntar aquello que por ser tangible no admite duda, es decir, que me ha guiado la observacion, nunca la imaginacion.”

Aun á trueque de extendernos más de lo que pensábamos, nos parece oportuno reproducir algunos otros párrafos del libro que nos ocupa, pa-

ra satisfacer la natural curiosidad de nuestros lectores. Veamos:

"Pocos países ofrecen ya tan escaso pasto á la curiosidad como el Irán. Exceptuando las provincias del Caspio y del Golfo Pérsico, que participan de los caracteres de la zona intertropical, eriales son el 70 por por 100 de los terrenos que constituyen el resto del país, de clima singularmente privilegiado, en forma de pirámide truncada, con superficie triple de la de España, en tanto que la población asciende á una cuarta parte de la nuestra, es decir, á cuatro millones de habitantes, pobres casi todos y por ende baratísimos los escasos productos alimenticios. Mas la baratura cesa en siendo mala la cosecha; entónces deben importar indispensable sustento de otras provincias, los trasportes lo encarecen y surge el hambre, y tras ella inevitables calamidades.

"La riqueza minera es insignificante; un poco de hierro en el Sur; un poco de cobre en el Norte; el terreno arcilloso y compacto requiere mucha agua, y se carece de ella; en cambio el yeso y la sal que lo acompaña en las formaciones geológicas, abundan sobre manera. Las vías fluviales que pudiesen atraer la vida, se reducen á una parte del Carun y á otra del Etimander; respecto á caminos, sólo existen los naturales que de tiempo inmemorial recorren pacientes recuas, pero muy contados viajeros. Grandes monumentos, reliquias de lo pasado, hay únicamente los que dejo descritos, porque los iraníes vivieron siempre al día arma al brazo; queda sin embargo mucho que describir: en Arabistan, en Guermesir, en Murgab, en el mismo Penépolis, excavaciones bien dirigidas pondrán algun día de manifiesto valiosos testimonios de otras edades.

"Respecto á los habitantes, todavía miran como enemigo á quien no participa de sus creencias religiosas; desconocen el espíritu de asociación, móvil de grandes empresas, efecto de no hallar el amparo que todo Gobierno debe á sus administrados, y desconocen también la ley porque no han sabido conquistarla; así saben me-

yor á qué atenerse que no donde la hay y no se cumple. El Shah y sus parientes explotan el país, y para ello (algo es) viven en buena armonía: ahí está todo el rodaje gubernamental.

"Es siempre aventurado sentar opiniones absolutas, y más tratándose de juzgar á un pueblo; ni siquiera puede guiar la circunstancia de caracterizarse él con palabras cuyo equivalente falta en otros idiomas. Nosotros, por ejemplo, nos proclamamos hidalgos de carácter, y difícilmente podríamos fijar los hechos en que semejante opinión se funda, á punto de extenderla á nuestro país entero. Lo que es indudable es que el persa no tiene el empuje del árabe, que impulsó el mahometismo á media humanidad; pero nadie ha logrado borrar su primitivo idioma y asombró al mundo cuando guió sus destinos un Cyro, un Nushirvan, un Abbas ó un Nadir; prueba de que la grandeza de las naciones mientras no las una un lazo político común, pende de un solo hombre. El persa es artista, el árabe es comerciante; Zoroastro está muy por cima de Mahoma

.....  
.....

"Así y todo, prefiero la Persia á cualquier otro país del mundo; porque además de los recuerdos históricos que lo avalúan, como avalúan todas las cosas, en él á cada paso sorprendemos todavía al hombre en los primeros períodos de su desarrollo, y de esta circunstancia tomaré pie para sentar algunas consideraciones.

"Demostraré primero que la sociedad irania no se diferencia de lo que fué al principio de su existencia, y considerada en aquel estado, buscaré cuál podrá ser su estado futuro.

"El Irán ocupa una posición excepcional; hállese colocado al origen de nuestra civilización, puesto que de allá á Occidente hay trabazón en los idiomas, en las costumbres, en el arte; de cualquier punto de Europa, remontamos al Asia Central, pero de ahí á la China hay un abismo. Baluarte del mundo antiguo contra bárbaros invasores, vivió, no la vida ordinaria de los pueblos, en que á fuerza de conquistas lentas se van borrando ri-

validades de raza y amalgamándose unas con otras, sino la borrascosa de las invasiones y usurpaciones que á todas horas cortaron su desarrollo; hoy agneminada, mañana arsa; hoy sasanida, mañana samaniana; hoy sefevida, mañana cadohar, sin transición, de repente, por sacudidas. Cyro, Arshe, Nushirvan, Shah, Ismail, Aga, Muhammad, todos señalan una era de juventud; pero antes que los beneficios acumulados de la paz pudieran dar sazonados frutos, corta la parca el retoño, ya en forma de lanza invasora, ya en forma de usurpadora espada; es un árbol que arrancan al desarrollarse para plantarlo allí mismo donde brotó. Crecen y degeneran las dinastías y el país con ellas; pero lo deplorable es que á seguida viene una invasión que sacude hasta el idioma; gracias que los pocos que se salvaban del naufragio conservasen de la pasada era de paz siquiera astillas, como "el mandil de Gaveh" de la despedazada nave de la tradición. Y aquellas manifestaciones debían forzosamente permanecer idénticas á las pasadas, atendido á que no podía refrescarlas un criterio ajeno, como refrescó á los pueblos aletargados de la Edad Media el Renacimiento, como en tiempos antiguos el criterio helénico refrescó las orillas del Mediterráneo. Ni una idea, ni un principio nuevo concurrían á modificar ni el organismo social ni el ideal de los hombres; hasta la misma religión de Mahoma se acerca en sus formas á la religión de Zoroastro.

"Es decir, que unas veces á causa de la posición geográfica, otras á causa de las circunstancias en que las consecuencias de esa misma fatal posición expusieron al país, el país tuvo muchas juventudes; pero de ninguna pasó á la edad madura, y por tanto el coloso que surgió en tiempo de Cyro cayó veinte veces y veinte veces volvió á levantarse; ayer todavía casi era tan grande como en un principio. Donde no hay adelanto intelectual, las causas de las revoluciones se repiten idénticamente."

El Sr. Rivadeneyra continúa aduciendo argumentos de igual ó parecida índole para demostrarnos que el

Irán de hoy es el Irán de hace tres mil años. La forma de gobierno, la constitución de la familia, las costumbres, el nivel de la ilustración general, son otras tantas razones que sirven de confirmación á la expresada tesis. Este *statu quo* se refleja de igual modo en las artes, en los oficios, en la literatura.

Después de extenderse en largas consideraciones sobre estas materias, el autor pasa á ocuparse del destino futuro del Irán, material y moralmente considerado.

El Sr. Rivadeneyra puede estar satisfecho de su trabajo, de cuya utilidad é importancia no es lícito dudar á ninguno que haya hojeado, siquiera sea muy ligeramente, su *Viaje al interior de Persia*.

\* \* \*

**Fernand Maurice.**—*La Politique extérieure de la République française.*—Un tomo.—Paris.—Precio, 3,50 francos.

Nadie ignora la grande importancia que es forzoso atribuir á la política internacional francesa, dada la situación especialísima en que se halla el actual Gobierno y la no menos grave en que se hallaron los que le precedieron.

Francia, por su ventajosa extensión topográfica, ha tenido siempre que reflexionar maduramente sus actos de política exterior. Al propio tiempo que su industria y sus intereses comerciales viven, se desarrollan y prosperan más fácilmente por la facilidad de las comunicaciones con el resto de Europa y la excelente situación de sus fronteras, sus ministros han tenido y tienen que evitar cierto linaje de contratiempos que podrían comprometer á su país más que á otro alguno. Hoy, sin embargo, parece que no se tiene todo esto tan presente como se debía. El actual presidente del Consejo de ministros, Mr. Gambetta, ha sido mirado hasta aquí por la prensa conservadora, incluyendo la republicana, como espíritu inquieto y levantisco, con vastos y trascendentales proyectos internacionales más ó menos practicables, pero peligrosos en su mayoría para la conservación

del equilibrio europeo, tal como hoy se entiende y se considera por los más sabios diplomáticos y hombres políticos.

Considerando el autor del libro que nos ocupa que en las deliberaciones de la Cámara, en los debates de la prensa, en la opinion comun del país, ha de tener una importancia creciente la política exterior de la Francia, ha resuelto publicar una obra en la que con toda extension y copia de datos se tratan las cuestiones internacionales de más vital interés. Mr. Fernand Maurice juzga que de aquí en adelante, la opinion no se contentará con largos y enfadosos debates sobre cuestiones de una importancia más ó ménos grande, como ha sucedido hasta ahora, sino que será indispensable, necesario, forzoso, precisar el carácter de la accion que la Francia democrática podrá ó deberá ejercer en el resto de Europa, fijar los principios que habrán de regirla; crear, puede decirse, una política nueva en relacion con el espíritu del régimen republicano. En este sentido, el autor ha adoptado el mejor criterio, pues en toda su obra es fácil observar que se cuida ménos de dar á conocer sus opiniones, que en presentar á grandes rasgos la situacion especial en que Francia se encuentra, para marcar una pauta á su país, en el delicadísimo terreno de la política exterior.

\* \* \*

Georges D'Heylli. — *Verdaderas Memorias de Maria Mancini, reimpresas con noticias y notas.* — Un tomo de 210 páginas con retrato. — Paris. — Precio, 7 fr.

Gracias á un libro de Mr. Chantelauze se sabe cuál fué la accidentada existencia de María Mancini, sobrina del cardenal Mazarino; y si hemos de creer á Mr. Chantelauze y á Mr. Heylli, ella misma ha escrito las Memorias que acaban de ser publicadas, y las que se ha dado el nombre de *verdaderas* para diferenciarlas de otra obra que vió la luz en Colonia en

1876, que se atribuye tambien á María Mancini, pero que es evidentemente un libro apócrifo, por más que parezca fundarse en datos de cuya legitimidad no es lícito que dudemos.

En las *Verdaderas Memorias*, María Mancini aparece mucho mejor de lo que podíamos imaginárnosla, si hubiéramos de dar crédito á las escandalosas aventuras de que hablan sus contemporáneos. Es cosa que se da por sabida, que Luis XIV, prendado de la sobrina de su ministro, pensó hasta en elevarla al trono, haciendo de ella su esposa. María Mancini habla de este amor, pero sin dar á entender en lo más mínimo si correspondia ó no á los deseos del altivo Monarca.

Mazarino, comprendiendo sin duda lo grave de la situacion, ó dejándose llevar de un sentimiento generoso, puso fin á estas escenas, casando á su sobrina con el condestable Colonna. En las *Verdaderas Memorias* se encuentra la frase que se atribuye á María Mancini, dirigiéndose á Luis XIV: "*Vous m'aimez, je pleure, vous êtes roi et je pars.*"

María Mancini en un tiempo pareció amar á Colonna, pero despues de haber tenido muchos hijos, su salud se resintió, y obsérvase una glacial indiferencia entre los dos esposos. Colonna, por su parte, dejó tambien de prodigar á su esposa los cuidados que en otro tiempo la otorgara, y ella se decidió por último á abandonarle. Su fuga obedeció, segun malas lenguas, á motivos de que María tuvo buen cuidado de no decir.

Se sabe que residió indistintamente en Francia, en Italia y en España, llevando una vida triste y miserable, y por fin murió oscurecida, á pesar de haber sido en sus primeros años una de las mujeres que más llamaron la atencion del Rey y de la córte.

Las *Verdaderas Memorias*, cuya reimpresion se debe á Mr. de Heylli, forman indudablemente un trabajo interesante y á la vez muy propio para excitar la curiosidad del público.

H.



## CRÓNICA POLÍTICA.

### INTERIOR.



RIPTAS y chapiteles, rayos y espumas, cadáveres que se avergüenzan y hogueras que no abrasan, el Génesis y el Korán, Torquemada y Calvino, el sol y las estrellas... Habla Castelar, el escultor de la frase, el trovador de la democracia, que ha hecho de la historia una novela, de la religion un idilio, del derecho una abstraccion, de su palabra el más grande pedestal de su fama.

Ora eleva las manos trémulas á las nubes, en que apoya el pie la Virgen madre entre sonrosados ángeles que pulsan cítaras y arpas; ora amontona Papas degolla dos y Reyes proscritos y Babilonias que reflejan al resplandor de sus noches orgiásticas en las ondas de los rios, y Zaragozas que estallan en explosion volcánica, tremenda apoteosis del heroismo pátrio; ya evoca Césares que pueblan de espectros las estepas heladas del círculo polar, ya maldice á demagogos que incendian el templo de Efeso y el Louvre. Canta las Alhambras doradas á fuego, llora sobre las ruinas del coliseo, saluda á las flores que se abren y á los astros que brillan, admira al Cid, se extasía ante Murillo, se postra ante Homero.

Así ha logrado renombre universal. No le pidamos más.

Eso le basta: sus timbres de orador, su personalidad de artista, que compensan, ya que no disculpen, sus veleidades de político, la perenne contradicción de sus doctrinas.

Él impulsó, como ninguno en España, el movimiento revolucionario, sancionado por el triunfo en 1868 primero, y en 1873 más tarde; él pintó con vivísimos colores la injusticia de la pena de muerte, las amarguras de la madre que ve separarse de su lado al hijo de sus entrañas, destinado quizá á morir oscuro, sin gloria y sin recompensa, en el campo de batalla; él condenó todos los impuestos y negó todos los deberes; él predicó la federación como única forma legítima de Gobierno.....

Y él ha alzado el patíbulo en la plaza pública, y ha exigido por la fuerza el pago de los tributos, y ha pedido mucha infantería, mucha caballería, mucha Guardia civil y muchos carabineros, y ha dicho que la federal es una utopía, que la nación española no está formada por pactos, ni por escrituras, ni por convenios; que nos une á ella lo mismo que nos une á nuestros padres, el nacimiento de nuestra vida, la sangre de nuestras venas, la esencia de nuestra complexión, la palabra de nuestra lengua en el hogar aprendida, el apellido y el nombre con que nos distinguimos en la sociedad y nos presentaremos ante la historia, los átomos calcáreos de que están compuestos nuestros huesos, las raíces de nuestra existencia hundidas en el polvo donde duermen las generaciones que fueron, el sepulcro mismo en que ha de reposar nuestro cadáver; la naturaleza, que nos une con el clima; la historia, que nos une con los tiempos pasados; la voluntad de Dios, que nos ha concedido el nacer en esta patria, por cuya integridad, por cuya totalidad, por cuya unidad, amor exaltado, pasión frenética, idolatría eterna de los corazones españoles, morirán cien mil veces todos sus hijos, como dignos héroes de la epopeya inmortal que se ha repetido por más de diez siglos, y para la que siempre hay héroes en nuestra familia nacional, y aras y holocaustos en nuestro sacratísimo suelo, destinado á representar en la tierra el sacrificio y el martirio.

¿Quién no se siente arrebatado y como seducido al oírle?... Pero, ¿quién no le abandona al estudiarle? Cuando la sorpresa

cede el puesto á la reflexion, y la sonoridad sintáxica se extingue en el vacío, ¿qué quedan de esas maravillosas concepciones que recrean al *dilettante* y que nada dicen al filósofo ni al político? Fuegos fátuos, deslumbran un momento sin dejar rastro de luz ni de calor.

En su último discurso acerca de la contestacion al Mensaje, todo su empeño se redujo á demostrar que ha dedicado su existencia al objeto casi exclusivo de resolver dos trascendentales problemas: el problema de llevar la democracia á la vida pública y el problema de llevar la democracia al gobierno.

«Cuando fuí poder, exclamó, como tuviera una marcha precipitadísima, la paré con fuerza; y al entrar de nuevo en la oposicion, le dije: ya que conspiraste desatentada en tiempo del Sr. Figueras, no conspirarás en tiempo del Sr. Cánovas; y ya que no quisiste obedecer al Sr. Pí y Margall, obedecerás, y de grado, al Sr. Sagasta, en justo castigo á tu indisciplina, y como necesaria y saludable preparacion á tus progresos. Yo pugnaré de nuevo, aunque debia estar desengañado, por que todos los odiosos privilegios del nacimiento caigan á tus pies, y porque todos los timbres más ilustres del género humano luzcan sobre tus sienes; pero yo te diré que el órden es como el aire, y la libertad como el alimento, y que se puede vivir sin alimento muchas horas, y aún dias, pero que sin aire no se puede vivir ni cinco minutos. Y te advertiré que no puedes ser opresora porque hayas estado oprimida; que no puedes ser explotadora porque hayas sido explotada; que no puedes tener siervos porque hayas tenido amos; que no puedes consentir verdugos porque hayas aguantado tiranos; que no puedes atentar á la propiedad y al ahorro y á la renta, sin atentar á tus propios bienes; que no puedes encender la guerra civil, sin ser tú y tus hijos las primeras víctimas de la violencia; que todo cuanto se resuelva por la fuerza bruta, se resolverá en tu daño; y que tu advenimiento señala en la historia el fin de todas las brutidades del despotismo, y la aurora de todos los esplendores del espíritu.»

El insigne tribuno quiere *aún* la democracia, pero la quiere anti-revolucionaria. ¡Lástima grande que acabe por donde pudo empezar!

\*  
\* \*

No es, por el contrario, la elocuencia del Sr. Cánovas del Castillo mercenaria esclava de artísticos períodos, mañosamente combinados en las soledades del bufete. No son las vistosas gallardías de la frase el único atractivo de los discursos con que ilustra su historia el eminente estadista: cuando la voz autorizada del jefe del partido conservador resuena en los ámbitos de la representación nacional, las más complicadas tesis de la ciencia del Estado aparecen claras, diáfanas, transparentes, gracias á la magia de su privilegiada inteligencia, para la cual la política no tiene secretos, firme en sus principios, inalterables fundamentos de su doctrina, que son como grandes pilares que sustentan sólido y magnífico edificio. Dominando siempre la situación, dueño de la palabra en absoluto, cuando habla monopoliza la atención de su auditorio.

Sobrio, pero elegante, sin abusar de la imagen, pero utilizándola oportunamente, correcto y castizo, vigoroso en el fondo y en la forma, desdeña esos recursos de un convencional sentimentalismo, que pueden arrastrar la voluntad, pero que jamás satisfacen al entendimiento. No es plañidero; no se adapta á sus facultades, altamente viriles, ese estilo, que fia todo el éxito de una idea al pañuelo que enjuga femeniles lágrimas.

Y no es que desconozca el camino para promover el interés de sus oyentes. Nadie como él sabe preparar el efecto de un período. No hay, en su auditorio, quien no prevea en momentos dados, no lo que va á decir, sino que va á decir algo que es preciso escuchar atentamente. Así, sin la vana hojarasca de inconexas citas y pintorescos tropos, logra persuadir, como ninguno, adelantándose á la objeción y destruyéndola para abrir á sus soluciones horizonte limpio y despejado.

Parece que dispone con anticipación digna acogida á sus pensamientos capitales, como si hiciera de su actitud, de su gesto, de su entonación, de algunas palabras preliminares los heraldos de una grave afirmación ó de un juicio importante.

Como orador y como dialéctico, consiguió un nuevo triunfo en la discusión sobre el Mensaje.

El discurso del Sr. Cánovas tuvo dos partes, una dedicada á la política exterior y otra á la política interior.

Saida, Marruecos, Roma, fueron escrupulosamente estudiados por el habilísimo orador de la izquierda. La cuestion de fueros, la de enseñanza, la constitucional, la de benevolencia, la política del momento, todo lo que influye en la vida de este país desde Febrero hasta la fecha, obtuvo detenida atencion de nuestro primer hombre de Estado. El señor Cánovas del Castillo, sobreponiéndose á los intereses de partido y á los rencores que engendra la pasion política, hizo un análisis tan completo como concienzudo de todos los elementos que concurren á determinar la situacion de España en la actualidad y á preparar sus destinos en lo futuro.

«No vengo á buscar el poder, empezó diciendo; las circunstancias no son, ni lo serán en mucho tiempo, á propósito para que el partido liberal-conservador se encargue nuevamente de dirigir los destinos de la patria.» Las causas á que obedeció su alejamiento del gobierno no son, sin embargo, tales que así lo hagan creer fundadamente. Sobre ellas discurió el último presidente del Consejo de ministros con tanta dignidad como patriotismo. «Los hombres que compusieron aquel Gobierno, dijo, faltando á la costumbre de dar amplia cuenta al país de los motivos por que dejaron el poder, han preferido callar á decir que tuvieron por conveniente poner á disposicion del Rey sus carteras á fin de que Su Majestad pudiera constituir el Poder ejecutivo como mejor lo estimase, si es que no creia oportuno que continuasen en él. Despues que se hicieron cargo de que S. M. el Rey estaba dispuesto á aceptar aquel espontáneo ofrecimiento, todavía, para que fuera notoriamente constitucional la crisis de que se trataba, para que no ofreciera la menor irregularidad, presentaron en el preámbulo de un decreto la ocasion legítima de justificar aquella crisis, aunque siempre lo es tratándose de la prerogativa libérrima del Rey, desde el punto y hora en que el Monarca comenzaba á creer que era conveniente para sus intereses, que son los intereses de la nacion, el cambio de Ministerio.»

«Y los hombres que han tenido esta conducta, exclamaba luégo; los hombres que cien veces, siempre que han creido en el curso de los sucesos que podia haber algun motivo para que S. M. el Rey, cuando ménos, dudara, pensara, discutiera sobre la conveniencia de ejercer su prerogativa, se

han apresurado á presentar ocasiones para ello; los hombres que espontáneamente le presentaron é indicaron esta ocasion antes del discurso de la Corona, aplazando, para cuando las Córtes estuvieran reunidas, para cuando pudieran aprobar sus actos, esta declaracion; los hombres que despues han facilitado espontáneamente y por medio de un acto como aquél el ejercicio de la régia prerogativa; esos hombres han sido acusados de haber secuestrado la régia prerogativa.»

La acusacion es, en efecto, tan peregrina, tratándose de los conservadores, incondicionales amigos del Trono y de la dinastía, como la que frecuentemente se dirige á sus órganos en la prensa, interpretando artículos y hasta frases en sentido irrespetuoso, cuando no amenazador, para el más alto poder del Estado. No; los conservadores tienen harto acreditada su adhesion á las instituciones vigentes y á la augusta persona que ocupa el sólio, en cuya defensa arrostraron animosos contrariedades y peligros, emanados de los mismos que hoy pretenden hacer ostentacion del más ferviente monarquismo y dinastismo...

¿Será que no se pueda discutir principios? ¿Será que mientras fusionistas y demócratas, en nefando contubernio, aventuran las más graves hipótesis con relacion á la monarquía, su significacion esencial y genuinos procedimientos, el bando conservador habrá de resignarse á tolerar en silencio absurdos y vanalidades, sin apelar al derecho constitucional y á la misma historia que ignominiosamente se explota, para recordar errores, señalar riesgos y prevenir catástrofes? ¿Acaso es nueva esa estupenda transaccion de tolerancias monárquicas y aspiraciones republicanas? Y ¿qué ha sucedido cuando de tal suerte se ha atentado á la naturaleza, á la índole particular del sistema, al conjunto de caractéres y circunstancias privativas que lo determinan, lo afirman y consolidan?...

Pero recurrir á la experiencia no ha sido nunca armarse de la amenaza. Ni cabe en lo razonable que así desconocieran los conservadores su representacion política y hasta sus intereses de partido. Si no son amor, veneracion, acatamiento al Soberano, ¿qué son ni qué pretenden ser? Para marchar por otros derroteros, renuncien antes á su abolengo

y borren la empresa de su escudo. Realmente, en aquel concepto, los conservadores tienen más que enseñar que aprender.

Al juzgar de la política internacional, el Sr. Cánovas enunció una dolorosa verdad: que en ningun tiempo de nuestra historia, desde la formación de las monarquías europeas, ha sido más débil España en relación con las demás naciones, que lo es en el actual período.

«Cread, decía á los diputados, una unidad política, que es la primera condicion que necesita toda nacion para la defensa y para la ofensa, que es la primera fuerza en este y en todos los tiempos de la historia; uníos todos alrededor de un sentimiento patriótico y de una idea elevada, y dadle así lo que le falta á la patria: dadle un alma á la patria en un gran pensamiento exterior. Y luégo, sobre esto, apresuraos á preferir á economías y á mejoras más ó ménos ciertas de otra clase, los medios necesarios para restaurar nuestro poder militar: dad al ministro de la Guerra los créditos extraordinarios absolutamente indispensables para poner nuestra nacion en este punto esencial, el más esencial de todos, al nivel de las más poderosas.»

«Entretanto, añadía, no olvidéis que hasta las naciones más fuertes se arrepienten de haber suscitado ciertas cuestiones, y que éstas no pueden ser suscitadas por una nacion á quien las discordias de tantos años le han quitado los medios de hacer prevalecer sus intereses en las grandes luchas del mundo.»

Por eso quiere el ilustre estadista el *statu quo* del imperio de Marruecos; por eso estima que el Gobierno español debió decir únicamente que España, por las circunstancias en que se encontraba, no estaba en el caso de tomar parte en la resolución de las cuestiones de Roma; que España nada tenía que hacer bajo el punto de vista internacional; que respetaba todo lo que la Italia quisiera que se respetara. Ya que, en efecto, debíamos respetarlo como Francia respeta el resultado de su guerra con Alemania, y como nosotros tristemente respetamos la presencia de Inglaterra en Gibraltar.

En punto á la cuestion de Saida, lamenta que se haya resuelto contrayendo nuestro Gobierno obligaciones especiales con el Gobierno francés.

«¿Vais á dar, preguntó, una compensacion á los extranjeros por los perjuicios sufridos durante la guerra civil? Pues debeis indemnizar del mismo modo á todos los españoles que en igual caso se encuentren. ¿No lo hareis así? Pues entónces la cuestion de Saida queda reducida á que recobren los bienes perdidos ó adquieran una indemnizacion, á que no tienen derecho, ciertos españoles que por su interés propio y no por el de la patria se han trasladado á una colonia extranjera á crear en aquel país productos similares á los de España, que matan ó que comprometen la industria ó la produccion nacional; mientras que los millones de españoles, vuestros representados; aquellos que teniendo fé en la patria han buscado en la fertilizacion de su suelo los medios de subsistencia; aquellos que no temiendo las calamidades de las turbulencias, de las guerras, se han decidido á dar sus hijos, sus casas, sus campos y sus tierras; aquellos que no han escaseado sacrificios de ninguna especie, esos se quedarán sin indemnizacion, y áun más, se les exigirá una contribucion para pagar los daños que esos fugitivos de la patria han recibido en un país extranjero á donde fueron por su cuenta y riesgo, y no siempre por el bien de la patria.

»Decidles á vuestros representados que vais á pedir fondos y crédito para ofrecer una prima á la produccion extranjera contra vuestra misma produccion; decidles que se les va á pedir dinero para pagar á los tráfugas, á los desertores de la patria, mientras ellos han sido muchas veces robados, quemados, destruidos por la guerra asoladora, ó más bien por las guerras que bajo formas diversas han agitado últimamente nuestro suelo; decidles todo esto, y áun cuando muchos de ellos sean ministeriales, de seguro que habrian de contestaros que todo buen sentido ha desaparecido de entre nosotros.»

En dos razones habia fundado el Sr. Moret la oportunidad de su reciente evolucion democrático-monárquica: en la conducta de los Gobiernos conservadores para con el partido liberal de las Provincias Vascongadas y con relacion á los catedráticos de la enseñanza oficial. La política conservadora bajo tales aspectos habia obligado al Sr. Moret á esperar tiempos mejores.

«¿Por qué, preguntaba el Sr. Cánovas? ¿Quiere el Sr. Moret que volvamos á crear el canton ó los cantones de las Provincias Vascongadas, sí ó nó? Y si no, ¿qué hemos hecho

nosotros, más que cumplir en los términos más suaves posibles las exigencias de la voluntad del país?

»Pues qué, ¿no están aquí, y leería si fuera necesario, las declaraciones de los hombres que ahora tengo enfrente, pidiéndome, exigiéndome que instantáneamente, sin tregua, suprimiera los fueros de las Provincias Vascongadas; haciéndome cargos gravísimos porque lo dilataba; combatiéndome duramente porque les daba treguas, porque las oía, porque discutía con ellas, porque licenciaba una parte del ejército antes de haberles impuesto la total supresión del régimen foral?

»¿Es por ventura fuerista el Sr. Moret? ¿Quiere el señor Moret que volvamos á romper la unidad nacional á tanta costa alcanzada, que volvamos á eximir á los hijos de los liberales vascongados ó de los carlistas del servicio militar, y que vosotros, habitantes de Castilla, de Aragon, de Galicia y de Astúrias, seais los únicos que deis vuestros hijos, no solamente para constituir el ejército permanente, que es el único verdaderamente capaz de defender en momentos dados la integridad de la patria, no sólo para eso, sino para evitar que la minoría de los liberales de las Provincias Vascongadas sea de tiempo en tiempo y de corto en corto período sacrificada por la mayoría carlista que allí verdaderamente predomina?»

Acerca de la enseñanza, el orador hizo notar que el primer Gobierno de la Restauracion tuvo absoluta necesidad, dadas las circunstancias por que á la sazón atravesaba el país, de recomendar á los catedráticos que no dieran motivo ó pretexto para que el espíritu público, preocupado ante la idea de que en las aulas se atacaba á la religion, hiciese más viva, más aterradora, más terrible la llama del carlismo, que por entónces desolaba nuestras provincias del Norte. Los catedráticos contestaron que se negaban á obedecer al Gobierno, precisamente á un Gobierno que tenia facultades extraordinarias, que gobernaba por la dictadura en nombre de S. M., en nombre de la monarquía, primera de nuestras instituciones y fundamento de nuestro régimen político. Entónces el Gobierno se defendió. Hé ahí la cuestion concreta de aquellos momentos.

En cuanto á la cuestion fundamental ú orgánica de la enseñanza, el Sr. Cánovas argüía en los siguientes términos:

«¿Es cierto que al catedrático debe respetársele absolutamente en su conciencia? ¿Es cierto que el catedrático, no solamente debe ser dueño de su ciencia en el interior de la cátedra y en la propagación de sus ideas, sino que tiene que ser respetado en su vida privada? ¿Es esta una proposición absoluta? Y por ser absoluta, ¿censurais al Gobierno anterior, que quiso contener dentro de los límites de la Constitución del Estado á los profesores y á los catedráticos?

»Entonces, señores de la democracia que está completamente con el Gobierno, y de la democracia que lo está á medias, si esto haceis, ¿cómo tolerásteis que se hiciera prestar un juramento contra su conciencia á todos los catedráticos al promulgarse la Constitución de 1869? ¿Cómo autorizásteis que se diera una orden por el ministro de Fomento en tiempo de la regencia del general Serrano, que iba contra todos aquellos á quienes su lealtad á D. Alfonso XII les impedía jurar la Constitución? ¿O es que aquí hay dos conciencias? ¿Es que el derecho es derecho para vosotros y no lo es para nosotros? ¿Es que quereis que los demás respeten y acaten lo que considerais un derecho en vosotros, y nos privais á nosotros del derecho de hacer lo que está dentro de nuestras convicciones? Hay todavía catedráticos expulsos por no haber querido jurar la Constitución á causa de su adhesión á D. Alfonso XII, y algunos de ellos, de los más notables, que han sido puestos en esas circunstancias por los hombres de absoluto liberalismo, por los demócratas que de cuando en cuando nos dirigen su palabra en son de censura, y luégo esos mismos hombres se hacen partidarios de D. Alfonso XII, y los catedráticos continúan expulsos. ¡Y todavía somos nosotros los enemigos de la enseñanza y los violadores de la virginidad de la ciencia, y sois vosotros sus defensores impecables!

»¿Es que vosotros, porque yo he de llegar al fondo de la cuestión misma; es que vosotros cuando érais poder, es que cuando informaba vuestro espíritu el Estado, es que cuando estabais en los bancos del Gobierno profesabais las opiniones que ahora aceptais? ¿Pues no ha dicho el Sr. Echegaray que la enseñanza oficial universitaria nada tiene que ver con la enseñanza libre; que un profesor de la enseñanza libre debe serlo en la investigación de la ciencia, pero que el catedrático oficial es un funcionario público y tiene que vivir dentro del Estado moralmente, de la misma manera que vive materialmente? Si ésta era una opinión particular del Sr. Echegaray, ¿cómo no protestasteis de ella? Si ésta era una herejía entre vosotros, ¿por qué la dejasteis pasar? ¡Ah!

Es que no teneis que excomulgar únicamente al Sr. Eche-  
garay; es que teneis que excomulgaros á vosotros mismos  
por vuestro pasado en la materia; es que teneis que exco-  
mulgar tambien al verdadero sentido europeo en la cuestion  
de que se trata.

» Despues de todo, esas mismas persecuciones contra la en-  
señanza católica, contra los profesores católicos, que se ve-  
rifican en muchas naciones de Europa de las más libres; esa  
hostilidad hácia la enseñanza católica, que hace que la ex-  
pulsion de los jesuitas sea nada ménos que artículo constitu-  
cional en la libre Suiza, y que ha dado lugar á la supresion  
de las congregaciones en Francia; esa hostilidad á la ense-  
ñanza católica, que á tan graves y tan profundas cuestiones  
afecta, como todas las cuestiones que á ella se refieren, ¿de  
qué concepto de la enseñanza se derivan en esos países  
libres, lo mismo en la Francia y en la Suiza republicanas  
que en la Bélgica monárquica? Se derivan del concepto de  
que la enseñanza del Estado debe estar ajustada, debe estar  
dentro de los límites de los principios generales del Estado.

» Como aquellos países tienen un concepto neutral del Es-  
tado; como aquellos países no están informados como lo está  
el nuestro por una Iglesia del Estado, que es la religion ca-  
tólica; como aquellos países entienden de otra manera que  
nosotros lo que es el espíritu y la sustancia del Estado, por  
eso aplican ese concepto en la forma que lo aplican; pero el  
principio es el mismo.

» Aquí no hay más que dos términos: ó la enseñanza es fun-  
cion social que debe realizarse fuera del Estado y sin inter-  
vencion del Estado, y entónces todas esas naciones cometen  
un atentado contra la libertad en este concepto, y contraen  
responsabilidad para con la libertad al no permitir que el  
catedrático, jesuita ó no jesuita, católico ó no católico, indi-  
viduo ó no individuo de una congregacion, enseñe lo que  
quiera; ó es lo contrario, y entónces la causa que habeis de-  
fendido no es sostenible. No; no existe en la ciencia ni puede  
existir el concepto de que el Estado no tiene derecho en la  
enseñanza oficial, que él rige y organiza y dirige, á fijar  
límites á las explicaciones del profesor.

» Para armonizar esos hechos distintos se hacen dos cosas:  
una, la que nadie con más lealtad que yo, me atrevo á de-  
cirlo, ha realizado en España, y es, conceder la total y abso-  
luta libertad á la enseñanza libre, pública y social. Señores  
que aquí estais, si por acaso perteneceis á la institucion libre  
de ensenanza, decidme: vuestros oidos ¿os han hecho conocer  
alguna vez por el menor rumor que la autoridad se acercase

á vuestras cátedras? (*El Sr. Moret*: No.) ¿No habeis podido enseñar cuanto habeis querido? Yo he sido, no diré de los pocos, pero sí de los no muchos que han leído constantemente vuestras publicaciones, que han puesto el oído atento á vuestra ciencia. ¿Y por qué no? Lo mismo que yo hacen todos los conservadores que están dispuestos á permanecer dentro de las corrientes liberales de los tiempos.

»Pero ¿se quiere una enseñanza totalmente libre? Pues que se suprima la enseñanza universitaria, que se suprima el presupuesto de las Universidades y de la enseñanza oficial; que se declare que todo el mundo puede enseñar lo que quiera, y entónces la inmensa mayoría del pueblo español, que es católica y que paga el presupuesto universitario, dedicará los fondos á sostener escuelas y Universidades católicas, y entónces será libre y todo el mundo dará la enseñanza que guste. Lo que no puede ser, lo que es contrario á la ciencia y á todo derecho, es que con el presupuesto que paga la inmensa mayoría de los católicos se sostenga una enseñanza anti-católica. Esto es contra todo derecho, contra toda conciencia, y casi me atreveré á decirlo, contra toda moralidad política.

»En último término, ¿creeis (puesto que las cuestiones políticas son cuestiones de transacción, y aunque yo quisiera oponerme no podría conseguirlo), aunque quisierais ser injustos conmigo hasta ese punto, creeis que si yo fuera, como no soy y como vosotros no podeis creer que sea lo que, no en su verdadero y propio sentido, sino echándolo á mala parte y en cierto sentido, se llama un clerical; si yo fuera esto, acaso os exigiria más de lo que con razón os exijo?

»Pero yo no pretendo siquiera que el Estado se prive del derecho, como una subvención á la ciencia, de mantener en las altas esferas del saber grandes pensadores que investiguen profundamente los verdaderos principios científicos y la verdad, para comunicárselos á los que estén en el caso de asistir á tan altos estudios.

»Todavía esto no lo combatiría yo; todavía, si entre nosotros hay, que no lo sé, algun Kant, algun Hegel, Schlegel, algun gran pensador, algun metafísico insigne á quien le venga estrecho el espacio del universo para desenvolver sus ideas, todavía á ese estaria dispuesto á darle, como verdadera subvención á la ciencia, al espíritu científico, una cátedra superior, ó muchas cátedras superiores, en que acabara de educar á espíritus bastante preparados ya para entenderle.

»Pero la investigación de la verdad delante de los alumnos de los institutos, la investigación de algunos principios de

la metafísica realizada con discípulos obligatorios que asisten á las escuelas para poder adquirir un título; esta ciencia, enseñada de esta suerte, no es ni puede ser la verdadera investigación, la verdadera ciencia; esto no es más que llevar la perturbacion á espíritus infantiles; esto no es más que destruir los cimientos del Estado; esto no es más que destruir la única escuela de respeto que, despues de todo, queda en el mundo moderno; esto, en último término, es empezar desde temprano á enseñar la desobediencia y la rebelion, que tiempo tiene luégo el hombre para desobedecer y para rebelarse. Esto es emponzoñar los gérmenes de vida de una nacion, quitándole el sentimiento religioso, sin el cual, sea cualquiera su punto de vista, á mi juicio, y creo que á juicio de la mayoría de los pensadores, de la mayoría de los hombres políticos, toda sociedad es imposible.

»Todavía en otros países en que hay muchas religiones distintas, la cuestion es muy diferente de como aquí se presenta. Allí se pretende que el niño tiene derecho á que no se le enseñe una doctrina religiosa determinada; pero aquí, entre nosotros, donde no puede haber de hecho más que una religion, cuando se aleja el catolicismo de las escuelas, cuando quereis separar de todas maneras las escuelas del sacerdote católico, ¿por qué no hemos de hablar con franqueza? de lo que se trata es de separar este principio de la religion de la enseñanza, de crear una anarquía moral de que temblariais vosotros mismos si comprendiérais sus consecuencias.»

De todo ello deducia el Sr. Cánovas, que no eran, pues, motivos bastantes los que el Sr. Moret alegaba para no haber hecho anteriormente la evolucion que ha creído oportuno hacer ahora.

Despues comparaba el jefe del partido conservador la Constitucion de 1869 con la de 1876, y se explicaba la preferencia que á aquélla dan los republicanos, porque, facultando á las Córtes para cambiar la forma de gobierno cuando lo tuvieran por conveniente, como un cambio de tal naturaleza no puede hacerse sin que se realice en la opinion antes de trasmitirse á los hechos, es claro que la propaganda republicana seria tan legal como otra cualquiera dentro de la Constitucion de 1869. Por el contrario, no lo es dentro de los principios y del texto de la Constitucion de 1876, que hace ilegal todo lo que vulnera

en cualquier forma los principios en que se inspira y donde moldea sus preceptos. Y esta diferencia es lógica, dada la diversidad de doctrinas á que uno y otro Código responde.

«¿Qué era la monarquía para nosotros? decia á este propósito el Sr. Cánovas. ¿Qué es en realidad la monarquía, dígame lo que se quiera? La monarquía española es el reconocimiento del principio hereditario, es el reconocimiento de la legitimidad de la antigua monarquía española, heredada por el Rey D. Alfonso XII de sus mayores. No puede ser la monarquía de lo que se llama la soberanía nacional. Por otro lado, esa significacion tiene, que si no la hubiera tenido, acaso hubieran seguido otro rumbo muy diverso todas las cuestiones que en estos últimos tiempos han agitado al país. No es que hayamos proclamado aquí la monarquía de derecho divino, que no estoy yo cierto de que se haya proclamado jamás; no es que nosotros hayamos querido proclamar la monarquía patrimonial, que eso tampoco existe desde la Edad Media, en que los Reyes repartian á su voluntad por testamento sus Estados.

Pero nosotros, entre las diversas formas de gobierno que caben en un país, formas de gobierno entre las cuales por ciertas circunstancias puede figurar hasta la monarquía electiva; nosotros, despues de largos desengaños los unos, abundando y permaneciendo en sus principios de siempre los otros, hemos creído que ensayada en este país una monarquía electiva, que ensayada la república, que ensayado el federalismo, que intentado el carlismo; sobre todo esto que tanta ruina ha traído á España, hemos creído que era preciso levantar otra forma de gobierno, bien conocida en la historia y en la civilizacion europea: la monarquía hereditaria; no la Monarquía patrimonial.

»Nosotros no negamos, ni hemos negado nunca, el principio de la soberanía nacional, en cuanto ella significa que las naciones son dueñas de sí mismas: lo que no reconocemos, porque entre otras cosas nos ha enseñado lo tristes que son estos procedimientos una dura experiencia; lo que no hemos querido reconocer es que por los medios con que aparentemente se quiere hacer creer que la soberanía nacional se realiza, sea posible establecer otra monarquía que la que existe; porque la monarquía que amamos y que hemos defendido, la monarquía que de cualquier manera estamos dispuestos á defender, la monarquía en que creeremos siempre á pesar de vuestros discursos, no es la monarquía electiva, sino la monarquía hereditaria.

» La soberanía electiva es irrealizable. Todavía, en aquellos países que poseen un cuerpo electoral; todavía, en aquellos países donde el cuerpo electoral realiza y ejercita funciones con pleno conocimiento de causa; todavía, en donde el sufragio existe entero aunque no en toda su plenitud, porque esto no es posible, todavía concebiríamos el poder electivo; pero en España, con elecciones como las que acaban de tener lugar, cuando todo el mundo consiente tan grandes abusos, cuando se han consentido por ministros que se sientan en ese banco, cuando se han consentido por el Sr. Martos y por todo el mundo, cuando no podemos creer que viene ni siquiera la representación pasajera de la nación, ¿cómo hemos de consentir bajo ninguna forma que se trate de perturbar nuevamente al país apelando al principio electivo ó á la soberanía nacional?

» Principio, despues de todo, de tal manera deshonorado, que él basta por sí solo á servir de contrapeso á la posibilidad de nuevas discusiones constituyentes.»

El discurso del Sr. Cánovas del Castillo, tan nutrido de razones como fecundo en temas de debate, tuvo, por digno coronamiento, una frase que seguramente quedará grabada en la memoria de todos como el más cumplido y elocuente comentario de la política fusionista. ¿Qué ventajas ha reportado de ella nuestro país? ¿Cuáles son, en resúmen, los adelantos que la libertad ha hecho durante el período de mando del actual Ministerio? ¿Qué ha hecho éste por la libertad, para justificar las adhesiones que de todas partes le están demostrando?

«Hoy, dijo, debemos confesarlo, se disfruta, realmente, de una libertad más que en nuestro tiempo; de una libertad que los conservadores no otorgamos: *la libertad de atacar á la monarquía.*»

Hé ahí, en efecto, el timbre más brillante de la situación actual.

\*  
\* \*

Terminadas las discusiones del Mensaje, han comenzado las interpelaciones á los ministros, las proposiciones de ley de los diputados, los proyectos de ley del Gobierno. A los que éste habia sometido al fallo de las Córtes hay que aña-

dir, como verdaderamente importantes, uno del ministro de la Gobernacion sobre reuniones públicas, las cuales se declararán absolutamente libres, salvo la necesidad de ponerlas en conocimiento de la autoridad civil, y otro del ministro de la Guerra, reorganizando bajo nuevas bases el ejército.

Con arreglo á él, la duracion del servicio en las filas será de dos años y tres meses en la infantería, y de tres años en las demás armas é institutos. Como compensacion de este mayor tiempo de servicio en los cuerpos especiales, se abonará á los individuos de estos cuerpos dos años en la situacion de segunda reserva.

Obtenida licencia ilimitada, formarán la reserva activa los soldados por tres años y nueve meses la infantería, y por tres años los demás cuerpos. El tiempo de servicio, comprendidas las reservas, será de doce y diez años, segun se trate de infantería ó caballería. Se suprime una de las dos compañías de depósito, y la fuerza de los batallones seguirá siendo de 404 hombres en tiempo de paz, y de 1.200 en pie de guerra. Los 104 batallones de reserva de hoy se elevarán á 140. Lo mismo ocurrirá con los batallones de depósito. Los batallones de reserva tendrán una demarcacion territorial, que servirá tambien para los batallones de depósito. Se aumenta la fuerza de caballería y la de artillería é ingenieros y se promete la creacion de un cuerpo de trasportes de todas las armas.

Los debates financieros apenas suscitan interés, ni áun curiosidad. Algunos celosos diputados, los Sres. Cos-Gayon y Villaverde principalmente, algun inteligente senador, el Sr. García Barzanallana, han tomado sobre sí la penosa tarea de compulsar números y rectificar cálculos, de observar inconvenientes y predecir desastres... La mayoría vota, y los proyectos, corregidos y aumentados por las respectivas comisiones, van adquiriendo rango de leyes.

¿Y el Jurado? ¿y el matrimonio civil? Ya no basta el juicio oral y público, ni basta la obligacion de inscribir la partida canónica en el registro. Abiertas las válvulas, el vapor se escapa.

La opinion, sin embargo, es contraria entre nosotros á

tales instituciones. No en vano los prelados han opuesto la doctrina de la Iglesia, categórica é inflexible, á todo lo que no sea reconocer desde el instante mismo de su celebracion la validez del matrimonio canónico; no en vano registran nuestros fastos judiciales el cúmulo de causas formadas por abandono de funciones á los que miraron el cargo de Jurado en España como un molesto deber y no como un precioso derecho.

Se alega que la ciencia jurídica recomienda la interpretacion del hecho por jueces legos, ajenos á la pasion de escuela y áun á la dureza habitual en el que juzga por profesion; se arguye que el Sacramento y el contrato pueden vivir en completa independendencia. Pero no se observa que las leyes no tienen verdadera fuerza, cuando no se apoyan en las costumbres; no se echa de ver que la inmensa mayoría de los españoles es católica, apostólica, romana, como lo es, despues de todo, el Estado; no se quiere entender que la justicia, lejos de verse auxiliada por la accion popular, intimidada y repele comunmente.

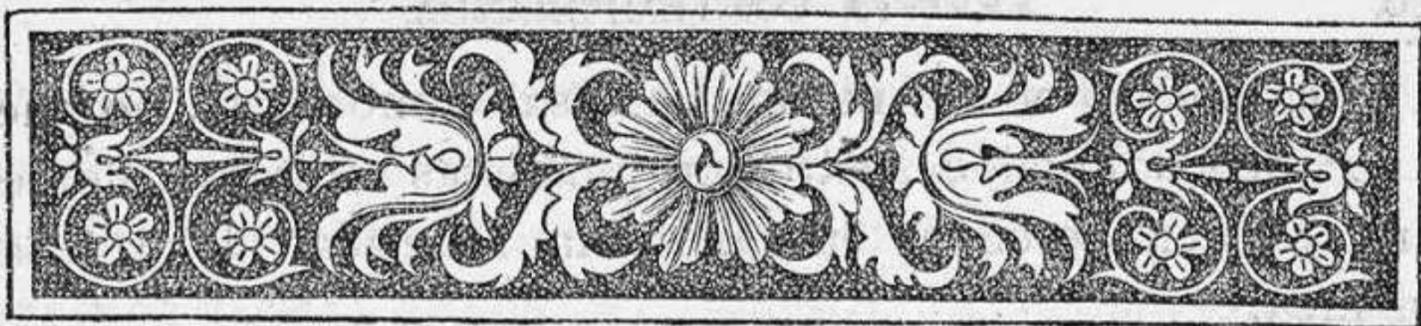
—¡Preocupaciones!... ¡errores inadmisibles!, exclaman los sectarios y los políticos.

No hemos de discutirlo. Preocupaciones y errores; pero errores y preocupaciones generales.

Cuidado con ellos. Ha dicho Mirabeau que cuando todo el mundo se equivoca, todo el mundo tiene razon.

R.





## REVISTA EXTRANJERA.

---



MÉRICA.—El proceso de Guitteau, el asesino del presidente Garfield, continúa sus trámites ó su marcha natural. Como el sistema penal norteamericano es tan defectuoso; como, á decir verdad, en la gran república no existe código de procedimientos, todo se va haciendo como Dios quiere, ó como pudiera hacerse, v. gr., en España por la llamada justicia militar. Es hasta inconcebible tanta confusion ó tanto olvido de las reglas más elementales del Derecho.

Al ver lo que sucede, cualquiera diria que un oficial inferior, sin competencia jurídica, y, por supuesto, sin independencia, va llenando papel y más papel con el único propósito de pasar por alto todo lo que le sale al encuentro y buscar lo que no es posible encontrar, porque no existe. En la justicia militar española, de hace diez siglos por supuesto, se dan casos de que en un proceso, bien ó mal incoado, en el cual deban y no puedan ménos de figurar, por ejemplo, diez personas, se muestra formal y decidido empeño en que no figure sino una. Para hacer este milagro no se necesita más que cerrar los ojos y cubrirse los oídos cada vez que conven-

ga ó sea preciso no ver ni oír. La cosa, como se ve, no puede ser ménos difícil. Nuestros criminalistas militares, de seguro, pueden aprender su oficio sin necesidad de ir á Salamanca.

Por desgracia, las *cosas de España* no son únicamente de España. Ahora mismo, sin ir más lejos, se están viendo en la otra parte del Atlántico. Si se publicase la causa contra Guitteau, se vería que hasta en la América del Norte se tienen modelos extraídos de los archivos de nuestra justicia militar. Con el fin de que se vea que no calumniamos al tribunal republicano, haremos constar que el famoso proceso, según lo que cuentan todos los periódicos, se reduce á lo siguiente:

1.º Un proceso por delito de regicidio, que se incoa según un sistema y por un motivo, y después se detiene semanas y semanas para continuarlo según otro sistema y por motivo muy distinto. ¡Como en España, ni más ni ménos! Se incoa un proceso por falsificación, v. gr., y cuando, pasados meses y meses, se ve que no hay falsificación, se apela á una información inquisitorial, con el fin de ver si hay motivos para llevar á la cárcel á un hombre que lleva ya quizá un año de estar preso. Sin embargo, hay sociedades abolicionistas contra la esclavitud de los negros y no hay siquiera quien piense en el abolicionismo contra la esclavitud de los blancos. Más todavía. Hay sociedad protectora de los animales y á nadie se le ocurre el que también necesitan protección los infortunados oficiales que, no teniendo más fortuna que su tan mezquino sueldo, pasan meses y aún años en la cárcel militar, sin más consuelo que el de pensar en sus esposas y en sus hijos, que se acuestan sin un pedazo de pan que llevar á la boca y se levantan con la única esperanza de que el casero les mande salir á la calle por no poder pagar el alquiler. Verdad es que, en cambio, aunque sólo se trate de una pena que sólo merezca un mes ó dos de castillo, los oficiales detenidos no tienen ni la satisfacción de poder bajar al patio á tomar el sol ó á respirar un aire más puro. La Ordenanza antigua, que era muy cruel y muy antihigiénica, exigía que los militares presos

podiesen pasearse dos horas diarias entre muros, pero al aire libre. Esto debería ser sin duda muy antiliberal y en extremo inhumano. Ahora que la enseñanza está toda entera entregada al... *vuelo del genio*, naturalmente, la justicia militar no puede ni acordarse de que los oficiales presos tienen una salud de que cuidar. La política del *vuelo del genio* no puede descender á estas pequeñeces. Lo comprendemos. ¡Dios nos dé gobernantes más humanos, aunque no tengan tanto genio!

Mañana, sin duda alguna, saldrán los periódicos ministeriales jurando y perjurando que, aunque el mal es cierto y muy grave, no tiene nada de nuevo. Y tienen razón. Porque hace treinta siglos no se curaba la lepra, ahora no se debe curar tampoco. El mal no es mal sino cuando es nuevo. Las gentes que ahora dominan, que nunca han pertenecido á ningún Gobierno anterior, no tienen arte, ni parte, ni responsabilidad en nada. Así es que con encogerse de hombros, responden á todo. ¿Qué más se necesita? El caso es pensar en la política y olvidarse por completo de la humanidad.

2.º Un delito que no se sabe si es delito. La ley, lo que llamaremos la ley, por más que no sea sino una reminiscencia de la Edad Media, distingue entre el homicidio y la herida que no produce la muerte antes del año. De manera que si el herido vive un año y un día, aunque la herida fuese mortal de necesidad y hubiese muerto de la herida, el reo no se consideraría como homicida y sólo sería castigado con dos ó tres años de cadena. La circunstancia de ser presidente de la república la víctima, no agrava en nada el delito. La cosa no es más que una herida como otra cualquiera. Verdad es que el país entero se perturba; pero ¿qué importa el país á las teorías que ahora se llaman liberales? La cuestión está en dar garantías y más garantías al criminal. El asesino debe estar seguro de que ni pelagra su vida, ni ha de ser molestado en lo más mínimo. El sistema *liberal* no se opondrá á que el más absoluto olvido caiga sobre la víctima y sobre sus viudas y sus huérfanos; pero querrá y exigirá que todo el mundo se convierta en abogado, procurador y protector de los asesinados. Como nadie ignora, la política científico-democrática no

tiene más misión que la de realizar el programa de Víctor Hugo, según el cual, no hay más plagas sociales que el ejército que impide el desorden; el sacerdote que, predicando la moral, condena los vicios, y el juez que, castigando al malvado, al asesino y al ladrón, asegura la vida y la propiedad. Aunque esto parezca increíble y hasta inverosímil, es, no obstante, completísimamente cierto. El ideologismo democrático, hoy tan en boga, no aspira sino á olvidarse de las gentes honradas y pacíficas, que sólo sirven para pagar contribuciones; desarmar la autoridad para que no pueda defenderse ni defender la sociedad, y alentar y aún armar á los sediciosos y malvados, para que, donde quieran, como quieran y cuando quieran, puedan entregarse á todo linaje de excesos.

Se dirá que esto es una exageración; pero en cambio nosotros recordaremos que no há mucho publicaron casi todos los periódicos la célebre epístola masónica de Víctor Hugo, en que se afirmaba que las tres únicas plagas sociales eran el soldado, el sacerdote y el juez. Y por cierto que entre los periódicos ministeriales no hubo ni uno que protestase contra tan absurda como anti-social teoría. La publicaron, y el veneno corrió sin protesta. ¿Qué ménos podía hacerse en tiempos de circulares encaminadas á convertir los colegios del Estado en barricadas contra el Trono y llamas contra la propiedad? Como ya se ha dicho varias veces, la enseñanza, según ciertas circulares, no es sino el arte de construir barricadas. Como es natural, todo va al *respective*.

4.º Un sistema de procesar, que no puede ser más útil para embrollarlo todo y eternizar los procesos. Figúrense nuestros lectores que todo se sacrifica á la imperiosísima necesidad de no encontrar cómplices. Se sabe bien, muy bien, quiénes eran los amigos íntimos de Guitteau, á qué sociedades secretas asistía y en qué antro político había pasado la noche, ó del cual había salido para ir á perpetrar su crimen; pero ¿cómo pensar en estas cosas? Lo esencial es que no haya cómplices, ó que, si los hay, no se encuentren, ni siquiera se oiga hablar de ellos. En cuanto aparezca un cómplice, por el hilo se puede llegar hasta el ovillo, y todo está perdido. La

situacion no se salva sino por medio de tinieblas más densas que las de Egipto.

5.º Deseo, nada más que deseo, de que el asesino no pierda la esperanza de verse en libertad, y propósito, de todo el mundo en general, no de nadie en particular, de librarse del conflicto por medio de un *casual linchamiento*. Como en la gran república la tan famosa ley de Linch convierte á todos los ciudadanos en jueces y verdugos de los criminales, son muchos los hombres políticos que verian el cielo abierto si un ciudadano cualquiera, convirtiéndose en ejecutor de la citada ley, resolviese por sí mismo el problema.

Al principio el mismo Guitteau tuvo miedo al veneno; pero pronto se convenció de que las pócimas no parecian del caso, por estar expuestas á dar muchísimo que decir. Una muerte misteriosa seria peor que las mismas declaraciones que tanto aterran.

Más tarde, por casualidad, quedó abierta una ventana de la cárcel, y casualmente un soldado, aprovechando una escalera, que un accidente casual puso á su disposicion, por la misma ventana disparó su fusil contra el asesino. Por fortuna todo se redujo á un poco de ruido. El \*preso recibió una herida levísima y el soldado se retiró á su cuartel, como si nada le hubiese sucedido.

Por último, hace tres dias, al ir Guitteau, á pie, desde la cárcel al tribunal, tuvo otro encuentro que pudo serle de consecuencias terribles. Un paisano, al verlo entre los tres ó cuatro agentes de policía que lo acompañaban, sacó del bolsillo un revólver, le apuntó, tiró y, gracias á Dios, tampoco fué buena su puntería. El telégrafo ha dicho algo de esto; pero pronto caerá todo en olvido. Los periódicos norte-americanos, que todo lo dicen, hasta dirán que el paisano del revólver pertenece á la policía secreta; pero ya hemos convenido en que esto no debe ser sino una suposicion calumniosa.

Verdad es que un reo que tanto llama la atencion, debería atravesar las calles en coche cerrado ó bien rodeado de agentes de orden público; pero, ¿á qué detenerse ante tan nimios escrúpulos? Guitteau va y viene y entra y sale á la vista de todo el mundo y á cuerpo descubierto. Esto se hace

así, porque se hace, sin ninguna siniestra intencion, y, por supuesto, sin que á nadie se ocurra siquiera la idea de provocar ó dar ocasion á una aplicacion de la ley de Lynch.

Ya se habla poco de la locura del asesino. Para honra de los Estados-Unidos, los médicos alienistas, partidarios de la irresponsabilidad, escasean allí tanto, que, por verse casi solos, ni áun se han atrevido á exhibirse. Por fortuna, no se han hallado médicos de esos que no conocen que un hombre está loco sino cuando lo ven cometer un asesinato. Los tales médicos, si examinan al asesino cinco minutos antes de perpetrar su crimen, asegurarán que está en el pleno uso de su razon; pero, despues de perpetrado el crimen, si lo ven, y áun sin verlo, jurarán, por el contrario, que era y es un demente sin responsabilidad. Si, en fin, el reo va al caldalso, despues de muerto, los tales médicos le harán con gran cuidado la autopsia, y hasta en lo rojo de la sangre y lo blanco de los huesos encontrarán pruebas evidéntísimas de que se ha entregado al verdugo una víctima inocente, sin razon y sin libertad, que ni podia darse cuenta de lo que hacia.

Guitteau, pues, no estará ya loco. Ciertos médicos franceses, que lo examinan á unas mil quinientas leguas de distancia, probarán, si se quiere, hasta la evidencia, que la locura es indudable; pero, gracias al cielo, los tales médicos, que convierten la medicina en amparo del asesinato, no hallan eco en los Estados-Unidos.

No es otra cosa, hasta ahora al ménos, el proceso de Guitteau.

*Rusia.*—El nihilismo vuelve á agitarse en San Petersburgo. La calma que durante algunos meses ha existido en Rusia y todavía se conserva en las provincias, va á desaparecer ó ha desaparecido por completo en la capital. En ménos de una semana ha habido en San Petersburgo dos tentativas criminales, por fortuna ambas frustradas, que han llenado de terror á muchísimas gentes.

Una de ellas ha sido un atentado contra la vida de un general, que desempeña un alto puesto en el ministerio de la Gobernacion. Tenia á su cargo el mando de los agentes de órden público y, sin duda por ser leal al Imperio, se ve hon-

rado por el odio de los nihilistas. El asesino tuvo la doble desgracia de dirigir mal el golpe y caer en manos de la justicia. Esto, que tanto disgusta á los amigos de la revolucion europea, ha sido y será siempre un gran motivo de satisfaccion para los amigos del órden y la paz. Se ha salvado una víctima y la ley vá á caer con todo su rigor sobre la cabeza de un asesino. Triste es que los tribunales de justicia necesiten mostrarse inflexibles; pero es muchísimo más triste que los magistrados, los representantes de la autoridad y de la ley, y en general los ciudadanos honrados y pacíficos, tengan siempre sobre sí la amenaza horrible de toda una secta de asesinos. Ya se sabe que un delincuente no es más que una rama y que siempre quedan el tronco y la raíz; pero pudiera muy bien suceder que la frecuencia con que se repiten los crímenes obligase á pensar en la conveniencia de buscar y combatir la causa misma del mal.

La segunda tentativa parece hasta cosa de fábula. Seria hasta increíble, á no constar que el telégrafo francés no calumnia á los socialistas y que, además, el nihilismo no se detiene ante ninguna clase de medios ni de invenciones.

La conjuracion, segun dicen los periódicos extranjeros, habia preparado una máquina que, desde una distancia relativamente considerable, podia enviar una bomba llena de dinamita al palacio en que reside el Emperador.

Afortunadamente, por esta vez la policia no se ha descuidado. De las investigaciones hechas hasta ahora resulta que el núcleo de la conjuracion estaba en las casas de dos mercaderes *judíos*. Sabido es que en Rusia los hijos de Israel, conspiradores por tradicion y necesidad política, han sido y siguen siendo el alma del nihilismo. Los rusos han adoptado ya medidas terribles contra la raza hebrea, y nada indica que el conflicto está próximo á terminar.

Los judíos que no tienen patria ni pueden conocer el patriotismo, siempre se han creído y siguen creyéndose raza enemiga de las que habitan las naciones en que por el momento se encuentran. Este mal es gravísimo y exige mucha y muy profunda meditacion. Claro es que, al hablar del pueblo hebreo, no nos referimos á algunos judíos, no mu-

chos, que piensan y sienten como hombres pacíficos; pero claro es también que, sin ofensa de nadie, exponiendo un hecho público y ciertísimo, podemos afirmar que las familias hebreas son nómadas ó van siempre de paso y jamás identifican sus intereses con los del pueblo en que viven. Estarán, si se quiere, trescientos años en un país; pero siempre como extranjeros y nunca sin conspirar contra el gobierno que les da hospitalidad. En este punto la raza hebrea, hasta por sistema, prescinde de la gratitud.

En la Edad Media los judíos fueron expulsados de todas las naciones europeas. El fanatismo anticatólico y la ignorancia suponen que sólo España arrojó de su seno á los israelitas. Esta suposición es enteramente absurda. Se necesita desconocer por completo la historia para ignorar que los descendientes de Jacob fueron expulsados lo mismo de España que de Portugal, de Inglaterra, Francia, Alemania é Italia. Sólo los Papas, por compasión, les dieron albergue en un barrio de Roma.

Y ¿por qué fueron expulsados los judíos, no de una nación sola, sino de todas las naciones? ¿En qué parte estaban la agresión y la culpa? Lo cierto es que se necesita una gran dosis de fanatismo para poder creer que todo el mundo era culpable y sólo los hebreos eran inocentes. Lo que ocurre ahora en Rusia, en las márgenes del Danubio, en Alemania, etc., etc., no es ni más ni menos que la exacta repetición de lo que siempre ha estado ocurriendo. Los filósofos y los hombres de Estado no pueden menos de fijar su atención en este tan importante problema. La cuestión histórica está resuelta. Los judíos siempre y en todas partes, como suele decirse, son idénticos á sí mismos. Los hebreos que ahora conspiran en Rusia continúan exactamente las tradiciones de los hebreos que, durante toda la Edad Media, no cesaron de conspirar en España, Francia, Inglaterra, Alemania, y en todas partes.

En esto no hay duda; pero ¿cuál es la causa de este tan extraño fenómeno? ¿Por qué la culta Alemania se ve en la necesidad de hacer guerra á la raza semítica como se la hacia Inglaterra, v. gr., en el siglo XIV?

El mal existe; pero ¿cuál es y dónde está su causa? ¿Estará en la naturaleza misma, en la sangre, por decirlo así, del hijo de Jacob? De ninguna manera. La humanidad no tiene más que un origen y una sola sangre. Esto es lo que dicen la religion y la filosofía.

¿Estará la causa del mal en la doctrina, en las tradiciones y manera de ser del pueblo hebreo? ¿Quién osará ponerlo en duda? El judío, desde que tiene uso de razon está oyendo decir y repetir que la patria en que vive no es su patria y que los que no son judíos, lejos de ser sus hermanos ó sus amigos, no son sino sus enemigos ú opresores, contra los cuales todo le es lícito.

De aquí el que, hablando en general, el judío, donde quiera que se encuentra, por sistema y como por hábito, se une á todo conspirador contra todo Gobierno constituido. Aunque para ello, en la apariencia, la religion sea lo más, en la realidad es lo ménos. El hebreo, que en España, por ejemplo, se une á los enemigos del catolicismo, en Turquía favorece á los protestantes contra el Gobierno turco, y en Polonia excita á los católicos á que se rebelen contra el Emperador de Rusia. Se ve, pues, que el odio político ó nacional se sobrepone en ellos al espíritu de secta.

Ciertos críticos, que no conocen ó no quieren conocer sino una sola faz de tan complicada cuestion, alegan contra lo expuesto lo que observan, v. gr., en París. Ven en las orillas del Sena, por lo comun en la Bolsa, unos cuantos judíos, todos banqueros fabulosamente ricos, y observan ó creen observar que no tienen costumbre de levantar barricadas ni son siquiera socialistas.

Es verdad. ¡Seria curioso que un banquero judío que tiene, por ejemplo, *cuatro mil millones de reales*, cayera en la tentacion de afiliarse á un partido que sólo habla de la *liquidacion social*, y sólo piensa en una nueva distribucion de la propiedad! El pueblo judío, del cual hablamos, no es el conjunto de dos ó tres docenas de banqueros, dueños de miles y miles de millones de francos, sino la suma de las masas, es decir, de las familias ó tribus que no conocen más ocupacion que la usura ó la pequeña industria, ni tienen otro propósito que

el de explotar el país en que viven para enriquecerse y prepararse á conquistar la tierra de promision.

Basta lo indicado para que se vea cuál es el problema que tanto preocupa á Rusia y Alemania.

*Prusia.*—Los rumores relativos á la disolucion del nuevo Parlamento aleman, no sólo no se confirman, sino que poco á poco se han ido desvaneciendo. Segun se dice, por ahora, ni la Cámara será disuelta ni el príncipe de Bismark dejará el poder. No se sabe si el conflicto no tendria la gravedad que se le atribuia, ó si, en el caso de tenerla, ha podido conjurarse. Lo que consta es que en el discurso de la Corona se han reproducido todos los proyectos del Gobierno, y que la Cámara no parece demasiado inquieta. En Berlin se recuerda que el príncipe de Bismark, cabalmente cuando se preparaba para la guerra contra Francia, supo pedir y obtener la disolucion de tres Parlamentos consecutivos.

Es tambien posible que entren por mucho en el repentino sosiego de los diputados alemanes la situacion de Europa y el estado de salud del Emperador Guillermo. En cuanto á lo primero, el Parlamento no ignora que las relaciones entre Francia y Prusia son cada vez más tirantes, y en cuanto á lo segundo, todos los diputados saben que de un momento á otro pueden verse enfrente de un nuevo Soberano, aunque no de una nueva política. La creencia general es que el Emperador Guillermo, creyéndose ya en el fin de sus dias, ha llamado á su hijo, el príncipe Federico, y le ha exigido la promesa formal de no separarse nunca del príncipe de Bismarck y el conde de Molcke, y procurar á todo trance la buena inteligencia entre los tres grandes imperios del Norte.

El Emperador Guillermo I nació el dia 27 de Marzo de 1797; y por lo tanto ha cumplido ya 84 años.

Su hijo y heredero, el príncipe Federico Guillermo, nació el 18 de Octubre de 1831 y tiene ya cincuenta años. Es un gran general y lleva ya mucho tiempo de trabajar al lado de su padre con el fin de adquirir la experiencia necesaria para el gobierno.

*Francia.*—La situacion de Francia no cambia ni mejora. Hay nuevo Ministerio, pero todavía no se sabe si habrá nue-

va política. Hasta ahora no se vé sino un gran empeño en ir aplazando las cuestiones graves.

Se habla de la supresion ó suspension de la inamovilidad de la magistratura; pero sólo para decir que se sigue pensando en este asunto.

Se habla de la reforma del Senado ó de la nueva ley, encaminada á llenar la alta Cámara de gambettistas ménos tibios; pero sólo para indicar que por ahora las cosas quedarán como están, esperando mejores ó peores tiempos.

Se habla de la reforma electoral ó del proyecto de ley relativo al escrutinio de lista, en el cual tanto confía Gambetta; pero sólo para manifestar que, hoy por hoy, los actuales diputados, si son obedientes, pueden dormir tranquilos sin temor á una nueva ley electoral que los fuerce á comparecer ante sus electores.

En fin, se habla de la persecucion preparada contra la Iglesia católica; pero únicamente para hacer ver que sólo se empezará á emplear la violencia contra los católicos cuando Gambetta se persuada de que el radicalismo lo perdonará y hasta apoyará, en cuanto lo vea destruir templos y desterrar obispos.

Parece indudable que las ideas de Gambetta son fijas en este punto. Por sí es un escéptico, que no tiene odio ni amor á la Iglesia; pero, si la montaña le concede la paz, en cambio de la persecucion, se decidirá á perseguir.

Esta resolucion, que no oculta ni disimula, ha sido la causa de que ningun republicano importante haya acudido á su llamamiento y se haya visto en la necesidad de formar su Ministerio con personas enteramente desconocidas y desautorizadas. Su *gran Ministerio* ha sido el Ministerio más pequeño que jamás se ha conocido en Francia.

La entrada de Pablo Bert, como ministro de Instruccion Pública y de los Cultos, ha sido recibida bastante mal. Los mismos oportunistas convienen en que un Gobierno no debe ser provocativo, y el acto de dar dos carteras al fanático materialista Pablo Bert no puede considerarse sino como una provocacion.

En lo que atañe á la cuestion extranjera, Gambetta, al

parecer, se ha amansado mucho. Contra lo que se habia supuesto, ya no piensa en hacer embajadores á sus comensales ó instrumentos. Por lo visto se ha convencido de que para ser embajador, además de ser nombrado, es preciso ser admitido. Esto último, tratándose de persona de vida algo *accidentada*, no deja de presentar sus dificultades.

La embajada de Berlin, tan difícil de llenar, está ya vacante. El conde de Saint-Vallier, que la desempeñaba, ha ido á recoger sus pasaportes y hacer las visitas de despedida. Segun se dice, irá á Berlin el marqués de Noailles, que tiene á su cargo la de Roma cerca del Quirinal. Este antiguo diplomático pertenece á una familia aristocrática, que no lo vé con gusto ni mucho ménos en esta situacion; pero no se espera ni por sus parientes que deje con facilidad el alto puesto que ocupa.

En Roma no está bien. Su actitud demasiado visible en lo relativo á la cuestion de Túnez le ha suscitado no pocas dificultades en la córte de Humberto I. Por esto es de suponer que el marqués de Noailles quiera ir á Berlin y que Gambetta desee que vaya para ver si así logra que uno de sus amigos sea aceptado por el Quirinal.

La Embajada de San Petersburgo, antes vacante, no se sabe si lo estará ya. El general Chanzy, que la tiene á su cargo, presentó su renuncia, mostrándose dispuesto á no retirarla; pero despues ha habido tratos y, segun parece, no faltan vacilaciones. En Rusia no se admite ningun gambettista y el general Chanzy no pudiera ser sustituido sino por un diplomático no revolucionario.

Gambetta no obtiene con facilidad los créditos que necesita para pagar los dos nuevos ministerios que, con el sólo fin de colocar á dos de sus amigos, ha creado.

Los periódicos de París hablan de la posibilidad de que el ejército que ocupa el reino de Túnez se reduzca á la tercera parte. Si esto fuese así, si de los 60.000 hombres que hoy hay en el reino tunecino, 40.000 volvieran á Francia, Europa tendria motivos para felicitarse.

L.